This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 7264.1.6

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

THE GIFT OF
PEDRO S. ZULEN
OF LIMA, PERU

MATTO HERMANOS—EDITORES.

LEYENDAS y RECORTES

POR

CLORINDA MATTO DE TURNER.

LIMA

Imp. "La Equitativa", Ancahs 19.

1893

LEYENDAS
Y
RECORTES.

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

Tradiciones. Leyendas y Hojas sueltas	1 T.	en 4.°		
Elementos de Literatura para el bello sexo	1	,,	,,	,,
Tradiciones Crónicas y Leyendas	1	,,	,,	,,
Aves sin nido (novela)	1	,,	,,	,,
Bocetos al lápiz de Americanos	1	,,	,,	,,
Indole (novela)	1	,,	,,	,,
Hima-Sumac (drama)	1	,,	,,	,,
Leyendas y Reportes	1	,,	,,	,,

EN PRENSA

La Herencia (novela).

EN PREPARACION

Bibliografía qquechua.
Bocetos al lápiz, Tomo 2.°.

ADVERTENCIA.

Pueden dirigirse los pedidos, acompañados de su valor á la redacción de «Los Andes,» periódico que redacta y dirige la señora Matto.

MATTO HERMANOS—EDITORES.

LEYENDAS y RECORTES

POR

CLORINDA MATTO DE TURNER.

LIMA

Imp. "La Equitativa", Ancahs 19.

1893

SAL 7264.1.6

N

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
PEDRO S. ZULEN
MAY 2 1923

A

mis amigos los literatos

Martín García Méiou,

Manuel Nicolás Arizaga

y

Pedro Pablo Figueroa.

La autora.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lectura hecha por el autor en el Palacio de la Exposición de Lima, en el solemne aniversario de la instalación del "Círculo Literario".

DEDICATORIA

AL DOCTOR DON FERNANDO E. GUACHALLA.

En la solemne publicidad de esta actuación literaria, extiendo la mano, trémula, por la timidez de mi incompetencia, nó para arrojar una guirnalda vanal á los piés de una nulidad enaltecida, sino para entregar al público un ramillete de las sincerísimas admiraciones que me inspira una encumbrada inteligencia femenina, que ha revelado en sus obras históricas, extra-

ordinaria fuerza de visual retrospectiva y un fanatismo musulmán por la religión de las peruanas letras.

Nada mas grato para mí que dedicar estas páginas, consagradas á ella, al patriota ardiente, al escritor bizarro, al joven y sagaz diplomático, con quien me liga la fraternidad del alma y cuyas dotes admiro, cuán de cerca es posible, morando juntos bajo el mismo techo y al calor de la llama del mismo santuario de la vida íntima.

Pongo primero con su nombre el frontispicio de este pobrísimo croquis de edificio literario, tanto más defectuoso y humilde, cuanto las manos que lo han delineado encallecidas en la lucha feral con los infortunios de la vida y en las rudas labores del foro y del periodismo diario, mal pueden dibujar, con tacto delicado, os arabescos helénicos, los chapiteles corintios de un alcázar suntuoso.

Válgale, en desagravio, á obra tan pobre, lo sólido de su cimiento, que consiste en la cultura benévola del público que me escucha.

El Autor.

I

Al són de los clarines de legiones vencidas, junto á estandartes abatidos por la derrota; al resplandor de los incendios producidos por el mónstruo de la guerra, ha visto el Perú hundirse su escuadra en el fondo de los mares, reducirse á cenizas sus ciudades; ha contemplado su suelo mutilado y cubierto, como un cementerio, de muertos insepultos; soldados que cayeron risueños y contentos defendiendo su patria.

¿A qué poner este cuadro al aire y á la luz, cuando su colorido está tan fresco? ¿A qué desplegar su lienzo cuando todos lo ven con el alma en los ojos y la muerte en el alma?

El hecho es que el estruendo de aquellas armas ha apagado la voz de las inteligencias. ¿Hay razón para ello? Creo que nó. Si hay Musas, como la de Olmedo, que vuelan bajo el cielo de la patria, con el último "trueno horrendo que en fragor revienta", anunciando la victoria y bañadas con los resplandores del triunfo, hay también Musas que surgen de las cenizas de la derrota, de las sombras del pasado infortunio, para tocar hoy la flauta llorosa y mañana, como el arcángel apocalíptico, la trompeta de redención.

II.

Así parece pensar la Sra. Clorinda Matto de Turner, que no ha callado un solo día, ni durante la guerra ni después de ella. Durante la guerra redactando, «La Bolsa» de Arequipa en defensa de los derechos del Perú, m ancillados por Chile. Ahora, produciendo el artículo, el folleto y el libro: artículos que rejistran constantemente los diarios y Revistas literarias, como «El Perú Ilustrado» y «La Revista Social»; folletos, como la Biografía de Lunarejo y Choquehuanca; libros como los que llevan por epígrafe: Tradiciones Cuzqueñas, Crónicas, y Hojas sueltas.

Pero, antes de conocer y juzgar las obras, tengamos alguna noticia de la autora, sin que esto implique, ni remotamente de mi parte, el propósito de escribir una biografía.

Trazar algunos rasgos de pluma, sin pretender tampoco llenar mi tintero con los colores del iris para reemplazar mi descolorida tinta, es todo lo que me propongo.

Algunos rasgos he dicho.

Allá van.

III.

Por los años de 1876, tenían lugar en Lima bellísimas actuaciones literarias en el domicilio de la más eminente literata americana, Juana Manuela Gorriti, argentina de nacimiento y peruana de corazón. Celebrábanse esas llamadas *Veladas literarias* en el departamento lateral de una casa-esquina muy extensa, de aspecto colonial, pintada exteriormente de amarillo pálido, signada, sobre el marco de su anchurosa puerta, con el número 188. Por esa puerta, que dá á la calle de Urrutia, entraban los concurrentes, y tarde de

la noche se retiraban por una pequeña salida que mira á la calle de Pilitricas. Diversos aunque no amplíos salones llenaba la concurrencia, invadiendo, á las veces, cuando era muy numerosa, hasta las alcobas de ese hogar de la amistad, de las letras y de la música: eran elegantes reuniones, entre literarias y filarmónicas. Marcábales dirección y les daba el tono la Señora Gorriti, á la manera del astro rey que fija en su torno el sistema de las miriadas de planetas que giran á su rededor «como una polvareda de estrellas levantadas á los pasos de Dios», al bello decir de Alfonso de Lamartine.

He buscado ese edificio, y me he detenido en sus umbrales, lleno del respeto que inspira á los amantes apasionados del arte, la contemplación de un santuario de pasadas glorias.

El Perú, entónces, conservaba la totalidad de su territorio y la justificación de la fama de sus riquezas. Ni una nube en su purísimo cielo. Ni una pulgada menos de su suelo hospitalario, cuna de dos espléndidas civilizaciones, campo fértil de las inteligencias que en él se aclimataban con admirable espontaneidad, aun sin poseer los grandes conservatorios intelectuales de Europa.

No exagero. El Perú estaba á la vanguardia entre las repúblicas españolas. La señora Gorriti tenía inmenso horizonte para su inmensa inteligencia.

Llegó, por esos tiempos, de la capital de los Incas á la capital de los Virreyes, una bella jóven, cuya frente estaba coronada por los rayos del talento.

La *Velada literaria* del 28 de Febrero de 1877, le fué dedicada. Había próximamente 50 personas, entre señoras y caballeros.

A las 9 de la noche se presentó una jóven vestida de riguroso luto, acompañada de un caballero inglés que tenía toda la distinción

del *gentleman* de la antigua Albión; llamó la atención de todos los concurrentes; todas las miradas se fijaron sobre ella. Eran Clorinda Matto de Turner y su esposo.

Algunas ejecuciones musicales rompieron la escena.

Las siguientes personas dieron lectura á los trabajos cuyos epígrafes van á continuación de sus nombres:

La conocida literata peruana, Mercedes Cabello de Carbonera: un artículo titulado «Necesidad de una industria para la mujer.» El monarca de las letras peruanas, Ricardo Palma: «La Procesión de Animas de San Agustín,» tradición digna de su autor. La señora Manuela Villarán de Plasencia: unas «Estrofas» dedicadas á Clorinda Matto de Turner. El notable bardo ecuatoriano, Numa Pompilio Llona: un «Saludo» á la misma distinguida escritora peruana. Simón Martínez Izquierdo: otro «Saludo y despedida», en muy sentidos versos, inspirados por ella. Esteban Camilo Segura: un «Artículo de Carnaval.» La señora Gorriti: un «Perfil Divino de Camila O'Dorman.» Lorenzo Fraguela: un «Soneto» interesante. El popular poeta Abelardo M. Gamarra la poesía «Nada puedo ofrecer.»

Dos composiciones de Clorinda Matto fueron leídas después: una *tradición* titulada «Al fin pasada de negro», y un *discurso* final en que significó todo el calor de su gratitud por la honra de que la hacían objeto los concurrentes. Ambas lecturas fueron interrumpidas por aplausos nerviosos y ardientes que colmaron de entusiasmo á la reunión. Todos los corazones latían con un solo sentimiento: la admiración por la escritora cuzqueña.

Tras la ejecución de algunas piezas de canto y música instrumental llegó, por fin, la hora en que comenzó para Clorinda el reinado de la gloria literaria, la coronación de su frente en los dominios imperiales del espíritu,

mil veces mas grande que las régias coronaciones; su verdadero advenimiento al trono sin lacayos, pero con cetro, del imperio de las letras.

La señora Gorriti, como la sacerdotiza del arte, como el heraldo de la Fama, ciñó con aire delicado la frente inclinada y ruborosa de Clorinda, con una magnifica guirnalda de laureles de filigrana. Puso también en sus manos una pluma de oro. ¡Qué bien simbolizados la corona del talento y el instrumento de oro de la palabra humana!

Las señoras que estaban presentes, le obsequiaron una elegante botonadura de carey engastada en oro. ¡Sencillo y simpático homenaje!

IV.

Ya que la hemos visto introducirse, por un pórtico corintio de bronce, al alcázar de las letras, viene, como de molde dar una idea de ella.

—¿Cómo será su figura? como su fisonomía? me he preguntado siempre que ha despertado mi atención un autor notable. Recuerdo que en mi adolescencia me entregué con frenesí á la lectura de *Alfredo de Musset*. ¡Cuántas veces, á la sombra de la higuera de una quinta paterna, sentado sobre piedras á medio labrar, corrió mi llanto con el llanto de Rolla! Qué ansiedad por conocer el retrato de Musset!—Descubrí que lo tenía mi padre en una colección de «El Correo de Ultramar.» Burlé su vijilancia y cometí el hurto de ese que, para mí, era un tesoro. ¡Con qué ilusión lo contemplaba, con su larga barba romántica, su aire melancólico, embozado con su capa española,

Por si pase á mis lectores del extranjero algo parecido con Clorinda Matto, he aquí su bosquejo:

V.

Alta estatura; aire distinguido; constitución vigorosa; busto bizarro, mórbido, magistral y esbelto, como tallado por cincel griego en viviente mármol! La cabeza, ese depósito misterioso de luz, que modela la inteligencia, es en ella rítmicamente perfilada, y su cabellera, aunque no larga, es abundante y parece de oro crespo y tostado, con ondulaciones que adornan los contornos de su frente serena, inteligente y noble; la nariz es delicada; los lábios encarnados, finos y risueños en sus extremidades; los ojos, resplandecientes cuando se alzan, acaso, cuando se bajan, dejan los párpados pronunciadamente caidos, pero lucen bajo el arco de cejas bien dibujadas. Con más delicadeza aun se delinea el contorno de su barba hoyuelada en el medio: «ese hoyuelo en la mujer parece formado por el dedo del amor», dice Byron.

Contrasta con la blancura intensa de su garganta ebúrnea, la púrpura vivaz de sus mejillas, lijeramente tostadas, bruñidas, acariciadas por el mismo Sol que los Incas adoraban de rodillas. Y todas esas facciones están encuadradas en un contorno oval de simpático perfil.

Si D'Angers la hubiera visto, de pié sobre el pedestal de su fama, rodeada de la atmósfera dorada por la virtud, el talento, y la belleza, y empuñando la lira con regias manos de marfil, como una reina su cetro, la habría contemplado con los ojos inundados por las llamas de la inspiración artística.

Corren mezcladas por sus venas azules la sangre argentina y la sangre peruana. Y por eso parece una bonaerense de distinguida alcurnia, nacida bajo el peruano cielo.

Reboza en su trato la ingenuidad sincera,

en sus maneras y en su apostura, encantadora sencillez, y en su conversación, tan exquisita llaneza, que oculta su talento con la avaricia de la modestia. Ni una frase estudiada, ni una palabra altisonante, ni una sola reminiscencia literaria; nada, absolutamente nada que ostente á una mujer tan superior y mucho menos que recuerde ciertas chocantes pedanterías femeninas de aquellas que espían en la conversación la oportunidad de inundar el salón con nuevo diluvio de citas de autores y de flores retóricas, aunque flores incoloras de trapo. Y quizá su erudición prestada se reduce á un par de libros!

Lo dicho no se opone á que la conversación de la señora Matto vierta flores, gayas, en la custodia de oro de la amistosa confianza. Entonces, en cada frase lacónica y pintoresca, sintetiza un mundo de ideas ó desentraña una situación. Única diferencia que la distingue de las personas de su sexo. Mientras éstas, en general diluyen pocas ideas en muchas palabras, como se diluye poco de añil en mucha agua, Clorinda no incurre nunca en la tendencia analítica y revela dotes sorprendentes para la síntesis.

No es, tampoco, como aquellas mujeres, —seres híbridos—cuyas usurpaciones á nuestro sexo son á expensas de las gracias del suyo, sin, por eso, alcanzar á conseguir las cualidades de la virilidad, sino en forma de sarcasmo que despierta espontánea hilaridad.

Clorinda, al contrario, se eleva por la inteligencia, sin dejar en su tránsito huella alguna de la apostasía de su sexo. Estudia, piensa, escribe, produce, agita en su mano la péñola inspirada, allí, en el fondo de su gabinete, refugio del trabajo asiduo, mudo testigo de sus meditaciones; sí, agita su pluma de oro con ilusión tan intensa y apasionada, como la ilusión de las *Julietas* que agitan, á la luz de la aurora, desde sus balcones, una flor en la

mano, pensando en la ausente y suspirada felicidad. Con una diferencia: mientras éstas interrogan á la aurora por esa felicidad, aquélla interpela á su inteligencia para encontrar su bello ideal; el ideal del arte. Y después de que le ha dado el alto relieve del estilo, la forma plástica de la palabra, arroja su pluma, toma el mandil, para encender la llama del hogar; coge el plumero para limpiar el polvo de los tapices de su modesto albergue; lleva al aposento de sus hermanos-adorados compañeros de su vida—el ligero sustento matinal. Y torna á su pluma.

De ella podría decirse, con justicia, lo que alguien dijo de Delfina Gay, la ilustre esposa y colaboradora de Emilio Girardin: «sabe hacer tan bien los dulces como los libros.»

Literata, es muy mujer; escritora, es el ángel cuyas alas están pegadas para siempre á los muros de su hogar de hoy, ó pegadas con el recuerdo, á los muros del hogar de ayer, enlutado y solitario, como una cuna vacía, como una jaula desierta.

Raya su modestia en la humildad, y la amistad íntima se queda, casi siempre, sin saber qué admirar más en ella: si su modestia ó su talento.

Hasta su traje corresponde á su carácter. Ni un encaje, ni una flor, ni una cinta, que revele á la mujer pueril. Hay en su *toilette*, toda la severidad, toda la sencillez de la mujer inglesa. Chasco y grande se llevaría quien creyera verla ataviada con perlas, turquesas, plumas, flores, brillantes, blondas de *Chantilly*.

Su salón, es su teatro. Allí, sentada en su butaca, vestida con túnica cerrada hasta el cuello, suelta á veces la crespa cabellera, es una princesa indolente que espera el advenimiento de su reinado; es un ángel de bondad que destila en su dulcísima sonrisa y en su amena conversación, toda la miel de su alma,

esa miel que liba la amistad casta y pura y con la cual se embriaga.

Su salón es su teatro, he dicho. Cierto. Hay que verla con el traje de casa, en su propio salón. El manto de iglesia, el tradicional manto peruano, ó los adornos sacramentales de la etiqueta moderna, hacen de Clorinda una reina desterrada. No querría verla ni en el baile, ni en la calle, ni en el teatro. Parece que cuando deja el Olimpo, las Musas se ponen agestadas y de mal humor.

No la favorece la dicción, lenta, accidentada, y con inflecciones demasiado recalcadas y algo monótonas.

Consignaré aquí otra observación, para obedecer á la filiación de las ideas: hay en ella un rasgo sombrío; la tristeza. Absorvida por el trabajo interior de una idea, abrumada á ratos su memoria por un recuerdo, ó mordido su corazón por un oculto sentimiento, calla de improviso, é inclina su cabeza dorada, como abismándose en sí misma. ¿Será que las luminosas abejas despiertan y revolotean en su imaginación, allá, en los orbes lejanos del ideal?..... Será que la ola turbia de una desgracia íntima se ha levantado en el lago azul de su alma?..... Recuerda, siente ó espera?.... No sé. Ello es que vuelve en sí, como recogiendo de súbito las fuerzas morales, y el resplandor de la sonrisa ilumina su rostro, y la palabra vuelve á sus lábios, y la amabilidad á su trato.

Completad este bosquejo inconcluso de la escritora peruana poniendo sobre su frente una diadema de vívidos resplandores: la diadema del talento. Y tendréis, no una apoteosis sino un retrato.

VI.

Conocida la autora diré dos palabras, respecto de sus obras:

Terminó en el Colegio nacional del Cuzco sus estudios de Humanidades, mas ó menos cuando se daban su adiós la niñez y la adolescencia; esto, y la posesión del francés; del inglés; su intimidad con los libros, su amor al estudio, le permitieron invadir con aire soberano el tabernáculo de la literatura, al que entró, no por una portada de adobe, como las medianías, sino por un arco triunfal.

Al entrar allí, dejó el escondite de la vida doméstica para revolotear, con las alas de una poderosa inteligencia, en las regiones olímpicas del ideal, cediendo al mismo instinto espontáneo, á la misma necesidad premiosa de la alondra viajera que abandona el cautiverio de su jaula para extender, en la región azul, sus nerviosas alas, ateridas de frío, entumidas por la quietud, y, sin embargo, ungidas por la libertad: que el vuelo en el talento, como en el ave, es la razón de ser, es el derecho á la vida, cuando no es la vida misma.

Sus versos fueron su primer paso. No hablo de ellos, á pesar de ser inspirados, porque no ha querido hacer profesión de poetisa, y porque ellos fueron sólo las escaramusas preliminares para librar, más tarde batallas literarias en otros y más sólidos terrenos. Y desde que ella misma, en edad temprana, espantó á sus Musas, ¿con qué derecho las llamaría yo para examinarlas? Dejemos á esas peregrinas melancólicas y desdeñadas, vagar en los espacios como *los espíritus* de Allán Kardec.

Su aurora poética, con o todas las auroras, fué bella, así por sus simpáticos resplandores, como porque tras ella vino el *dia claro* de la gloria literaria de Clorinda. No poco contribuyó

á ésta, el que la castidad de su Musa se estremeciera de rubor ante la luz, cubriéndose con el velo del anónimo. Publicó sus primeros ensayos en el "Heraldo," "El Mercurio," "El Ferrocarril," "El Eco de los Andes," con los pseudónimos de *Lucrecia*. *Betsabé*, *Rosario*, *Mery* y *Adelfa*.

¿Pero, qué importaba que su Musa huyera de la luz y se refugiara en la sombra, cuando era imposible que la oscuridad no se viera batida por el mismo resplandor que esa Musa llevaba consigo, como la luciérnaga, como el cocuyo? ¿Cuán aplicable es á ella, la bellísima imágen del poeta colombiano:

"No hay sombras para tí. Como el cocuyo,
el genio tuyo ostenta su fanal;
y huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando vá." (1)

VII.

Y si antes de ser laureada, como se ha visto en una *Velada literaria* de Lima, había ya fundado y redactado en el Cuzco, "El Recreo", periódico en que dió expansión á la ebullición inteligente de su espíritu y que fué muy aplaudido; después de esa Velada, ha publicado en los años de 1884 y 1886 dos libros á que he hecho referencia al principio de estas páginas y que contienen Biografías, Leyendas, Hojas Sueltas y, sobre todo, Tradiciones.

Mueve fuertemente la atención del lector, ante todo, la ductilidad de su espíritu, admirablemente bien dotado por la naturaleza, que le ha sido pródiga. En efecto, mientras en las Tradiciones hay forma plana de estilo, bajas

(1) Gregorio Gutiérrez González.

relieves rígidamente cincelados, notablemente sóbrios. en los demás mencionados artículos, se admiran el movimiento, la luz, el calor, los cambiantes fulgorosos que se notan en el poema de las llamas de un *joyer*. Estos artículos, saturados de poesía en el fondo, son pintorescos en la forma. ¿Quién los leería sin avidez?

Acaso depende esto de una causa que llamaré de *sicología literaria*. Se ha dedicado tanto al estudio de los autores clásicos como al de la escuela romántica: lee al propio tiempo, á Cervantes y á Hugo. Por eso sus producciones son mixtas. Por eso sus artículos de historia tradicional, abundan en frases que tienen tensión clásica, mientras en otros la frase tiene hálito lírico y pindárica elasticidad. Aquéllas, son perlas; éstos, brillantes de aguas purísimas, engastados en oro de altos quilates. Hay algunos que servirían de joyas de la mejor corona literaria. ¡Cuántos de esos diamantes arrancarán otros diamantes trémulos de los ojos del lector! Y esto puédese afirmar, digan lo que digan los fariseos de la crítica.

Para que se conozca bien á la escritora, dentro y fuera de su patria, y también ahora como en lo futuro, agregaré una observación que no ha hecho ninguno de sus críticos y biógrafos. Su espíritu es no sólo dúctil, si que también muy fácil. Que la gestación de sus ideas es rápida, que ellas fluyen con espontaneidad, puede notarse en sus manuscritos. La encarnación sicológica de su pensamiento en la palabra debe de ser instantánea, pues esos manuscritos son límpidos; apenas hay una corrección ó una enmendatura en cada página. Hojas largas y angostas, sin borraduras ni adiciones, entre líneas ni signos marginales; escritura correcta que no revela la mano que tiembla ó se detiene, sino la mano que vuela sobre el papel; letra elegante, asentada y tendida; junto al epígrafe un sello oval en tinta

granate con el nombre de la autora; al pié la firma con rúbrica varonil. He ahí las páginas que pasan bajo la pluma de la literata y se desparraman con profusión, como hojas primaverales, al intenso resplandor de la publicidad, sobre el campo fértil de la literatura histórica, lleno de frutos ópimos, y sobre el campo esmaltado de la literatura amena, cubierto de flores.

El punto, á mi juicio, más culminante en las tradiciones y que no debe pasar desadvertido es la originalidad. Son tan nuevas en su tema como en su carácter intrínseco. ¿Acaso han sido ya hechos por otros los retratos de los personajes que ella pinta? Otras paletas y otros pinceles ¿han bosquejado antes los paisajes que estereotipa, los acontecimientos antiguos y en veces prehistóricos de que se ocupa?

Cuando mi imaginación la contempla en ese cementerio de los archivos, desenterrando libros espectrales y amarillentos, á la luz mortecina del pasado, oscurecidas sus manos con el polvo de los muertos, de esos muertos insepultos, colocados en hileras en los estantes, como en nichos cubiertos de vidrio, con inscripciones lacónicas como los epitafios; cuando la veo, allí, procurando que las fosforescencias de los recuerdos remotos, se conviertan en las aureolas boreales que alumbran el porvenir, admiro su grandeza y presiento su gloria, inclinando, ante ella, la frente respetuosa. Entonces me digo: Clorinda Matto y Ricardo Palma, han dado, en América, carta de ciudadanía á la tradición histórica.

Ricardo Palma y Juan Vicente Camacho, exprimen el lenguaje castellano hasta hacerle destilar el jugo del español antiguo. Clorinda. cuando la palabra española falta ó no responde á la idea índica, rebelándose así triunfante el pasado contra el presente, piensa en *qquechua,* emplea la palabra de este idioma, y

salva la dificultad. Lleva para ello la ventaja de conocer á fondo el primitivo idioma de los Incas, al punto de que ha rimado en él tan bien como en español. Rompe así las cobardes capitulaciones con el criterio literario del vulgo y dá á sus obras más característica fisonomía, más especial marca de factura literaria.

¿Pero, qué es la tradición en el sentido literario de la palabra? Oigamos al maestro al juzgar una de las obras de Clorinda. Palma dice:

"En el fondo, la tradición no es más que una de las formas que puede revestir la historia; pero sin los escollos de ésta. Cumple á la historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir á las galas de la fantasía, y apreciarlos, bajo el punto de vista filosófico-social, con la imparcialidad de juicio y elevación de propósito que tanto realzan á los historiadores modernos Macaulay, Thierry y Modesto de la Fuente. La historia que disfigura, omite, ó que aprecia sólo á los hechos que convienen ó como convienen; la historia que se ajusta al espíritu de escuela ó de bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre del raciocinio y de las prosáicas realidades. La tradición es la fina urdimbre que dió vida á las bellísimas mentiras de la novela histórica cultivada por Walter Scott en Inglaterra, por Alejandro Dumas en Francia, y por Fernández y González en España.....

"Estilo lijero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo á la par que animado, novela en miniatura, novela homeopática, por decirlo así eso es lo que, en mi

concepto, ha de ser la tradición. Así lo ha comprendido la inteligente autora."

Hé ahí, pues, esplicado, en tan soberbia síntesis, cómo y porqué las Tradiciones serán al propio tiempo, manantial de pátria historia y de literatura nacional, porque los talentos pueden sacar de cada uno de esos pequeños cuadros del pasado, escritos con colorido caliente, de ca a una de esas páginas, entre históricas y romancescas, un drama, una leyenda, una novela, ó un romance, dándoles todo el prestigio de tiempos que pasaron para ya no volver, todo el tinte fantástico de lo antiguo, y toda la mágia de lo que, perteneciendo á generaciones anteriores y por lo mismo queridas, nos ha llegado sólo en el testamento sagrado de los recuerdos y con las doradas alas de la tradición.

¡Qué bien dice Clorinda! "A lo lejos; cuán rosadas son las variantes del pensamiento! Todo aquello que está á nuestro alcance, junto á nuestra mano misma, es árido, prosáico, á veces fastidioso. Esa realidad nos lleva siempre á amar lo desconocido, y por eso el alma, afanosa, busca su felicidad en lo infinito de los cielos; por eso mismo, talvez, se ama al país donde se nace, tanto más vivamente cuanto más se aleja, ahí vá envuelta *la poesía de la ausencia*....."

Ya se vé que, por convicción y por doctrina, es panegirista del pasado, como Horacio en la antigüedad, como, en nuestros días Gustavo Dros, el espiritual autor de "Tristezas y Sonrisas."

Es, inspirada por esa *poesía de la ausencia* que, en sus tradiciones, pinta tan bien sus personajes, que parece pasearse tan holgadamente en el mundo de la antigüedad como en su propia casa. Por eso las entidades que resucita, son Lázaros que se levantan bajo la mágia de la pluma de esta redentora de muertos; de muertos que abandonan sus sepulcros

con todas las seducciones de la vida, y con sus mismos trajes, sus cualidades y sus defectos, sus costumbres, sus caracteres, y hasta con el sabor de su lenguaje derogado, sin por eso herir la índole del idioma vigente. Inmensa,incalculable dificultad, que sólo comprenderán los consagrados por el sacerdocio dol arte.

Si los anticuarios escarban las ruinas, en Pompeya como en el Cuzco, para investigar las reliquias de anteriores civilizaciones; si los arqueólogos—buzos de los es ombros—sacan *huacas* y *chulppas* de las ruinas incásicas, para enriquecer los Museos, los sábios y los eruditos del porvenir, desempolvarán las tradiciones que me ocupan, para atesorarlas en las Bibliotecas y perpetuar así las trazas de una civilización difunta, de una época desvanecida entre las brumas de pasados tiempos.

¡Eso es hacer verdadera historia!

Ysi he de caracterizar de una manera completa las obras de Clorinda, me es fuerza señalar el doble soplo de la religiosidad y tristeza que se siente en tods las páginas que no sean de tradiciones. Ello es debido al lugar en que han sido escritas. Allá, en el Cuzco, la religión gobierna y reina: está en todo su apogeo. Y talvez la naturaleza melancólica de esas regiones tiene alguna complicidad en su tristeza; las almas delicadas, sedientas abren sus poros para absorver la atmósfera que las rodea.

VIII.

Con todo lo expuesto, se comprenderá que la señora Matto es la más peruana de las escritoras peruanas, y la que más ha contribuído á acaudalar y esmaltar la literatura nacional, derramando profusa y simpática luz sobre el ocaso de la civilización incásica y sobre

el crepúsculo matutino de la civilización europea del Perú. Si el Perú sabe comprender su mérito y estimar el espejo de luna de Venecia en que ella ha reproducido tantos y tantos sucesos y personajes históricos, eternizará algún día su hermoso busto en mármol de Carrara, en la plaza mayor del Cuzco. Y... ¡qué! Ha de ser solo nativo de Europa y exótico en la América española, el perpetuar las glorias del espíritu haciendo que el cincel dé vida al mármol y alma al bronce?

¿Es ésta una exageración? No es digna de esa honra? Quien tal sostuviera me probaría no comprender cuánto ha costado á este génio femenino trepar á la altura y llegar á la cumbre. Quien tal sostuviera, puede adivinar ese trabajo de ascención por lo que costó al avaro amontonar uno á uno sus escudos, en un afán sin tregua de toda la vida, para formar gran fortuna. Dominar el idioma, manejarlo correctamente, acumular ilustración, formar tesoro de ideas dignas de entrar, como monedas de oro, en el comercio intelectual, es erguirse sobre el pedestal de su propia fama.

Vedla: en el silencio del gabinete, en la soledad del insomnio, en la noche sin horas, inclinada sobre el pupitre, la pluma en la mano, la cabeza doblegada bajo el peso del pensamiento, el rostro encendido con el fuego de la idea y el calor de la lámpara! Allí está, no en el campo de batalla, sino en el bufete; con el traje doméstico, y no con la túnica blanca; sin más casco de guerra que su cabellera dorada; sin otra lanza que su pluma; sin verter más sangre que la tinta de esa pluma; sangre de sus ideas: Juana de Arco del pensamiento, ¡cuántas batallas libra, cuántas victorias gana! sin espíritu de odio, de rencor y de venganza! Ahí está, luchando día á día, no para matar, sino para crear.

¿Y con qué recompensa? Ah! Tal vez para

que gente que mira con ojo ávido los aderezos de la vidriera de un joyero, vea con indiferencia, quizá con desdén, esas joyas del alma. Si bien ello no debe arredrar al talento, porque, así como cuando se siembra vientos se cosechan tempestades, cuando el ingenio hace siembra de ideas, puede esperar cosecha de laureles.

IX.

He juzgado en conjunto, los libros de Clorinda; esos cuadros bosquejados tan *d'après nature*, que les sobra plasticidad, y que, en general, son vívidas acuarelas de remotas escenas; pinceladas luminosas, perfiles de fuego sobre la niebla de una época lejana; retratos y paisajes de *agua fuerte* que dan á sucesos muertos las palpitaciones de la vida; idealizaciones de la historia y de la poesía del detalle; resurrecciones de una civilización extinta. Todo eso son en conjunto.

Ya que no es posible examinar uno á uno todos los artículos de los dos volúmenes que me ocupan, haré referencia de algunos de ellos.

«Sonrisa de Dios,» es una delicada apoteosis de Santa Rosa.

«La Romería á Cayma;» excursión dibujada con pinceladas descriptivas de colorido ténue y simpático.

«Nocturno;» rayo místico y pálido, violeta del altar con que ha adornado la autora su guirnalda literaria.

«La Quena;» revela este artículo el extremecimiento de una alma femenina, producido al són de esa flauta fúnebre que solloza como la viuda amante sobre la tumba del esposo; semeja el eco melancólico de la cabaña indiana; es la tradición palpitante del *Manchaypuito*.

«La Corona blanca,» está tegida, con mano

delicada, de las flores que ciñeron su frente infantil, cuando, vestida de albísimos celajes de tul, dió, por vez primera, hospitalidad á Dios, en el temp'o de su alma, al pié del altar, y con una antorcha en la mano, como las Vestales griegas. Recuerda también la corona de azahares, símbolo de la unión á otra existencia: corona rociada de lágrimas más tarde.

«En la paz de Dios»; grito que desgarra su alma y sus entrañas, cuando volviendo, tras larga ausencia, al doméstico hogar, vé flotar en él la sombra de la que ella llama «la madre de su madre, dos veces madre»; mientras el alma de ésta, dejando tibio aun ese nido adorado, ha volado á la esfera celeste para gozar *en la paz de Dios*.

«Malccoy»; cuadro pintoresco y ligero de costumbres americanas; idilio pastoril en prosa, que tiene mezclado sabor de leyenda indígena y de égloga griega.

«Entre dos luces», los resplandores de la fiesta del carnaval se confunden, en este artículo, con los de la caridad de una estudiantina arequipeña. Dos luces y dos fiestas confundidas: fiesta del carnaval y fiesta de su corazón; y ambas expirando juntas, al primer clamor de la campana, en ese día sombrío y funeral del *miércoles de ceniza*.

«Armonías.» Este artículo es digno de su título: exhala los arpegios melódicos de un alma, mezclados con *las armonías* místicas de la naturaleza que se elevan al cielo en los días *santos* de la cristiana Odisea.

«Entre las sombras», vaga y confusa lamentación que se apaga *entre las sombras* del recuerdo, de la guerra y de la naturaleza; balada un tanto oscura que se desvanece como un efluvio sobre los pálidos paisages desgarrados en girones por el enemigo de la patria, por «un fantasma colosal como el abis-

mo que, desplegando la bandera negra de la muerte, había cruzado el espacio.»

« Getsemaní», romántica gira por el orbe bíblico, desde los tiempos aquellos en que dos desnudos cínicos maltrataron sus encías mordiendo la manzana vedada, hasta que el emblema de la civilización, fué un *libro* y un *madero*. El Evangelio y la Cruz. Este artículo es el eco del cántico de las hijas de Israel, cuando descolgaban sus arpas de las ramas polvorosas del sauce; es la página arrancada al corazón y escrita con las gotas que se desprendieron de la frente lívida del Dios-hombre, en el fondo del huerto y á la sombra de los olivos.

¡«Aleluya, Aleluya»; es el recuerdo de la cruz, el día «en que ángeles blancos con alas negras volaron con vuelo siniestro en torno del Mártir Divino que en esa cruz estaba pendiente, llevando después, en coro, el alma de Dios al cielo», según la expresión de Klopstock. «Aleluya», es la continuación de «Getsemaní.»

«Música y amor»; es la música del amor y el amor de la música: del amor que es la fiebre del alma, y de la música que el delirio sublime de esa fiebre. Sólo encuentro de censurable en este artículo, que, junto con la ópera, se idealiza la zarzuela: vale decir, se pone al monarca y al lacayo en el mismo nivel.

«Entre las tumbas», tiene esta página el estetismo literario de las demás y está impregnada de la vaguedad melancólica cuyo soplo orea sobre el libro y que es natural en el espíritu culto y delicado de la mujer que, como Clorinda, discurre en la mansión de los muertos, en calles de cipreses y de lápidas, la víspera del día de difuntos, y deja una hoja escrita, ó por lo menos pensada, al verse rodeada de tumbas, leyendo el culto al pasado y el respeto á la eternidad en esas disemina-

das páginas de mármol. Los espectros de dos recuerdos interrumpen su paso; de los recuerdos de dos amigas queridas, y sólo mentalmente se postra ante dos tumbas adoradas que no estaban allí. Hablando de ellas dice: «No son, empero, las tumbas de la madre ni del esposo las que han de pedirnos esa remembranza del dolor enlutado; que ellas, en oración perenne, la vén levantarse del corazón que suspiró y lloró con el ¡ay! del huérfano y de la viuda, con la lágrima de la errante viajera.»

«Para ellas», para ellas,—las de su sexo—dedica un puñado de útiles y agradables consejos, que se parece mucho á un puñado de flores. Pisa los esplendores de la opulencia, como quien pisa un tapiz, y, desde inmensa altura moral é intelectual, les indica *á ellas* que «basta enriquecerse con los encantos del espíritu.» Irguiendo la frente, las dice: «Mujeres, ilustraos, aspirad á la gloria, cuyo resplandor es tan vívido que puede iluminar siglos, generaciones y mundos, sin aquel brillo efímero del oro.» Y en efecto, cuántas mujeres darían una montaña de oro por un rayo de su inteligencia!

X.

Largo, larguísimo sería seguir analizando el gran número de otros trabajos semejantes, dentro de los ámbitos estrechos de este ensayo.

Pasaré á obras de otro género.

Habiendo desenterrado del polvo de los archivos tantos personajes, episodios, caractéres, intrigas, es extraño no se haya propuesto hasta ahora tejer la trama de una novela vaciada en el molde carísimo de sus investigaciones históricas, y es de esperar que lo haga, pues saldría de seguro con éxito y donai-

re de su labor. En cambio, su imaginación creadora, su tesón en el trabajo, y su conocimiento de los viejos dramas políticos y sociales de su país, la han hecho acometer una obra, mil veces más difícil que la novela, para llevarla al tablado de la escena.

Si «Hima-Sumac» tuviera un poco más de juego escénico, de agitación dramática, sería una obra notable.

En los albores de la guerra de la Independencia, surge la figura de Tupac-Amaru, como el Atila incásico, derramando el terror en torno suyo é infundiendo espanto en el gobierno colonial.—Hima-Sumac, bella nieta de Ollanta é hija de un famoso Cacique, es el amoroso delirio del hijo mayor de Tupac-Amaru, joven simpático y guerrero. Habían llegado á prometerse futura y eterna felicidad. Gonzalo de Espinar, Cid anónimo y oscurísimo de la aventura y de la intriga, como tantos otros que diluviaron entonces de la Península á la América, conoció á Hima-Sumac. La superioridad física y moral de Gonzalo y su apostura caballeresca, levantaron una tempestad de amor en el corazón de aquella Lucía de Lamermoor, no de las montañas de Escocia, sino del Imperio de los Incas. En Gonzalo sólo hablaron los sentidos al conocer á esa Diosa de la belleza indiana, que parecía una mórbida estátua de bronce oscuro. Pero entre los coloquios de su sensual amor, sintió ofuscada su vista con el esplendor del orígen de Hima-Sumac y herido su oído con el gratísimo rumor de sus tesoros fabulosos. Sintió su corazón mordido por codicia infinita. Juró entonces, apoderarse de esa heróica americana.

La situación de Hima-Sumac, luchando entre su pasión á Gonzalo, y el juramento sagrado que la encadenaba á Tupac-Amaru, es verdaderamente interesante y dramática.

El encarnizamiento de la rebelión peruana

en el fondo de las serranías, viene á aumentar las dificultades para el gobierno colonial, intrigando también la situación de Hima-Sumac, que en un trasporte de su amor á Gonzalo, le dice: «prefiero perder mi alma, á perderte.».....

Gonzalo explota la pasión angelical y purísima de la vírgen de las montañas sombrías y soñolientas; pone en juego todos los recursos de su astucia, todos los resortes de las pasiones humanas para obtener la revelación del insondable secreto que sus abuelos confiaron á la india, bajo la religión del juramento. Pero Kis-Kis, el noble, simpático y valeroso Kis-Kis, se encarga de salvar la situación dando muerte á Gonzalo y sellando con el silencio de la tumba el secreto de sus mayores.

El Intendente del Cuzco, sabedor de los detalles, aprisiona á toda la familia de Hima-Sumac y la somete, después de prolijo interrogatorio, á la más cruel de las torturas, sin obtener más que la desesperación de su impotencia, ante la firmeza de los indios mártires. Hima-Sumac espira junto con los suyos. Su muerte es la espiación de su debilidad. El secreto queda guardado—por los siglos—en la tumba.

Ese es el drama.

Lo ha abordado su autora, con convicciones firmes, ideas prévias y doctrinas propias. «El teatro, dice, es el libro práctico de la enseñanza, el libro en acción, si se nos permite la frase. Y en esa escuela de los progresos, el literato y el artista ván enlazados con unos mismos laureles y mirtos.»

Clorinda ha publicado también en Arequipa un precioso y compendiado texto de literatura «apropiado á la enseñanza del bello sexo: los modelos, en su mayor parte son tomados de escritoras notables.—«La experiencia en la materia—agrega en el prólogo de esa obra,—nos ha llevado á sintetizar el plan

que en un principio nos propusimos en nuestro trabajo, reduciéndolo á tratar de aquello más necesario é importante para la mujer, que no está llamada al púlpito, ni á la turbulencia de la tribuna, sino á la enseñanza de la familia, á la paz del hogar y al embellecimiento de la sociedad, por virtudes unidas á educación esmerada.»

XI.

Me he detenido más en las obras que en la autora. Allá ván pocas y ligeras pinceladas biográficas, intencionalmente interrumpidas hasta aquí.

Clorinda nació en el Cuzco. Los autores de su bella existencia fueron el respetable Magistrado D. Ramón Matto y la distinguida señora Grimanesa Usandivaras.

Cierto día se lanzaba una niña de siete años á un ataúd, sollozando convulsa y á grito herido y desgarrador. Era Clorinda, huérfana, despidiéndose de los despojos de la madre. Un día antes, esa madre, en el lecho de agonía, junto al sacerdote, frente al crucifijo, las manos replegadas sobre el pecho, había vuelto el rostro hácia su pequeña hija, diciéndole: Clorinda, sólo Dios será tu apoyo!» (Setiembre 22 de 1862.)

Creció; se ilustró. Niña de catorce primaveras, apuró la instancia, el ruego, la imploración á su padre, con objeto de que la enviara á Europa ó á los Estados Unidos para perfeccionar sus estudios y hacer los profesionales de medicina. Con tal motivo redobló su consagración al estudio del idioma inglés, y si hubiera realizado su deseado viaje, es seguro que la talla de la escritora habría crecido considerablemente. Pero la flecha de Guillermo Tell no asestó con tanta maestria la manzana tradicional de la histórica leyenda suiza, co

mo el dardo de oro arrojado por la mano del *niño ciego*, del niño sublime, hirió su corazón en la romántica leyenda de su vida íntima. Cupo esa suerte á un hijo distinguido de la Gran Bretaña: José Turner, que le dió su nombre.

Formó su hogar en Tinta, villorrio rodeado de desiertos inhospitalarios y teatro de las hazañas de Tupac-Amaru. Allí se consagró á la colaboración de las faenas de su esposo, al cuidado de sus hermanos, á los deberes domésticos y á ensayos literarios.

Ayer la madre! hoy el esposo!..... Huérfana y viuda, Clorinda, pudo decir entónces, con el poeta, en medio de su soledad:

«Mi vida es un erial;
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien vá sembrando el mal
Para que yo lo recoja.»

Esta última desgracia hizo terribles estragos en su alma. Había en su dolor desesperación. Se entregó á la soledad. Dejó de tomar alimento; su naturaleza sufrió alarmante decadencia. Tomaba sólo café, como Balsac, cuya muerte se atribuye al exceso de ese elixir, que él creía capaz de dar vida á los dioses moribundos: como Alfredo de Musset, que desplegó para siempre las alas de la existencia libando la abominable mezcla de cerveza y ajenjo. Es que Clorinda tenía sinceridad en su luto, desesperación en su amargura, demencia en su dolor!

Su tia comprendió el peligro, se arrojó de rodillas á sus piés, y, por la memoria de su madre, le rogó que tomara alimento y dejara el café. Era muy sagrada la invocación: Clorinda obedeció, y por eso Clorinda vive.—El recuerdo de su esposo reina sólo en su alma.

El retrato de su esposo es el único cuadro de su salón.

XII.

Años después sale de su casa, en carabana, á una excursión de campo. Divisa un cementerio.

Oigámosla:

«La tierra bendecida se alejaba al compás del galope de nuestro *zaino;* apenas su brisa perfumada por las flores de las *habas* llegaba ya á orear nuestra frente calenturienta.

—« Oh!..no! no!—dijimos como quien delira, rompiendo el silencio y sujetando la brida al corcel. Dudamos un minuto, y, por fin, con decidida resolución, volteamos la rienda, y con la pupila turbia por lágrimas suspendidas en la pestaña, distinguimos en el lejano horizonte de la pampa, un punto plateado, reverberando en techumbres de zinc acanalado, el campanario blanquecino y un pequeño grupo velado por una cruz.

«¡Allá quedaba todo!

«El corazón hecho girones, vertía aún su sangre, comenzando, sólo y huérfano ya, su amarga peregrinación.

—«¡Adios! balbuceamos entre un sollozo seco, de aquellos que destrozan el torax. Y extendiendo los brazos, otra vez ¡adios! dijimos, y el corazón quería romper la lápida del pecho.

—«Dios justísimo! ¿quién resarcirá estos dolores cruentos ante tu tribunal incohechable, en la hora de la cuenta arbitral?...

«Era el templo augusto del amor y de la resignación cristiana profanada por los mercaderes de vil leyenda, y el redentor no podía llegar con el látigo de la justicia, porque mi país se desvastaba con la guerra y el suelo

peruano ofrecía á sus hijos, sólo gloriosa sepultura.

«Templo, rosales y verdura!

«Allá quedaba todo!

«¿Quién ha de detener nunca su mente para contemplar á la pobre mujer solitaria, huérfana y errante, que sin asilo, se lanza en un mundo semejante al océano embravecido?

«Su juventud inspira sólo codicia.

«Su desolación, acaso indiferencia.

«Ah! gotas de hiel destiló do quiera este corazón que en día tal alzóse resuelto, llevando el aleccionamiento de la amargura.

«Esa hiel de la desgracia es para el corazón como el baño acerado que pulimenta el tosco fierro.

«Y al llegar á la meta con la planta herida, ¿qué podemos leer?

«Libro de sabiduría, libro de grandeza cuyo sumario es «*Hemos sufrido, hemos aprendido.*»

«Dos capítulos magníficos que, en conjunto, señala nuestra playa de verdor perenne, allá, salvados los umbrales de lo desconocido.

«Más, perdemos la ruta.

«Volvamos.»

Así concluye:

Qué tropel de íntimas congojas tomando al asalto su corazón! Qué invasión de dolorosos recuerdos, desfilando en tumulto por su mente, al contemplar en lontananza el sagrado mármol que encierra su alma, junto con los cuerpos de su esposo y de su hijo!

Yo la veo, allí, enlutada, en la llanura silenciosa, rodeada del desierto moral; con los ojos húmedos ante esa perspectiva, y la mano sobre el pecho ahogado de sollozos y preñado de dolor.

Pobre prisionera de la desgracia! Pobre víctima del destino brutal! Pobre mujer, herida en la batalla de la vida!

Que los triunfos de la gloria, le indemnicen

las derrotas de esa batalla! En medio de sus fragores, proclama á las huestes del arte, con espíritu heróico, las conquistas de la civilización, del progreso y de la libertad; de la libertad, esa Hada resplandeciente y voluble, á la que le dice con el poeta del Sena:

—¡«Mi alma á Dios; mi corazón á tí!»

XIII.

Habíase puesto al frente de los negocios de su esposo, con viril entereza y admirable inteligencia. Llevó los libros comerciales. Pagó las deudas; y cuando el saldo hubiera aliviado su situación, fué cobardemente estafada. Ella dice al respecto:

«Llegó la muerte con demacrada mano, y arrebató el amor del alma.

«Tibio aún el nido de la alondra sin consuelo, asomó la fatalidad por los enlutecidos umbrales.

«Un mercader *leguleyo*, y un abogado *mercader*, terminaron la destrucción iniciada por la muerte!».....

Se refiere á que después de la muerte de su esposo, fuéle usurpada su fortuna.

En ese estado, la mano de la joven viuda tocó la puerta de una imprenta: «La Bolsa» de Arequipa. Era allí muy conocido su talento. Muchas veces sus artículos habían merecido respetuosa hospitalidad en aquel diario. Su Director le extendió la mano, y le encargó la redacción en jefe.

Tengo á la vista, sobre mi bufete, los innúmeros periódicos que saludaron á la diarista peruana.

El Perú á la sazón se revolcaba en su propia sangre, en guerra con Chile.

Su patriotismo y su pluma, se mostraron á la altura de la situación.

No se contentó con eso. Reunió valiosos

donativos. Los remitió al Presidente de la Junta colectora, con una interesante correspondencia que termina así:

«Junto con estos donativos, irá una *tarjeta de oro*, premio con que quisieron honrar á la humilde escritora cuzqueña. Esta prenda de valor moral para mí, nunca pudo separárseme con mayor justicia que al presente, en que se vincula el querido nombre de la pátria con el sacrificio de sus hijos.....»

Poco después promovió una suscrición con la que se adquirió el vestuario y equipo del batallón «Libres del Cuzco».

No fué eso todo. Eran los meses de Enero y Febrero de 1881, en que la guerra sacudía en todos sus confines el territorio del Perú, cubriéndolo de sangre, de mártires y de héroes.

En el fondo de ese cuadro sombrío, surgió la simpática figura de mujer tan patriota. Residía en Tinta, tránsito de las tropas que iban á la «Campaña del Sur». Convirtió su hogar en hospital de sangre. Formó en él una ambulancia á sus propias expensas. Recibió allí en los brazos á sus hermanos armados, heridos por el plomo enemigo y rociados por las perlas que diluviaban sus ojos. Los valientes oficiales y soldados del batallón Bolognesi y del batallón Alianza, y el distinguido coronel José S. Corrales, son testigos de la abnegada filantropía de esa hermana de la caridad patriótica.

Brillar con su pluma más allá de las fronteras nacionales; entregar los lauros de su gloria como ofrendas de guerra; defender la patria con la prensa; abrir las puertas de la propia casa para curar la herida del soldado; consagrar á su Perú adorado el llanto de la desesperación, es algo que consterna, es algo que inspira á los corazones apasionados por la patria, gratitud imperecedera y sentimiento reverencial.

XIV.

No es posible prescindir de circunstancias adversas que se han conjurado contra el renombre y engrandecimiento de Clorinda. El teatro en que cultivó su mente, será quizá oásis de reposo, pero no raudal de ilustración. Allí escasea el arte en todas sus manifestaciones. Los centros de instrucción, particularmente para la mujer, son deficientes. La religión invade los fueros de la ciencia, y, en general, el nivel de la sociabilidad cuzqueña, está abajo de la de Lima; y mucho más abajo del alto grado de cultura á que han llegado las grandes capitales del mundo.

Que diferencia de condiciones en la mujer que se forma entre las montañas áridas y adormidas del Cuzco, nutriéndose sólo con su propio talento, á la escritora europea, cuyos salones son el punto de cita de literatos, poetas, novelistas, dramaturgos, críticos, diaristas, pintores, músicos, escultores, y viajeros ilustres, que calientan el clima intelectual de un salón, y lo inundan con el chisporroteo de su *causerie*. Allí hay regueros de luz.

Agréguense á eso, en Clorinda, su orfandad prematura y su viudez temprana; la carrera y el carácter mercantiles de su esposo, y la pérdida de su fortuna que la obligó á amasar el pan diario con el sudor de su frente ¡sí, de su frente! y se apreciarán los inconvenientes de su vida, y se contarán las piedras de su camino.

En combate con tan fuertes elementos, ¡cuántos ensueños rosados, cuántas visiones de gloria no habrían caído de su frente, como hojas otoñales desparramadas por el soplo de un viento helado! ¿Comprendéis lo que son esas batallas, incruentas pero obstinadas, en

las profundas interioridades del espíritu? ¡Cuántas alternativas de brios incontrastables y cobardes desfallecimientos! ¡Cuán obstinada tenacidad! !Cuánta intuición de la gloria! Cuánta devoción fanática por el bello ideal para haber llegado á la cumbre en que se encuentra! Allí la contemplo ahora, con el orgullo afectuoso de la amistad, entregada á las fruiciones del arte.

XV.

Terminaré por donde debía principiar, ya que ningún orden cronológico he seguido en este haz de impresiones y conceptos.

Mientras la gloria, en alianza con la naturaleza, ofrecerá á la señora Matto las hojas de laurel, flor heráldica del triunfo yo me permito rendirle este humilde homenaje de mi admiración, que exhala el perfume de la sinceridad.

Tiene el único, pero no pequeño mérito de la justicia. Quizá algún héroe de la rivalidad y de la emulación desconozca esta verdad. Pero el tiempo pasará. Herido por la nostalgia contemplaré al Perú, al través de la pálida claridad de la ausencia, de esa palidez semejante á la que derrama el inmenso escudo de ópalo, desde el alcázar del cielo, como el blasón de Dios; y, entonces, sí, entonces, se hará más justicia que hoy á la escritora peruana. Su patria la verá con orgullo nacional, y ese orgullo, sustentado por el tiempo, la contemplará reclinada en las faldas del Misti, bañada por los resplandores de ese volcán, coronada de mirtos, tañendo un arpa de marfil, y, contemplando, con el alma en los ojos, el cielo del pasado histórico.

Dr. Joaquin Lemoine.

LAS TRES AMÉRICAS

El interesante periódico ilustrado que, con el significativo título de *Las Tres Américas* publica en Nueva York el notable literato señor General don Nicanor Bolet Peraza, registra en el número de Octubre, sección Bibliografía americana, lo siguiente:

Tradiciones Cuzqueñas.—Bocetos al Lápiz.—Hima Sumac (drama), Indole, *Novela peruana*, Los Andes (periódico), por *Clorinda Matto de Turner* (peruana).

En el difícil género de las *Tadiciones* no existe sino un solo maestro en la América española, el eminente Ricardo Palma. El fué quien descubrió ese filón de oro en nuestra literatura, él quien ha sacado de su rica vena tesoros de altísimo precio, él quien ha enseñado el encantador modo de desenterrar del polvo de los archivos un hecho histórico que no está en la Historia, y presentarlo con tales galas de ingenio y de lenguaje, que decididamente se prefiere leerlo siempre así que verlo luego desnudo y severo como un acce-

sorio en los cuadros graves y solemnes que el historiador traza bajo el austero numen de Clío.

Pues es nada menos que el maestro insigne, quien pone prólogo á *Las Tradiciones cuzqueñas* de Clorinda Matto de Turner, para mostrarse orgulloso de tal discípula y poner á la obra el sello prestigioso de su autoridad suprema.

El trabajo del tradicionista es muy complejo, y para llevarlo á cabo precisa tener la fortaleza del excavador, la constancia del anticuario, el instinto de la investigación: para exhumar los hechos en el osario cuasi anónimo de nuestros archivos, para darles cuerpo reuniendo las disgregadas partes; y luego que esto se ha logrado queda aún por hacer algo todavía mas árduo, que es dar forma literaria al hallazgo; para lo cual hay que vaciar del todo el cofre de las joyas intelectuales, porque la obra ha de brillar, ha de encantar, ha de seducir por virtud de un arte que no parezca tal, de una naturalidad engañosa, de un colorido variado y siempre local y una intensión filosófica que impresione sin resaltar, como ese tono general que los grandes pintores dan á sus cuadros sin que los profanos puedan decir qué matiz de la paleta derramó para ello en él.

Pues tales cualidades posee la ilustre escritora peruana; y ellas se revelan en sus TRADICIONES CUZQUEÑAS, trabajo esmaltado con los primores de su estilo rico, palpitante, deleitoso.

En los BOCETOS AL LÁPIZ nos presenta Clorinda Matto de Turner otra faz de su ingenio. Aquí su talento muestra varoniles energías, profundos conocimientos, recto criterio, penetración nada común para ahondar en los caracteres, y esa discreta manera de hacer prestigiosos los personajes que estudia, tan sólo

con decirlo, y decirlo con verdad y elegancia, las acciones que dieron viso á sus vidas.

En el bello drama *Hima Sumac* se revela la poetisa del sentimiento, á quien inspira el amor á la patria y á sus glorias, cercanas y remotas; la piadosa amiga de la raza india, la americana con orgullo de serlo y de proclamarlo.

Indole es un interesantísimo estudio de costumbres peruanas, pintadas con vivos colores por mano maestra. El lenguaje tiene toda la frescura de la flora tropical, el estilo toda la fluidez de nuestros límpidos y dulces arroyos. Las descripciones son animadas y seductoras el diálogo vivaz y criollo; y el fondo moral del romance está hábil y sobriamente tratado para que no se confunda su espíritu con un sistemático ataque á la religión, sino que se advierte en él una prudente advertencia sobre los peligros á que conduce el abuso de los malos ministros, cuando invaden el dominio del hogar con una influencia absoluta, y so pretexto de guiar las almas suelen disolver la familia.

Y por último, en el periódico *Los Andes*, publicación que participa del doble carácter de político y literario, campea la distinguida escritora en ambos campos con igual fortuna. Si no estamos equivocados, este es el primer periódico político serio dirigido por una dama en nuestra América; tarea bien difícil por cierto, dadas las preocupaciones que sobre la misión de la mujer se profesan todavía en algunos países; pero en la que no podrá menos que salir airosa quien como Clorinda Matto une al talento y á la discreción, la honorabilidad de su rango y las virtudes de su carácter. En los números que de *Los Andes* nos han llegado, vemos con satisfacción cultura exquisita, moderación en la manera de exponer las propias convicciones y de combatir las age-

nas, y cierto generoso espíritu que sin perjudicar al vigor de la expresión adecuada al modo peculiar del periodismo político, viene á ser como un reflejo de los delicados y nobles sentimientos de la mujer; que buena falta hacen en ciertas épocas de nuestra azarosa vida política, en que la prensa suele enrojecerse al calor de las pasiones, causando quemaduras y heridas que luego, en la calma de los ánimos nos pesa haber inferido á nuestros propios hermanos, contrarios ó enemigos en la hora de la lucha, aliados y amigos al día siguiente de las decepciones, y familia siempre para deplorar juntos, la inutilidad de la saña en los esfuerzos por fundar el ideal de paz y libertad, de que nos vamos alejando al paso que nos enemistamos con la justicia, el amor y la concordia.

N. Bolet Peraza.

TRADICIONES

Y

LEYENDAS.

LA FLOR DE LAS TARAS.

(TRADICIÓN).

Á MI AMIGA TERESA G. DE FANNING.

I.

Quinua es un caserío solitario cerca de las planicies de *Paccay-ccasa*, notable no solo porque el ejército libertador á órdenes del general Sucre, se estacionó allí para organizar el ataque al enemigo, cuyo brillante éxito se nombró la *batalla de Ayacucho*. Tiene otros puntos de curiosidad histórica, que voy á señalar en la forma ligera que cuádra á la índole de la tradición.

Comienzo narrando que, entre los pocos habitantes de las chozas de Quinua, hacia el año 24, se contaba una codiciable jóven peruana de pura raza incaica, quien

respondía al nombre de *Phallchamascachi-ttica*. Simpatizó la india con la causa que bajo su pabellón ofrecía una esperanza para sus hermanos, con la abolición del tributo, el trabajo forzado y la *mita*, y se constituyó en especie de cantinera del Estado Mayor del Ejército de Sucre, entonces al mando del general Gamarra, por haber quedado de prefecto en Guamanga el general Santa Cruz.

Phallchamascachi-ttica proveía de leche, sal, ají en polvo y otras menudencias de cocina, entre las que excitaban el olfato las yervas olorosas como la *muña* y el *payco*, indispensables donde el chuño hace el gasto de sazón. No es de dudar, pues, el cariño con que se recibía á la *ñusta* en el campamento, y si á estos comedimientos se agrega el que, tres indios de la vecindad, parientes de la jóven, suministraban á Sucre importantes noticias respecto á los movimientos del enemigo, quedará probado todo el entusiasmo que existía por Phallchamascachi-ttica en las filas patriotas.

II.

Magestuoso y vivificante cual pocas veces, asomó al horizonte el sol en un cielo

del que habían huído las nubes que habitualmente dibujan el de la sierra. Era la mañana del 9 de Diciembre de 1824. A las nueve comenzó á descender de la montaña la división realista de Villalobos, y muy pronto se avistaron los dos ejércitos y comenzó la pelea, donde rivalizó el heroismo de bando á bando.

Esta acción memorable no duró más de una hora (1).

El genio protector de las armas realistas plegó sus alas para siempre, dejando los campos de Ayacucho cubiertos de mil cuatrocientos cadáveres y setecientos heridos españoles, sobre cuyo rostro macilento reflejó la luz de la libertad sud-americana, sellada después por la capitulación que hizo á los peruanos dueños de los pertrechos de guerra.

Terminados todos los arreglos consiguientes á triunfo tan inesperado y completo, un general se dirigió, hacia la media noche, á una de las chocitas de Quinua, en cuyo fondo se encontraba sentado en el batán de piedra, arrimada á la pared de adobes la espalda, el más conspícuo personaje del ejército realista. Un corto

1 Miller «Memorias» T. 2.° pág. 177.

reflejo de la llama de una lámpara de barro, esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, á las cuales, en parte, hacían sombra sus venerables canas teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que recibió.

Su persona alta y en todos tiempos noble, parecía en aquel momento más respetable é interesante, «La actitud, la situación y la escena, todo reunido era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas,» como dice el narrador inglés en su libro de «Memorias».

Aquel ilustre herido era el que, momentos antes, representaba el poder y señorío de la corona española; el virrey La-Serna, prisionero de la batalla, y el que lo visitaba, el general Miller.

La entrevista de los dos personajes, vencedor y vencido, en la casucha de Quínua, fuè digna de la talla caballeresca de entreambos.

La-Serna fué el primero que habló, alargándole la mano á Miller: éste hizo retirar el centinela colocado dentro de la habitación, mandó llamar al cirujano, que curó la herida del virrey, y le prodigó

atenciones esquisitas, ofreciéndole, por último, una tasa de té, que el herido halló vivificadora.

Al rayar la aurora del 10 de Diciembre, se presentó la dueña de la choza: era Phallchamascachi-ttica. Comtempló por largo rato al huésped, cuyo nombre y posesión ya sabía, y atraída por la nobleza de la raza y la hidalguía castellana dibujada en aquella frente coronada por finísimos hilos de plata, se entregó á dulces y candorosos trasportes de ternura, explicando al virrey la solicitud con la cual iba á cuidar de él.

La-Serna ignoraba el quechua y Phallchamascachi-ttica tampoco poseía el habla de Castilla, pero el asistente del virrey traducía con voluntad las palabras de uno y otra. La india salió apresuradamente de la choza y volvió en seguida, trayendo un vaso de leche en una mano y un manojo de flores de tara en la otra, que ofreció al enfermo con estas palabras:

—Bebe esta leche pura, que es de mis cabras, para alentar tu cuerpo y para tu alma; aspira el perfume de las taras, que prepara el olvido de las penas.

El ex-virrey sonrió con esa sonrisa, mi-

tad gratitud mitad encanto, que suele provocar una buena acción ejecutada con toda la poesía y el candor de la adolescencia—saboreó la leche, platicando algo sobre las virtudes que Phallchamascachittica atribuía á la flor de las taras.

Los indios dicen que el árbol de la tara, cubierto á un tiempo de flores, espinas, vainillas y hojas, tiene en su sombra la propiedad del narcótico para los pesares, y que quien duerme bajo su escasa fronda, despierta sin acordarse de sus penas; que el olvido es como el perfume de sus flores imperceptible, pero positivo.

III.

Con cuánta pena vió partir Phallchamascachi-ttica al ejército y al enfermo; éste que todavía quedó algunos días en Ayacucho, recibió varias visitas de la cantinera que iba de Quinua abreviando la distancia por las laderas, y llevando la leche fresca, sin olvidar las flores.

IV.

Llegado á su patria el que fué virrey La-Serna, y retirado de la política, residía en Jerez de la frontera; y cuando refería sus cruzadas en el Perú, recordaba con

cariño á muchas familias del Cuzco, mencionando particularmente á la «linda peruana de LA FLOR DE LAS TARAS,» que así la bautizó, por no poder pronunciar Phallchamascachi-ttica.

LAS DOS PARTIDAS.

LEYENDA HISTÓRICA.

Al doctor Fernando E. Guachalla.

I.

Al primer rayo del sol, se abren multitud de capullos y se convierten en flores; así, al primer beso del aura primaveral, nació una tierna niña que pronto fué la mujer seductora, bajo el nombre de Angelita Barreda, hija de una distinguida familia cuzqueña.

Angelita creció gaya y lozana para desesperación de cien merodeadores en los campos que alegra Cupido.

No he visto ojos más negros ni más hermosos, que los que la leyenda ha puesto para ventanas del alma de Angelita,

en un semblante rosado por las azucenas. Eran dos focos ipnotizadores, pero con el talismán de conservarse ilesos de todo contacto mundanal.

En los climas fríos, cuya atmósfera está cargada de electricidad y el cielo cubierto de nubes densas que amenazan constantemente con la tormenta, se desarrollan aquellos caractères cuya firmeza desafía al mundo, al demonio y á la carne, en el supremo instante de la lucha.

Así sucede en el Cuzco.

Sus habitantes revelan fortaleza muscular, y son tambièn gigantes, sea en sus pasiones, sea en sus virtudes. En esos climas se cantó el *Manchay-puito;* allí se encuentran héroes del amor que han inmortalizado la cadena de ambares que perfumó, atadas en una, existencias desventuradas; de allí salen esas mujeres de alma griega en corazón de fuego, y allí fué sellado el secreto que vino á revelarse en *Sorata,* capital de la provincia de *Laricaja,* después de cuarenta y cinco años de un silencio sepulcral, con un sumario que por sí solo era un libro.

Ni aun á los séres que viven en el ostracismo del claustro, se les vè enflaquecidos

por la vigilia, en aquellos climas de que voy ocupándome: la naturaleza se muestra exuberante de vida. Por eso Angelita, á pesar de contar solo catorce abriles, reunía toda la belleza de la mujer de veinte años.

Un día se ocupaba, en compañía de sus padres, en los aprestos de un viaje de recreo, y Angelita cayó muerta en medio de un charco de sangre! La blanca paloma del nido, con las alas teñidas en el licor rojo de su propia vida, levantó el vuelo y partió á las regiones desconocidas!!...

Su muerte fué la causa de un doble crímen; pero todos callaron, y aun su propia madre ahogó el sollozo del alma, para hacerse la muda y llorar en silencio.

Angelita, que nació como las flores de la loma, murió como el cabritillo de Abraham!....

II.

En mil ochocientos y tantos, gobernaba en calidad de sub-prefecto la provincia de Laricaja, de Bolivia, el coronel don Saturnino Guachalla, y en el mencionado pueblo de Sorata, situado al pié del magestuoso *Illampu*, se instaló una escuela

de párvulos, regentada por un maestro que se decía procedente del Perú.

Aquel lugar de enseñanza llegó á ser un modelo en su género, y su regente gozaba de fama canonizable.

Cuarenta años hacía que el maestro Lorenzo recibía rapazuelos ignorantes y devolvía jovencitos con esperanzas para la patria y la familia. Muchos de sus discípulos eran ya hombres de estado, y contaba hasta educandos nietos; pero, vivía solo, absolutamente solo. Por su físico, taciturno y demacrado, más parecía un espectro andando. Al maestro Lorenzo podían aplicársele los pensamientos de Ramos Mejía, cuando en sus «Neurosís célebres» habla de los séres encerrados en los claustros, en donde, á la media luz de un crepúsculo artificial, pasan las sombras humanas entregadas á las meditaciones excesivas, transidas por la anemia, pálidas, secas y como identificadas con el pergamino de sus infolios, con la sangre hecha agua, la esclerótica azulada y el cerebro gimiendo bajo el peso de su mendicidad circulatoria. Parecía una lámpara próxima al chisporroteo, pero ¿quién observaba su declinación rápida, cuando llena

con esmero las labores de un cargo impuesto por su propia voluntad á sus fuerzas decadentes?

Era respetado por todos, nadie contaba sus años, y los chicuelos estaban habituados á ver al maestro Lorenzo entumecido, flaco, meditabundo, pero nunca de mal humor.

III.

Una mañana dejó de abrirse la escuela á la hora de costumbre, y los muchachos que, para todo se daban maña y además conocían las contraseñas de las cerraduras, se encaminaron al cuarto del maestro, á quien encontraron acurrucado en su cama, casi sin respiración. Cuando se acercó Andresito, uno de ellos, á darle los buenos días con su vocesita chillona y algo asustadiza, los ojos de Lorenzo brillaron con la luz del relámpago que centellea, sus nérvios se sacudieron en convulsión suprema, y dijo:

—Bien venido seas, ángel de Dios! córre, córre, llámame al padre cura, á los vecinos del frente, á las patronas del barrio, que me muero y quiero....

No acabó de hablar Lorenzo, cuando Andrés, estrujando su raido sombrero en

la mano derecha, salió con carrera tán abierta que los talones le alcanzaban á las espaldas y el corazón le latía con el comején de dar tamaña noticia, que iba á alborotar la población.

Media hora no habia trascurrido, cuando ya el lecho de Lorenzo estaba rodeado por el párroco y la gente más notable.

El enfermo parecía reincorporado y, dirigiéndose á los circunstantes, habló así:

—He oído ya la voz de la postrer llamada; pero, antes de partir, quiero dejarme escuchar por los que han vivido cerca de mí. Ah! ¡cuánto he sufrido! ¡cuánto sufro! Como todos, fuí jóven y acaso dotado de belleza; la más pura criatura nacida de mujer inflamó mi alma virginal y, en un momento, fué convertida en la hoguera de Satán!... Sí! ante el imposible de su correspondencia, toqué los umbrales del crímen!! Ay! hombre formado de barro, barro de Adán! pero en sí brilla algo que ofusca el fulgor de las estrellas!,....

Los que consumís la vida en las tranquilas horas del hogar, en brazos de la mujer que os ama, ¿qué sabéis, pues, de esa lucha gigante que, en la soledad, mantiene el corazón con aquel mónstruo cuya

espada de siete filos hiere, á cada paso, en el torbellino de las pasiones sin consuelo? ¿qué sabéis del amor imposible?... Ah! luchar, día á día, brazo á brazo; retorcerse como la víbora cuyo seno devora la ponzoña; morderse como el rabioso de boca espumante y mirada de brasas; quejarse como el galeote en cuya fuerza próxima á extinguirse pende la única cuerda de la vida: eso, eso es sufrir; eso es lo que la sociedad impone con frecuencia: tal fué mi vida torturada por una mujer que ni yo ni nadie la poseyó jamás, y después.... ¡Dios mio! ¡Dios mío!..... Gruesas gotas de sudor frío descendían por la pálida frente de Lorenzo; su voz temblaba como menguando, pero continuó:

Cinco años anduve sin asilo y cuarenta estuve entre vosotros, con la apasible calma del lago en el semblante, pero manteniendo en el fondo un enjambre de víboras que me han mordido sin piedad; cuarenta y cinco años hace que mi corazón ha sangrado sin descanso. El Perú! el Cuzco! sobre esos dos nombres han rodado mis lágrimas con el caudal de la fuente que enriquece el Amazonas. Lágrimas mías, blancas perlas que he juntado en el

cielo y que ornarán la diadema del mártir cuyo espíritu, sublimemente purificado, se alzará al terminar la confesión.

Pude llorar.

Dios tuvo piedad de mí!

Mi llanto apagó la hoguera, y ¡aquí yacen las cenizas! Próximamente las ha de cubrir la tierra arrojada por el azadón del sepulturero.

¡Dios mío, Dios mío, perdón!..... *ahí queda todo*—agregó el moribundo, señalando una caja colocada frente a su cama, y calló para siempre.....

.....

Su alma, purificada, habíase elevado también como la cándida paloma del «Cantar de los Cantares», cruzando el espacio rauda y ligera hacia la patria inmortal!

¡Qué cuadro aquél!

Los asistentes lloraban impresionados por el relato, sin comprender aún todos los misterios de aquella revelación, y recogieron el cadáver del maestro Lorenzo para tenderlo, según costumbre, entre cuatro cirios.

Mas, aquí vino á renovarse el espanto.

¡Ah! martirio terrible y secreto, sublime como sólo el cristianismo nos lo reveló

en sus héroes. El cuerpo de Lorenzo era imágen de Job, cuando gemía en el muladar, llagado y proscrito de la comunidad social. El cilicio, macerando la carne salvada del ayuno, había carcomido hasta los huesos, convirtiendo, sin duda, aquella existencia en un dolor prolongado.

¿Quién ha de explicar el pasmo de los que se encontraban reunidos junto al cadáver del maestro Lorenzo? Las mujeres, llorosas, alzaban las manos al cielo exclamando entre suspiros de adoración: ¡el maestro Lorenzo, fué un santo!!

Y el éco, paseando por la desmantelada habitación del muerto, acentuaba la última palabra.

IV.

Hé bosquejado dos partidas.

Angelita Barreda partió de este valle de dolor, en alas de un sueño todavía virginal. El maestro Lorenzo, por el camino de la penitencia austera.

Las dos partidas comenzaron por puntos diferentes, pero con un mismo término: el cielo.

Mas, ¿qué contenía la caja señalada por el moribundo?

Un puñal cuya hoja estaba oxidada, un cordón y un hábito de religioso; todo atado con una ancha faja, en la cual, escrito con caractères claros, se leía:

45 años de purgatorio.
Yo fuí el padre Orós,
El asesino de Angelita,
¡Perdón! ¡perdón!.....

DE HOMBRE Á HOMBRE.

TRADICIÓN.

Á MI QUERIDO MAESTRO RICARDO PALMA.

I.

El Perú llegó á su mayoría de edad y pidió emancipación para constituir familia independiente. Pero la madre patria, léjos de otorgarle el permiso con el abrazo maternal, frunció el ceño con el gesto adusto de la madrastra, y de ese gesto surgió la lucha, y nacieron héroes.

La espada de San Martín reflejó su brillo, al sol de los Incas: el ínclito general Arenales tomó bagajes en Ica, el 21 de Octubre de 1820, con cerca de mil patriotas resueltos.

Arenales emprendió su marcha en hora

de gracia, porque el *paso de vencedores* se marcó sin interrupción con la toma de Guamanga, el día 31 de Octubre; de Huanta, el 6 de Noviembre; el 21, de Jauja, y de Tarma el 23, suspendiéndose la jornada, cuando el teniente coronel don Andrés Santa Cruz se presentó prisionero en el campamento del mayor Lavalle.

Mientras aquellas correrías que, en el norte, daban prestigio á las armas independientes, en el Cuzco se organizaban refuerzos de consideración para los realistas; y allí el renombrado Santalla ostentaba fuerza muscular ocultando su terror á las batallas y á todo lo que, trás el olor de la pólvora, deja la muerte. Una cuzqueña se encargó de corregir á Santalla del pecado de vanidad, aunque no por el milagro con que fué curado San Eloy, patrón de los herradores, en cuya puerta se leía el cartel siguiente:

Eloy, Rey de Reyes,
Señor de los señores,
Maestro de los herradores.

Diz, pues, que un ginete, cabalgando en un brioso corcel blanco cual copo de algodón, se detuvo, una tarde, á la puerta de la herrería y pidió al maestro dos clavos

para remachar la herradura, que venía charleando.

El herrero arguyó que era mejor cambiar toda la herradura; pero el caballero, haciendo poco aprecio de la observación, sacó la pata al caballo y la puso sobre el yunque, vuelto hacia arriba el casco, para hacer el remache.

Absorto Eloy, púsose á temblar como un diputado boleado, pero el marchante supo reanimarlo con una mirada dulce y tranquila.

Remachados los clavos, la pata fué colocada en su lugar por el caballero, quien cabalgó otra vez, y dijo:

—Eloy, retíra tu cartel; *Rey de Reyes*, sólo es el que quita y pone una pata.—Y partió á toda carrera, suelta al viento su fina capa azul como el cielo, dejando un aroma como de nardo y despidiendo luces misteriosas.

Eloy cayó de rodillas. Reconoció que había tenido por huésped al Salvador del mundo que, en persona, quiso corregir á su siervo del pecado de la vanidad, único que afeaba su alma limpia. Quitó en el

acto el cartel, practicó la humildad en el taller y fué llamado después San Eloy.

La tradición que apunto es más modesta, pero lleva timbre y óleo de cristiana autenticidad, con testigos presenciales que todavía sacuden el polvo de las veredas en la ciudad del sol.

II.

Antonio Jibaja era un pobre herrero que vivía en el pueblo de San Sebastián, en un tenducho cercano al solar donde fusilaron, al pié de un manzano, al distinguido jefe peruano don Mariano de La-Torre.

El herrero machacaba fierro, sin mucho fruto monetario; pero en cambio de sus pesares y ayunos forzados, tenía una hija que,... ya les digo á ustedes los decididos por la belleza del sexo, era moza real no solo por su estampa, sino por su alma elevada y virtudes domésticas, esa corona valiosa, que es el mejor adorno de las mujeres.

Santalla llegó al pueblo mencionado con un destacamento de caballería que iba á invernar en los abundantes cebadales y alfalfares de San Sebastián, y á las pocas horas de su estación conoció á Mariquita, que asi se nombraba el retoño del herre-

ro, y sin otra diligencia preparatoria perdió la chaveta como cualquier hijo de pecado, y emprendió cruzada de pesca, aunque con el torcido intento de huir, hasta el fin, de la casa parroquial. Ibase, pues, de crepúsculo á crepúsculo á custodiar la herrería, y, para disculpar su presencia cotidiana en el taller, encargó al herrero la fábrica de cien piezas de herraduras para la caballada.

Antes de entrar en el cuerpo de la tradición, y mientras el herrero hace los herrajes, sabremos las particularidades que distinguen á Santalla, averiguación que merece capítulo aparte.

III.

Un narrador contemporáneo cuenta que el teniente coronel Santalla era notable por su fuerza muscular, su crueldad y su cobardía. Lo primero está probado por la manera como tomaba un juego de barajas y lo rompía, volviendo á juntar los pedazos y rompiéndolos hasta la tercera vez, repitiendo las siguientes palabras:

Cuarenta cartas?—¡zas!—esto lo hacen muchos.

Ochenta?—¡zis!—esto lo hacen pocos.

Ciento sesenta? —¡tararúm!—esto lo hace, ¡solo Santalla!

Ya ven ustedes que romper 160 pedacitos juntos de un naipe no era, ni con mucho, lo mismo que quebrar nueces en juego de prendas; así es que Santalla tenía no solo admiradores, sino timoratos de su fuerza, porque un estrujón de aquellas manos, podía ser para las costillas del prójimo como una tunda de garrote y piedra.

En su maña y en su fuerza confiaba el muy ducho, para dar á Mariquita la sorpresa de que paso á ocuparme.

IV.

Algunos días después del encargo de los herrajes, se entabló en la herrería el siguiente diálogo entre Santalla y Mariquita:

—(Ella, poniendo sobre el mostrador un enorme talego de herrajes).—Señor militar, está vuesa señoría servido; ahí van los cien juegos de herrajes de temple sin rival.

—(Santalla, tomando los herrajes y examinándolos).—Buena laya de temple, Mariquilla! Si así es el de tu corazón, por

quebrado lo doy;—y comenzó á abrir los herrajes, dejando pedazos y varillas de fierro enderezado.

La hija del herrero, en vez de quedarse pasmada, echó un silvidito y repuso:

—Iff!! Maluco está el temple, en verdad; pero no quiebre más su señoría, que mi *tata* lo remediará con aumentarle acero, y vuélvase mañana, señor militar.

V.

Cuando Santalla regresó al siguiente día á la herreria, estaban listos los herrajes reforzados por nueva calda y doble calza, esperando la clavadura y dándose por satisfecho; mas, no sabré decir si por interesar á Mariquita ó por querer abonar el redoblado trabajo del herrero, pagó en pesos fuertes del rey. Entónces la hija del herrero, tomando las monedas y con tono altanero, increpó á Santalla:

—Qué? esta plata no sirve! Viene el muy zorro á querer engañarnos?—Y tomando duro por duro comenzó á doblar en dos cada moneda, con solo los dedos.

Azorado Santalla ,gritó:

—Vírgen mía de Atocha! Esto sí que va DE HOMBRE Á HOMBRE! Basta, Mariquita,

que doy por recibida la revancha;—á lo que la herrerita contestó:

—Y de esta hecha en marcha, señor militar, y no vuelva la ronda por estos lados donde hace mala sombra; y no se crea el único, que Dios dá á muchos, aunque pocos recogen, y aquí nacieron los que viniendo por lana salieron trasquilados. Amén.

TAHUANA.

(TRADICIÓN).

A Doroteo Fonseca.

I.

Antes de tomar el hilo, dejaré constancia de que el fondo de este escrito, así como las palabras textuales del protagonista, están narrados por el general Miller en sus «Memorias» y que, en uso de los derechos *cronistales*, he rebautizado prójimo y medio.

Hecha esta declaración, hago la vénia á mis lectores y tejo la tradición.

II.

La historia del coloniage, está descrita en los cuadros que existen esparcidos en todos los pueblos que sojuzgó el león ibero,

cuadros llenos de colorido si los vemos tras el prisma de la poesía, del amor enardecido en el corazón de las americanas por la gallarda apostura, por la arrogancia y la superioridad de los conquistadores; y llevan sombras negras como la tumba, contemplados en la esfera de acción de los que, por contradicción incalificable, trajeron la religión de la igualdad, junto con el yugo y las cadenas opresoras para nuestros padres.

A cada paso se encuentran, en las leyendas peruanas, episodios de ternura sin límites; de amor llevado al heroismo y al martirio de parte de las vírgenes hijas del Sol, á trueque de cruel materialismo, de codicia y de desdenes encarnados en algún hidalgo de capa y espada.

Ellas eran flores que, al esparcir su perfume bajo un cielo entoldado por la opresión, aromatizaban el altar de su propio holocausto; pobres flores, al marchitarse no tenían siquiera el rocío de las lágrimas de los suyos, puesto que los indios maldecían á la mujer que se decidía por un español.

Mas, ¿quién ha detenido el corazón en la hora de sentir? ¿quién le ha puesto ba-

rreras que las no rompa en la mañana del amor, hermosa primavera de la vida?

Ley del sentimiento! ella ha de regir mientras exista la humanidad, y sin distinción para buenos y malos. Por esa ley, el cruel é inhumano don José Tomás Boves, amó y fué correspondido por Tahuana, en cuya alma pronto se levantaron dos tiranos peores que su amante: el Amor y el Remordimiento, seguidos de la tristeza que lleva al corazón de la mujer la impotencia, para evitar los males.

III.

Hacía tiempo que Boves hizo suya á esa preciosa jóven que, como ave solitaria, halló en su tránsito por las orillas del Orinoco.

En aquella época recrudecían los esfuerzos de los insurgentes: la guerra de la independencia brotó junto al árbol del martirio para convertirse bien pronto, y á pesar de la derrota de Bolívar en Aragua, en el caudal que, al empuje de la libertad, arrastró cetro y corona. Boves, alma pequeña, incapaz de modificar sus malos instintos, ni aun bajo la influencia del amor de una mujer angelical, hacía lujo

de crueldad, renovando castigos é inventando suplicios para los patriotas que osaban alzar voz y brazo contra la opresión colonial.

El altar de los sacrificios levantado en los calabozos, recibía diariamente víctimas enviadas por Boves y Rosete, su digno colaborador.

Una de aquellas víctimas, condenada á muerte infame, fué el patriota y valiente Inocencio Pero, quien se encontraba en capilla para ser pasado por las armas.

Boves recibió mensajes suplicatorios de Tahuana en favor de Inocencio, y permanecía inflexible en su determinación, cuando se presentó ante él un jovencito de doce años y, echándose á los piés del tirano, imploró con lágrimas la vida de su padre.

Sea que quisiera complacer por el momento á Tahuana, sea que desde un principio meditase martirizar también al muchacho, dijo Boves:

—Te la concedo; pero á condición de que te has de dejar cortar una oreja, sin hacer ningún movimiento ni quejarte.

—Estoy pronto—replicó el jovencito.

—Pero acuérdate—agregó Boves—que

el más pequeño gesto será el decreto de muerte de tu padre.

Y el pobre muchacho fué puesto en manos del verdugo instruído que, con una cuchilla le cortó pausadamente la oreja, á cuyo trueque obtenía el hijo la preciosa vida de su padre. Durante la operación, Boves estuvo observando al muchacho, quien, con una fortaleza sorprendente, sufrió la mutilación.

Pero, el cruel Boves, en lugar de cumplir aquel bárbaro contrato, dijo con toda la sangre fría del verdugo:

—Conozco muy bien, por lo que acabas de hacer, que serías un enemigo mucho más terrible para España que tu padre lo ha sido; por lo tanto, serás fusilado delante de él.....

.....

Padre é hijo bajaron ese día á una misma sepultura.

IV.

Cuando la pobre Tahuana tuvo conocimiento de aquel hecho, prorrumpió en lágrimas de desesperación, sin poder perdonarse el delito de morar bajo un techo con una fiera; y en el colmo de su lucha,

entre la vida infame y la muerte salvadora, apuró un veneno que los mejicanos preparan con hojas pulverizadas, y que, instantáneamente, paralizó su sangre.

No sería extraño que don José Tomás Boves, al ver el cadáver de la india, hubiese sonreído, sacando un tabaco para fumar.

LA VUELTA DEL RECLUTA.

(Á LUCIANO BENJAMÍN CISNEROS.)

I.

La lira de Jorge Isaacs ha cantado la vuelta del recluta, con la modulación más triste de sus notas, pero el lápiz de un modesto jóven peruano ha condensado, en un pequeñísimo cuadrito, el poema que la vuelta del recluta serrano escribe en el corazón de toda una raza proscrita.

Hace muy pocos días que, admirando una vez más á Rubens en uno de sus famosos cuadros, *Lot y sus hijas*, rememoraba yo uno á uno los renglones trazados por un crítico contemporáneo—Schiaffiino. —Lot está ya ébrio y enardecido, su mano tiende maquinalmente á una taza de vino que su hija le escancia ostentando su des-

nudez espléndida, pero bien se vé que otro deseo es el que se agita; su cabeza se inclina bajo el peso de la borrachera; pero el ojo brilla, relampaguea con un fulgor impúdico, como henchido de lujuriosos ardores. La animalidad del ébrio está admirablemente observada, así como la mujer que se ofrece y que resistirá sin embargo —como por la forma—á la primera tentativa.

Hé allí el soberbio cuadro antítesis del dibujo que tengo á la vista. Como el *Recuerdo Militar*, exhibido en París por Luis Baille, éste lleva en la macilenta figura del recluta el sacrificio por la patria, con la sublimidad del amor casto, del amor que es la vida de las almas y la multiplicación de los cuerpos.

Mirádle.

El semblante y la expresión es el todo en cualquier cuadro.

El escenario en que aparece *Huamán*—tal vez se llamó así,—la luz melancólica de su fisonomía, reflejo de su alma candorosa y pura, el brillo sereno de su pupila, antorcha de sus amores santos, que interroga á las ruinas de la choza, por cuyas desiertas grietas se abre paso la penca del

abandono; esa pequeña prominencia de tierra donde se alza modesta cruz de leño y á cuyo lado asoma la silvestre campánula azulina como la flor que lucha con la yerba del olvido, para enseñar al recluta el sepulcro de su amada; todo forma el idilio americano que, bien merece ponerlo en paralelo con el materialismo rebosante del vicio, conservado por el egregio pintor como el harapo que cubrió á los que cayeron junto con Babilonia y yacen envueltos en las ruinas del pasado.

Vámos al idilio, yendo al cuadro. . . . .

II.

Huamán, fotografía del tipo peruano, que fué arrancado de la alegre choza por los esbirros de la leva, salió dejando allá *su mundo todo,* encerrado en la cabaña donde quedaban su madre, su hermana, su gato cenizo acurrucado junto al fogón, el buey castaño atado á la estaca, el gallo *aji-seco* alegrando con su canto la madrugada, sus hermosas chacras sembradas de maíz y de habas; y el alma de su alma—Juanacha--tejiendo la honda para la carrera del *Malecoy.*

Figuraos la despedida de aquellos séres cuya existencia se fundía en una sola.

Salió Huamán entre lágrimas y quejidos; pero, mozo robusto y corazón peruano, sonrió con la sonrisa del despecho que á veces envuelve la esperanza. Junto estaba su quena, el instrumento de los ayes, y no la dejó al partir porque sus notas secundarían el llanto de la ausencia.

Pocos días después de la partida de Huamán, el corazón de las tres indias era presa del amartelo, *Soccrocyai.*

.....

III.

Han trascurrido cinco años.

Oh! qué horrible es la ausencia para los corazones que se aman; para esa tierna juventud que encuentra frío el sol de otra parte y sin aroma las flores que no brota el suelo del país natal.

Suspiros de nuestra tierra, ayes del amor ausente, sólo vosotros llevais la pena de la nostalgia!....

Huamán fué, sin embargo, un buen soldado.

El humo de los combates de Tarapacá, San Juan, Miraflores y Huamachuco, que-

mó su rostro tostado por el sol y la helada en las empinadas cordilleras de los Andes, que trepaba como fuerte.

Cuántas veces habría pedido su amparo al plomo homicida, al ver los desastres de su patria; pero el plomo le daba horror cuando sentía que en su corazón latía la fibra del amor y le decía Juanacha!

La guerra tuvo su fin.

Y Huamán, licenciado, con dos cicatrices en el pecho, partió sin llevar ni un dije en el morral para su novia, ni un pedazo de pan seco para su hambre. Mas, partió alegre tomando por compañero un palo de *lloqque* y un par de ojotas como alivio, y fué tragando leguas y devorando laderas.

Ya su corazón le anuncia la cercanía á su aldea: sus ojos han distinguido el laguito de las comarcas donde la blanca gaviota surca, ligera, la superficie, dejando apenas la sombra de sus alas.

Llega Huamán, y aquí está el cuadro.

Su choza yace solitaria, en escombros: del añoso álamo—que se cimbraba en la puerta—apenas queda el tronco desramado y seco, dejando ver las huellas, no del hacha leñadora, sino del incendio destruc-

tor. Las piedras y los adobes que formaron las paredes, yacen esparcidos en la llanura, y á veinte pasos, se levanta un humilde montón de tierra con su cruz, señal de una sepultura y cuyo epitafio no es otro que la yedra trepadora que junto á la cruz florece.

¿Allí dormirán todas?

La madre de Huamán, su hermana, su prometida?

Esa campánula azul, será acaso la flor que la amante india nutre y cultiva desde el seno de la tierra, para ofrecerla á su novio cuando vuelva, y en su aroma decirle «aquí estoy»....?

El recluta se abisma contemplando aquella ruina, y en desolación tán absoluta, su semblante, iluminado, hace un momento por la esperanza, se cubre con la nube ya negra, ya plomiza, del dolor colmado.

Su postura nos relata el poema de su alma.

Apoyado en el lloqque, parece que por instantes dudase de la realidad que sus ojos contemplan y que se dijese: «tal vez he equivocado el sitio.» Mas, luego se persuade y dice ¡èsta fué!....

Ruinas, desolación, olvido, muerte, ¡hé allí la obra de la guerra!....

Y las lágrimas condensadas quedan suspensas en los ojos del recluta que, al volver á la choza, no encontró ya nada.

Digo mal.

Entre esas ruinas se distingue una cruz, el signo bendito que nos muestra al cielo para no desesperar cuando nada nos queda en la tierra.

IV.

La composición del señor Tirado—á quien envio entusiasta parabien—es pues bellísima. Toda vez que la contemplemos los peruanos, nos hablará de la guerra, y la vuelta del recluta á las ruinas de su hogar nos dirá también: Arica y Tacna yacen bajo la bandera que no es el pabellón peruano.

Y si dentro de treinta años, aún no duermen custodiadas por el girón bicolor, la vuelta del recluta será la reseña de la guerra y dará frío al corazón!.... El frío del remordimiento, el calofrío de la debilidad!.....

EL ARCA DE SATÁN.

LEYENDA.

Á Isidoro Laverde Amaya.

I.

Noche fría y húmeda era la que marcaba el final de un día tétrico, allá por el año de 1340.

Oh, qué triste noche aquella!

Las sombras del caos envolvían la ciudad y la montaña, y cual vellones de algodón escarmenados por la demacrada mano de los fantasmas, caían copos de nieve cubriendo los minaretes de las torrés y resbalando sobre las veredas de las calles. Estas, silenciosas como la selva donde pasea impávido el león de encrespada mele-

na, apenas dejaban percibir el grazniado de la gaviota, ave que duerme entre las nieves y madruga al remanso de los ríos.

Una de las poblaciones de la Suiza alemana era la que ofrecía cuadro tán interesante para el paisajista observador.

En el convento de franciscanos de Friburgo, en estrecha y pobremente ataviada celda, paseábase un bulto alto, delgado, de mirada sombría, astuto, ensimismado y cubierto con el humilde sayal del fraile, hermano del varón de Asís.

Entre los pliegues de la jerguilla del hábito, palpitaba un corazón grande, impulsado más que por las aspiraciones monásticas y los estragos del histerismo, por esa fuerza superior que brilló un día en el semblante de Colón, de Fulton, de Gutemberg, de Edison, y acaso en la frente del viejo Fausto que, no es creación de Goethe, sino del pueblo alemán.

En el cerebro del fraile, fortificado por la soledad y despertado del letargo por el estudio, se disputaban la solución sérios problemas de alquimia, y entraban en pugna el hallazgo de la piedra filosofal, con los deberes monásticos.

La celda, más que libros de oración, en-

cerraba retortas, alambiques, sales y componentes, cuya acumulación hizo que los cofrades del fraile bautizaran aquella celda con el terrorífico nombre de *el arca de Satán*, á cuya puerta se santiguaban los hermanos legos y en cuyos dinteles derramaban el agua lustral con hisopos de romeros. El fraile que paseaba y era habitante del arca de Satán, se llamaba Berthold Schwartz.

II.

Ya en distintas ocasiones y con motivo de diferentes quejas entabladas por los miembros de la comunidad, hubo de amonestarle severamente el guardián para que desterrase aquellos instrumentos que así embargaban su vida, y aún amenazándole con castigos eternos, caso que no se enmendara.

¿Quién ha detenido el torrente de luz que hiere la retina, cuando el sol asoma al horizonte alegrando la campiña? Quién sugeta los impulsos del génio, que así se lanza al embravecído océano, soñando un mundo como el ilustre genovés, ó al cadalso como el Sublime Condenado que He-

vó la cruz á la cima del monte de la Calavera?

Schwartz tenía que coronar sus ensueños, y por esto las amonestaciones del guardían no hubieron de servirle de gran cosa para abandonar el campo de acción donde, á cada minuto, creía encontrar lo que él buscaba, y si de algo sirvieron las reprensiones del jefe monástico, fué precisamente para precipitar los acontecimientos.

III.

El reloj de arena marca las nueve de la noche.

La nieve sigue cayendo con pasmosa lentitud, como decorando el escenario tán negro y tétrico en que debía brillar por vez primera una luz, terror del Universo, rival declarado del rayo.

De pronto, y como quien toma una resolución extrema, detiene el fraile su paso, alza la cabeza, echa para atrás la capucha, hasta ese momento calada, deja ver su ancha y espaciosa frente, en sus ojos fulgura un celage, y exclama:

—Esto es hecho! valor!

Y con ademán resuelto toma un pequeño

envoltorio de papel negro, lo esconde en la ancha manga de su hábito, y sale con paso mesurado en dirección á la celda del guardián, ante quien se inclina y dice:

—Vengo á pediros dos cosas: primera, mi libertad, y segunda, mi secularización.

Al pronunciar estas palabras, un relámpago cruzó por la frente de Berthold, haciendo chispear su mirada.

—¡Cómo!—exclamó el anciano guardián —¿os habéis vuelto loco? Vuestra secularización? Deliráis, pobre hermano mío! Ah! sólo el Padre Santo podrá anular vuestros votos de clausura.

Entónces el fraile químico contestó con orgullo y resolución manifiesta:

—Yo no puedo estar por más tiempo separado del mundo; he sacado ya el fruto del aislamiento, y tengo que devolver á la sociedad el pensamiento y la obra. La razón así me lo ordena.

—No, mil veces no!.... Yo no puedo!—repitió el guardián; pero él repuso, serenándose:

—No podéis? Padre guardián, yo os probaré que al abandonaros no soy un ingrato. Si me dejáis partir, no tardaré en volver y entregaros todo el dinero que se ne-

cesita para restaurar la parte de nuestro convento, hoy convertido en ruinas.

La idea de ver nuevamente florecientes los derruídos claustros, bajo cuyos alares emblanqueció la cabeza del anciano guardián, acarició el corazón del sacerdote, y la violencia indomable de la resolución de Berthold, rindió la resistencia del superior, quien repuso:

—Os concedo la primera petición; pero no puedo otorgaros la segunda.

—Pues bien—contestó Schwartz, impaciente,—ya que os obstináis, ¡tembládimprudente! Yo puedo, si lo quiero, hacer que la ciudad de Friburgo desaparezca de un soplo!—Y al decir ésto, sacó del manguillo el pequeño paquete que guardó al salir de su celda, y lo arrojó al brasero.

La explosión fué rápida y espantosa la detonación. Cayeron rotos los vidrios de las celdas, temblaron los muros, una espesa nube de humo se extendió en derredor, y el guardián, asiéndose del crucifijo que tenía en el pecho, cayó de rodillas á los piés de Berthold, exclamando:

—Sí, partíd al momento, al momento; y que Dios os proteja!

Schwartz, entretanto, había desapare-

cido envuelto en medio de la nube de humo, y huyó del convento para siempre, dejando el terror trás de sí, pues hasta su aposento era señalado con el nombre de el arca de Satán.

IV.

En aquella época guerreaban venecianos contra genoveses, y llegando Schwartz á Italia ofreció al Consejo de los Diez su horrible y destructora receta. Una vez constituido el tribunal de inspección, presidido por Berthold, el ex-franciscano dijo á los congregados:

—Mezclád azufre, carbón y nitro, agitád de tal ó cual manera estas sustancias, y obtendréis como resultado un cuerpo igual, en sus efectos, al rayo que cruza los cielos y asola la tierra.

Las consecuencias de este descubrimiento no tardaron en manifestarse con las proporciones calculadas por el fraile descubridor.

Un griego, Perdices, en 1344 hizo construir largos tubos de hierro, á que llamó *culebrinas*, é introdujo en ellas la sustan-

cia combinada por Schwartz, mezclada con pedazos de plomo y de estaño, y de esta suerte nació la artillería, que más tarde iban á perfeccionar Krupp y Amstrong.

Un año después, en 1345, se daba la batalla de Crecy, donde los franceses perdieron más de 36,000 hombres, arrasados por los ingleses que, por vez primera, se sirvieron de bombardas y cañones.

V.

Algún tiempo después Schwartz marchó á la isla de Candia, viajando por otras islas de Grecia, en una de las cuales desapareció sin saberse cómo ni de què manera, aunque se supone que fuese víctima de uno de sus ensayos químicos.

VI.

En 1383, cuarenta y tres años cumplidos desde la terrible noche en que Schwartz salió de su convento, los padres franciscanos de Friburgo recibieron la suma de 40,000 ducados, que enviaba un desconocido, destinándolos á la completa reparación de la iglesia y convento, que por

aquellos días tocaban á su completa ruina.

El pueblo vió en esta donación el cumplimiento de la promesa que en la noche terrible hizo Berthold Schwartz, el inventor de la pólvora, el monje de *el arca de Satán.*

RECORTES.

PÁLIDA!.... PERO ES ELLA!....

NOVELA HOMEOPÁTICA, CON PRETENSIONES ESPIRITISTAS.

A Cárlos R. Tobar.

I.

Las últimas sombras de la noche huían en retirada á la aproximación de la aurora que, con sus dedos de rosa, descorría el velo en el escenario del nuevo día.

Entramos en una alcoba.

Sobre la mesa del centro chisporrotean los resíduos de una lámpara de aceite con pequeñas parafinas de cerilla, y en la blanquísima cama que luce los encajes y las blondas encarrujadas por las delicadas manos de una mujer, está, demacrada y triste, mi bella Esperanza, con la cabelle-

vió varios papeles mezclados entre cintas y flores marchitas, y en vano buscaba la *tarjeta*, escondida desde días antes en el seno de la madre.

—Aquí no está tu retrato, Esperanza!... Esperanza?... La niña dormía el sueño que no tiene pesadillas; su alma acababa de volar á los espacios entre el suspiro de los celos ó del amor, y Aurelio, sin poder dominarse, dió grandes gritos de desesperación.

. . . . . .

Una elegante carroza, cubierta de cruces y coronas de jazmín del Cabo y rosas blancas, recibió la urna mortuoria que, seguida de carruajes particulares y de plaza, se dirigió á la portada de *Maravillas*.

Pocos días después, no se hablaba ya de la muerta.

II.

El corazón de los excépticos debe ser un caos sin luz y sin esperanzas.

Aurelio habíase convertido en un hombre descreído.

Esperanza, que hizo latir su corazón al impulso de un amor infinito, se había llevado á la tumba su fé, y comenzando por

dudar de todo, acabó por no creer en nada. Vagaba en las playas de la vida como el idiota que cruza los claustros del manicomio, fijàndo su mirada estúpida y sin brillo, en los objetos que para él pasaban sin dirección y sin motivo.

Era el 26 de Marzo, día caluroso y de sol abrasador en Lima.

Un antiguo condiscípulo de Aurelio encontró á éste en la plazoleta de la Merced, recientemente refaccionada, y tomándole del brazo y sacudiéndolo con aire de confianza:

—Camína—le dijo,—¿qué haces tán distraído, que los coches y los *tramways* te pueden atropellar?

Aurelio volvió la cara y, reconociendo á su amigo, repuso lacónicamente:

—Hola; Luis?

—Sí, hijo; hace tiempo que ando buscándote para llevarte á la nueva «Sociedad» que se ha fundado.

—Bien—respondió Aurelio siguiendo á su amigo en dirección de *Baquijano*, y por el camino se cruzó el siguiente diálogo.

—¿Qué clase de sociedad es esta de que me hablas, Luis?

—La de «El Foto-Club», presidido por dos médicos distinguidos de nuestra capital.

—Médicos? bueno; con éstos me acomodo, pues ellos, por lo ménos, son de mis ideas y no me hablarán de las patrañas del alma.

—Oh! Aurelio! allá estarás á tu satisfacción, porque el FOTO-CLUB, ante todo, es liberal, no de la Escuela del Martín de la Marsellesa, que grita: «afuera quien no piense como yo», sino verdadero liberal: respeta las convicciones agenas y no exige más que estudio y progreso en el arte fotográfico.

Una idea cruzó por la mente de Aurelio que, en vez de modularse en la palabra, fué diluída en un suspiro.

—La fotografía es la inmortalidad de lo que nace para fenecer, es la lucha titánica del hombre con su Creador: El, diciendo acaba: Daguerre replicando subsiste!—continuó Luis entusiasmado.

Aurelio callaba como un tonto ó como un sabio, pues á mí me parece que los dos extremos se tocan.

Entre tanto, ambos amigos llegaron á la calle de *Juan Simón*, y deteniéndose en el

umbral del núm. 455, entraron á un salón elegantemente acondicionado para las labores del «Foto-Club Lima», fundado el 14 de Julio, y Luis presentó, con la etiqueta de los ESTATUTOS, á un jóven alto y delgado, de cabellos negros ligeramente rizados, de patilla poblada, ojos grandes, tez blanca, cuyo conjunto interesante estaba velado por un aire de melancolía, que lo hacía doblemente simpático.

Desde aquel día, el señor don Aurelio Rosales quedó inscrito como socio activo del «Foto-Club», convirtiéndose bien pronto en el colaborador más asíduo y constante de la sociedad.

La ocupación, las maravillas de los recientes descubrimientos y la diversidad de las notables combinaciones, absorbieron de tal modo la imaginación de Aurelio, que su carácter iba trocándose visiblemente, haciéndolo comunicativo con sus colegas.

Una tarde dijo á Luis:

—Sabes que el día en que la *cámara oscura* copie el alma del sér que articula frases sugetas á reglas de idiomas y del bruto, como el perro, que la refleja en sus ojos ó en el movimiento de sus músculos,

habrá sido el triunfo de aquellos que creen que existe *alma* en quien odia ó ama con el sacudimiento de su organismo?

—Veo que vas progresando mucho, querido Aurelio, pues ya pretendes retratar el *espíritu motor*, como los astrónomos han copiado las nebulosas invisibles del espacio, y los naturalistas los microbios escondidos en los tubos intestinales—contestó riendo Luis.

—Séa como quieras, pero es preciso confesarte que, manejando la platina, el cloro y las sales, veo tántas maravillas, que siento alejarse el exceptisismo y fastidio de la vida, y no sé qué secreta satisfácción me acompaña en forma tal, que ni yo mismo alcanzo á explicarme.

—Esa es la satisfacción dulce y profunda que para el hombre guarda el trabajo, querido Aurelio; porque no hay peor excepticismo, que aquel nacido en el ocio y amamantado en la inacción.

III.

Qué progresos tán inesperados los que se han realizado en el «Foto-Club»!

Galerías ensanchadas con numerosas máquinas de diversos sistemas; personal,

reforzado con lo más distinguido de la sociedad limeña; órgano de publicidad para sus estudios en la «Revista Científica»; todo revela adelanto y prepara una velada en el «Ateneo», donde Aurelio, como socio designado, hará experimentos de óptica para que el público pueda admirar, á su vez, los adelantos de la ciencia en los años de Pasteur y La Place, con apoyo del *colodium* y el *cloro*.

Preparándose para la grán fiesta del «Ateneo», Aurelio ha pasado encerrado en su laboratorio oscuro, encendida la *luz roja*, abismado en sus ensayos y empeñado en arrancar el secreto á un procedimiento nuevo, sometiendo las placas a un *reactivo* más eficaz que el *pirogálico*, cuyo resultado dejaria definido el porvenir del hombre vacilante en el camino de la duda y la verdad.

Su afán recuerda el del químico que, persiguiendo elaborar un sér viviente con los componentes del hombre, oyó, de repente, en la retorta, el chillido de su *criatura*, gritando: *mon pere!* cayendo el *padre* desmayado de placer.

Para Aurelio, en aquellos momentos, el

universo todo estaba encerrado en su gabinete de trabajo

Aplica uno, tres, ocho ingredientes; descubre la negativa y vuelve á esconderla con rapidez inusitada. Y cuando más empeñado se encuentra en su demanda, la *plancha sensibilizada* había copiado una especie de gaza flotante que cruzó en dirección á los cielos, cuya presencia hizo extremecerse suave y misteriosamente el organismo del fotógrafo, cual si una nube de *mentol* le rodeara; y contemplando en la cámara oscura una imágen incolora, sufrió el vértigo de la dicha, el miedo, la sorpresa, la desesperación, todo junto y mezclado, articulando en el colmo de la confusión:

—Pálida!.... pero es ella!.... Dios mío, creo en tí.....

.....

Aurelio tenía entre sus manos el RETRATO de Esperanza.

COSTUMBRES PERUANAS.

LA PROMESA.

A Felipe G. Cazeneuve.

I.

Cuando el cielo límpido y azulado de Lima se cubre de estas nubes plomizas de invierno y los días tristes y lluviosos depositan su gota cristalina en el verde follaje de las palmeras, el corazón se expande recordando aquellas lomas solitarias de la sierra cubiertas de nieve que, cual mantos de plata, dejan entrever, de trecho en trecho, en las laderas, la cabaña melancólica del indio, en torno á cuyo fogón vive como la tranquila llama que calienta el aire, el amor poetizado por la misteriosa leyenda de la PROMESA.

El hombre y la mujer se aman, se dicen su amor y se prometen.

Esto es igual, en la ciudad alumbrada por el foco elèctrico y en la choza cuya oscuridad muere á la luz del relámpago; pero en la choza vive aún el afecto del corazón, con el fuego que alimentó á los desgraciados consortes del Paracleto.

Vive el amor, sin el intermedio del positivismo, con los encantos de sus variantes en detalle, que vamos á juzgarlos circunscritos al lugar.

II.

Durante el imperio, el amor estaba lleno de misteriosas manifestaciones, en las que tomaba parte ya una lagartija bajo el nombre de *cchitti-ccarayhua*, ya en la forma de apasible paloma que, en su dulce arrullo, incitaba la ternura de los amantes; ó estaba atormentado por el siniestro aleteo del murciélago, llamado *tuta maso*, que en la noche aterrorizaba á los espíritus supersticiosos.

Pero, la promesa que la civilización ha encerrado en el consabido *arito de oro*, con el nombre ó las iniciales de los dos que se prometen; esos esponsales sintetizados

por el trueque del aro que tanto preocupa á las niñas en estado de colocación, esos se pactaban en diversas formas que todavía se conservan hasta ahora.

En la provincia de *Canchis*, donde he pasado la mayor parte de mi vida y donde he sufrido los más grandes pesares de una existencia desventurada, queda la graciosa costumbre del baile de Carnaval, *ccas huay*, que no es otro que la primitiva danza de los incas, historiada en el famoso baile alrededor de la grán cadena de oro que solemnizó el nacimiento de Huáscar. Existe la misma división casta de hombres y mujeres, el mismo asalto intencionado de los tiempos imperiales, pues las mujeres forman una rueda, donde lucen la linda *lliclla* con tramas de colores, el jubón festoneado de cintas y la monterilla adornada con ricas franjas de oro y plata.

En banda opuesta forman los varones que, con el fino poncho de mil *puitos* blancos, rojos, verdes, azules y vicuña, la monterilla lujosa, las ojotas con tientos corredizos y el chaleco vistoso con hileras de botonadura de metal, hacen el segundo coro á los *yaravis* del *puellay*.

Esta alegre fiesta, consagrada á las solteras, tiene su momento como el de las flores nacidas á la ribera del caudaloso río, que inclinan su corola para besar la tranquila corriente que las baña.

A esa fiesta concurren los que se aman, y van en busca de la promesa. En el momento dado, el varón arrebata la lliclla de la dichosa que, sin hacer resistencia, deja la prenda en manos de su amor. Si ella no reclama hasta el tercer dia, la promesa queda sellada sin otro requisito, y es asunto tratado de padres á padres; pero, si la ñusta rechaza aquel matrimonio, al día siguiente del pucllay se presenta en casa del mancebo uno de los parientes cercanos de la pretendida y exige la lliclla, que le es devuelta en el acto.

III.

Canas se singulariza porque las indias tienen el carácter más sombrío, y la promesa se formaliza muy curiosamente, aunque para ello ha de presidir ya el amor correspondido. La escena de prometerse llámase *tiachicuy*, como si dijéramos plantar el cimiento.

El pretendiente vá en compañía de toda

su parentela, provisto de buena cantidad de chicha de maíz y aguardiente, á casa de su amada: es de *copete* que los visitados se muestren esquivos, sérios y hasta mal humorados como un Ministro de Estado en nuestros tiempos, y solo á fuerza de ruegos ceden para beber; mas una vez aceptado el primer jarro, beben largo y menudo.

Junto con otros regalos, vá una *hunccuña* con hojas de coca y un pan de chancaca que se entrega á la pretendida, quien es encerrada inmediatamente en una vivienda, donde permanece entregada á sus meditaciones, saboreando el manjar del dulce y la coca, signo de la fortaleza y de la vigilia, como fué para los griegos la miel ática, el emblema de las virtudes y dulzuras domésticas, de donde ha salido el derivado de gozar la *luna de miel.*

La parranda es descosida entre los de afuera, hasta que la noche señala con su oscuro manto la hora de los misterios, y los parientes de la mujer se quedan dormidos. Entónces el futuro y los suyos sacan á la vírgen de su clausura y se la llevan.

A tres cuadras de distancia de la choza,

disparan un *camaretazo,* que es la señal de la promesa sellada entre los amantes, cuyo estallido despierta á los dormidos, quienes hacen la consiguiente algazara, hasta que alguien grita: *paimi munarcan* —ella ha querido—razonamiento poderoso con el cual los padres de la robada se preparan á celebrar las bodas.

IV.

En Calca, el signo del amor son las visitas continuadas del varón á la casa y los lugares que frecuenta la que robó la calma á su pecho, y las trovas alternadas con la música de la quena y el charango: en uno de aquellos versos cantados á la luz de la luna bajo la fronda de algún sauce, se notifica á la escogida el *paccarinmi paccaripusccayqui*—mañana amaneceré para tí —con lo cual queda prevenida la tórtola. Si al ir el pretendiente, al siguiente día, encuentra la choza circundada de ceniza, no tiene para qué traspasar los dinteles, que le están vedados para siempre; pero, si ha logrado encender la llama del amor en el corazón de la gacela, halla franqueadas las puertas y un poncho tendido en el umbral, donde ha de descansar á recibir

el signo de la promesa que la futura le alarga en una *huaracca*—honda—tejida por sus manos, á lo que él corresponde con una sortija é inmediatamente, arreglan su boda, que se celebra entre flores de *panti* y á la sombra del *ccatay mallqui*, del cual hablarémos algún día.

V.

Sucede con frecuencia que, después de las diferentes promesas de que nos hemos ocupado, los amantes no se casan en sacramento por no poder pagar los derechos al cura; pero, respetan su contrato y viven contentos y felices, hasta que sus hijos están grandecitos y los padrinos de éstos les ayudan en la colecta de aquellas fatales trece monedas, con las que no pocas veces compra el varón costilla pedigüeña y regañona, cuando no la amante sumisa ó el ángel tutelar de su dicha.

LUZ ENTRE SOMBRAS.

ESTUDIO FILOSÓFICO-MORAL PARA LAS MADRES DE FAMILIA,

Trabajo leido por su autora al incorporarse en el «Ateneo» de Lima el 6 de Enero de 1889.

I.

No simpatizo con la mujer que, despojándose de los encantos propios de su sexo, quiere hacerse varón; y siento tristeza por la beata, así como por la mujer incrédula, que es un libro en blanco, una nota destemplada en el concierto universal; pues, unas y otras, eluden el cumplimiento de sus deberes sociales.

Soy, también, enemiga de negar los atributos de la naturaleza.

El fuego siempre será quemante y la nieve fría.

La mujer ha nacido para madre y debe ser toda ternura y sentimiento, porque el código que la rige es el corazón.

Por esto, pido para el varón el bullício de la política, donde todos se engañan unos á otros, en medio de las sérias genuflexiones de la *diplomacia;* y para la mujer el altar de la familia, donde ella atiza el fuego sagrado, á cuya lumbre fructifican el Amor y la Verdad.

Esto no quiere decir que yo desconozca que, la esfera de acción de la mujer tiene que ensanchar á medida de las condiciones de cada una y según las costumbres locales; pues también me pregunto: ¿qué ha de ser de la que, por desdicha, no es madre ni esposa? Pero éstas son excepciones, y la regla general tiene que ir basada en la misión que Dios le ha señalado, eligiéndola para la maternidad.

Contemplar á la mujer con kepí, cartuchera al cinto y rifle al brazo, causa risa y pena; mientras que la madre, arrullando en sus brazos al hijo de su alma ó implorando á Dios por los séres que ama, comunica paz, alegría y veneración.

¿Para qué, pues, hemos de cambiar nuestras riquísimas joyas de brillantes y rubí, por el oro falso que importan aquellas doctrinas ilusorias que, en la práctica, nos alejan de la felicidad doméstica, tomando la excepción como regla general?

Lo que importa, es el cumplimiento de nuestros deberes, ajustados á la Lógica, deberes que nos imponen señalar el peligro, cuando lo vislumbramos, y evitar la catástrofe que se inicia al caer de un edificio, amenazando sepultar bajo sus ruinas á nuestros esposos, nuestros hijos y nuestros hermanos.

Entiendo que en todo órden, para sentar un principio social hay que estudiar las utilidades de la mayoría; y, acatando esta regla, me dirijo á la mujer en general, á quien le concedo los mejores atributos de una alma nutrida en la fe, dirigiendo las pulsaciones de un corazón exquisito en sensibilidad, tierno y generoso, corazón de mujer peruana; cuya imaginación perspicaz adivina los peligros y presiente la dicha; cuya mirada clara y chispeante vé al través de los nubarrones que rodean á los séres queridos, y cuya

palabra cariñosa de consejo, casi siempre ha sido la providencia de los suyos; palabra que, en momento oportuno, ha de escucharse con la reverencia exigida por la sacerdotisa del hogar.

Hoy que los cerebros se agitan ante principios contradictorios; hoy que nos invade una teoría roedora que lo destruye todo, semejando á la polilla, y no crea nada; hoy que vemos demoler los mejores edificios sociales, no para levantar otros con las exigencias del gusto moderno, sinó para dejar campo arrasado y seco; hoy que nuestros hijos van parodiando al capitán Renard con sus globos aereostáticos, inflándose de un humo con olor á vanidad y alquitrán; hoy, en fin, que la indiferencia de los unos, la turbulencia de los otros y el egoismo de los más amenazan la completa destrucción de nuestro mutilado Perú, las responsabilidades de las madres de familia se multiplican, porque las calamidades de la Patria son la consecuencia inmediata de la desorganización moral del hogar, pues nadie desconoce que el grupo primordial de la Patria es la familia, ni puede negarse que,—como dijo Máximo Müller,—la ventura de

las sociedades está en relación de la ventura doméstica.

¿Podrá la mujer conservarse indiferente ante el cuadro sombrío que amenaza envolver su hogar y su Patria en el cataclismo destructor? No!

No es posible que calle.

Seámos las primeras en dar la señal de cariñosa prevención.

Ellos, que en la cuna y en nuestros brazos aprendieron á amar la voz maternal, acaso escuchen con afecto la palabra de la mujer que les diga: *Dejád el lánguido sopor de la materia! despertád! La Patria desfallece por falta de principios morales y religiosos.*

II.

Voy á buscar fundamentos.

Muchas son las causas de la decadencia del país, entre las cuales señalaría la desunión de ideas que trae la debilidad de las fuerzas morales; pero juzgo que la principal es la que he apuntado, con profunda y leal convicción, al terminar el párrafo anterior.

Según el afortunado pensamiento de un

ilustre escritor argentino (1), el excepticismo cruza en estos tiempos, frío y corrosivo, por en medio de nuestras sociedades. Y ese terrible veneno, aniquilando en la sociedad sus gérmenes de vida, su aliento y fuerza, vá robándole con el egoismo que engendra todo insentivo, todo estímulo, todo calor noble y abnegado en los sentimientos, destruyendo, junto con nuestros principios morales y religiosos, hasta los lazos de familia tán dulces y estrechos para el corazón que cree y ama.

Preguntaré, imitando á un reputado pensador (2): ¿qué se han hecho en el Perú los corazones que palpitaban por el amor de la verdad? Qué, nuestros hogares donde los hombres estaban prontos á sacrificar su existencia por una idea, sosteniendo en la República un principio, el de integridad por ejemplo, y no el interès personal, fruto del egoismo?

Han desaparecido al helado soplo del indiferentismo en moral y religión, llevándose la fe, y con ella, la vida del espíritu, dejándonos, en cambio, la materia, el cadáver; esa NADA aterrorizadora que los

---

1 José María Zuviría.
2 Flammarión.

químicos de la incredulidad proclaman, manifestando que en sus manipulaciones nunca chocó en la retorta la presencia de Dios, del mismo modo que el escalpelo del anatómico no encuentra las coyunturas al perfume de una flor!

El egoismo se manifiesta en el hombre, aun en la aplicación de las teorías que sostiene, sin contar las utilidades que para sí calcula. Difunde con punible malicia, un liberalismo mal entendido; aboga por el libre pensamiento, la libertad de acción, la abolición de sistemas religiosos y de creencias, para la mujer y la hija agena; pero, cuando se trata de la suya, ¡es otra cosa!

Esta otra cosa significa que allí no está la Verdad y, por consiguiente, tampoco el Bien, hijos de la hermosa libertad republicana.

Ríe, si la mujer dice la verdad; y la condena porque engaña.

Su afán es seducir á la incauta; pero se escandaliza si otro la seduce.

Juzgo que las ideas del hombre, en doctrina de familia, vagan inciertas mientras él no es padre. Por tanto, la mujer, al desposarse, debe comprender que inicia la

nueva era del individuo en la familia que funda; que ha de ser eternamente austera en sus costumbres, porque la santidad del hogar infunde respeto al más descreído; debe ella invocar de su esposo la práctica de las buenas costumbres, por amor á sus hijos, á fin de que los pequeñuelos sean el reflejo de las virtudes de su padre, segura de que la escuela del buen ejemplo es la que da mejor enseñanza que todos los libros juntos.

Hoy nuestros hijos, arrojados en el mar de las teorías de LA NADA, están dando manotadas en todas direcciones, levantando tumbos de escándalo y desolación. Es preciso que llegue ya la hora de asirse de algo que les salve de la muerte segura y cruel, conduciéndolos á la deseada orilla; y ese algo tiene que ir de manos de la madre, pues ella no ha de expectar impasible la zozobra del hijo.

Algunas mujeres creen que la suma de sus virtudes debe consistir en frecuentar el templo y consultar para todo al confesor. Error! lamentable error, que la ilustración de la madre cristiana está llamada á rectificar, mostrándole que, si bien es un deber el ir á la casa de la oración á

rendir el culto externo á Dios, las horas deben ser determinadas, porque, á todo momento, ha de tener presente que el altar del sacrificio diario está en su casa, donde ella ha de ser como el sol: brillar siempre para dar luz, calor y vida á todo lo que le rodea: ha de saber distinguir que existen consultas que solo debe hacerlas á su esposo ó á su padre.

Otras piensan que vigilar al hijo es cerrarle las puertas de calle con siete llaves, precaución contraproducente, cuando no se ha acumulado para los hijos la riqueza moral que formará no solo su felicidad, sino la del Estado; dándole principios morales y religiosos tan sólidos, que le suministren, durante su vida, elementos interiores bastantes para dominar las pasiones de su alma y la fácil influencia de las agenas pasiones, sin transigir con eso que graciosamente se llama *el instinto del deber.*

Fácil es conocer la decadencia de un pueblo como de una sociedad cualquiera, —ha dicho el ilustre autor de "Religión Religiones"—y hacer de ella el más seguro diagnóstico, observando con exactitud solo tres hechos, que son fatales sinto-

mas: la mayor ó menor intensidad de la idea religiosa; la mayor ó menor fuerza del sentimiento nacional en el pueblo; la mayor ó menor profundidad del egoismo en cada individuo.

Ruego á los que me dispensan la honra de escucharme, que, poniendo la mano sobre su corazón, extiendan la mirada hacia nuestro país y juzguen de su estado actual y de su porvernir, en presencia ó ausencia de esos síntomas.

¿No es verdad, señores, que al presente nuestra pátria languidece como el cuerpo anémico, pobre de sangre y de fuerzas, porque le falta la fe; esto es el principio de vida social basado en una creencia que sea la fuente de toda esperanza y de futura recompensa?

La dolencia viene de la familia, como si dijésemos del cerebro y del corazón.

Señalaré algunos cuadros.

Llegamos en el momento solemne en que se piensa pedir en matrimonio la mano de una señorita, y...descubrirémos esta gradación dolorosa que marca la época y el egoismo del holgazán ó del avaro.

Nuestros abuelos preguntaban antes de los esponsales: és virtuosa?—nuestros pa-

dres: ¿es bella?—y nuestros hijos: ¿tiéne dote?

De este modo la mujer háse convertido en *letra* de cambio. La que lleva firma abonada es de colocación inmediata, y la angelical criatura que solo ofrece un tesoro de virtudes guardado, por dos negros ojos, queda despreciada como el billete fiscal, para vestir santos ó ser el zángano en la colmena de la familia.

¿Y quién tiene la culpa de esto?

Nosotras mismas, sí, digámoslo bien alto. La mujer es responsable de no conservar su dígnidad personal, no ilustrándose lo suficiente y no enseñando al varon, desde su infancia, que el corazón no es mercancía sino el arca donde se deposita el caudal de las virtudes y el amor al trabajo; la mujer que no obliga al varón al cumplimiento de sus deberes cualquiera que será la gerarquía de éste en la sociedad. ¡Magistrado, Sacerdote! Por ventura ¿no es tambien el hijo de nuestro seno?

¡Ah cuántas lo pierden todo por falta de método!

Cuántas hacen odioso el sentimiento religioso con sus moguijaterías diarias!

¡Cuántas llevan el ridículo á su hogar por no inculcar sentimientos de moralidad en sus hijos!

Recuerdo haber oído no hace mucho al pasar por las puertas de uno de los «Salones» ó casinos á la moda, el siguiente diálogo entre jóvenes imberbes, de los que se recojen en la madrugada.

—Y, ¿cómo te fué chico?

—Así, así, hijo. Mi madre cacareó de lo lindo: el viejo ¡trinando!

Habráse visto falta de respeto filial semejante?

Aún no es todo.

Los que observamos con la mirada serena, sin tomar parte en la comedia, vemos niños de diez y ocho primaveras que debían ser el modelo del estudiante, convertidos, en un brinco, en lo que generalmente llaman *un hombre*: pero un hombre con todos los vicios de una juventud lozanacosa, sin ninguna de las virtudes de la edad de la razón, en que ya se distinguen las huellas de la experiencia: y el día en que dicen con aplomo «*yo no creo en nada*» se juzgan una entidad tal, que desprecian todo principio de Moral y Religión como antiguallas propias para las viejas.

Y de esta escuela tendrémos: los trájicos que acaban por el suicidio; los malos amigos que no respetan el hogar ajeno; los empleados que no retroceden ante una plumada de infidencia; los militares que huyen ante el enemigo; los beodos que *líquidan* la dote de su mujer; la juventud faláz que sacrifica la pátria ante un cuatro de espadas: en suma, la desorganización total de la familia y la decadencia de la pátria, como la consecuencia inmediata y palpable de la falta de los principios que llevo señalados.

III.

Os he fatigado señoras y caballeros, pero voy á terminar pidiéndoos escusas.

Diagnosticado el mal, es preciso buscar el remedio, porque no quiero pertenecer al número de los que se complacen en lanzar crítica ni de los *nihilistas* que destruyen por destruír.

Juzgo que el remedio para la decadencia actual de la pátria se ha desprendido del curso de nuestras investigaciones en el seno de la familia, y que no puede ser otro que la propaganda de principios de Moral y Religión llevados á la práctica.

Acaso alguno me pregunte con un notable publicista contemporáneo ¿cuál de las lucubraciones sociales, de las doctrinas, de los sistemas, de las hipótesis en fin que se disputan hoy el dominio de las inteligencias en materia de religión, tiene el mejor derecho á nuestro convencimiento?

Verdad es que los tiempos de las disputas religiosas han visto su fin confundiendose al presente, el éco de la voz de San Agustín que dijo: «*Dios existe porque existo yo*» y la de Voltaíre declamando: «*si Dios no existiera sería preciso inventarlo*» resultando en claro la verdad analizada de que *existe Dios.*

Corremos los tiempos positivos; es necesario elegír una religión y practicarla.

Confesémos que, si en el órden político todo entorpecimiento nace de tener leyes y no cumplirlas, puesto que según Montesquieu toda ley es buena si se cumple, en el órden social la desorganización también está en no tener religion ni practicar sus mandatos.

El cristianismo que ha ganado bajo su estandarte fraternal el predominio de las naciones más adelantadas del viejo y nue-

vo mundo, asegurando la paz de los gobiernos y la felicidad de las familias, brinda la salud social y los progresos de perfeccionamiento á nuestra pátria decadente, que necesita más colegios gratuitos, establecimientos industriales, fábricas, trabajo honradez en sus hombres, vida práctica en fin, y no teorías disidentes ni pasatiempos de elocuencia, que cruzan como el relámpago iluminando fuertemente nuestra retina para ofuscarla luego.

Recordémos que de los desastres que lamentamos, una grán parte sino el todo, es consecuencia de la facilidad con que se habla y grita lo que debe callarse.

Madres de familia! no sea nuestra palabra como la ola que se levanta, lame la arena y vuelve á confundirse en la mar salada.

Sea, como el buril del lapidario que pulimenta y aquilata el diamante.

Hagámos á nuestra juventud séria y reflexiva, y habrémos reconquistado el bien estar de la Pátria en lo absoluto. Y en lo relativo é individual, vendrán: robustez, lozanía y larga vida, tres enemigos implacables del raquitismo, esa fatal consecuencia de las costumbres licenciosas.

Quiero ver á nuestros hijos armados con la fe en el corazón y la fuerza en el brazo;, marchar, erguida la frente, á la cumbre de la prosperidad nacional.

El astro rey de las creencias cristianas, aún no ha desaparecido en los horizontes peruanos. Eclipsado por las sombrías nubes del momento, tornará á alumbrar, con luz benéfica, el Perú adorado.

Mas, la labor de disipar aquellas sombras que oscurecen nuestro sol y nuestro día, es de la mujer, de la madre peruana.

Si ella trabaja, solícita y constante, asomará la aurora deseada, y la blanca paloma de la libertad, con las alas teñidas en la sangre de los que murieron en San Juan, Miraflores y Huamachuco, volverá á levantar el vuelo, y el pabellón bicolor ondeará galano sobre la nación grande y fuerte!

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Á LA SOCIEDAD ARQUEOLÓGICO-LINGUÍSTICA.

Trabajo leido
en el «Círculo Literario» de Lima.

I.

El ilustrado presidente de la importante Sociedad «Arqueológico Lingüística» del Cuzco, al comunicarme la honra que dicha Sociedad me ha dispensado, eligiéndome miembro correspondiente suyo en la Capital, se ha dignado también proponerme los puntos siguientes, como tema de ESTUDIOS HISTÓRICOS:

1.° ¿Quiénes fueron los QUECHUAS *y de dónde fueron oriundos?*

2.° ¿Por qué si los conquistadores INCAS

fueron aimaras, el imperio de Huayna-Capacc hablaba la quechua, es decir, un idioma que no fué del conquistador ni del conquistado?

Voy á la investigación.

II.

Comparando el doctor Rocha la identidad de los nombres de los pueblos, de los ríos y demás accidentes geográficos de los continentes, concluye opinando que el orígen de los indios de la América está en Jafet, hijo de Noé, por su nieto Jubal.

Ahora bien:

Dejando para otra oportunidad el exámen del acerto anterior, estoy con Garcilazo, Prescott y Córdova Urrutia, acerca de que los QQUECHUAS habitaban las provincias NO. de las márgenes del río *Amancay*, donde vivían constituídos en nación compuesta de provincias, pues, aunque—dice Garcilaso—los indios no tuvieron nombre genérico para nombrar en conjunto los reinos y provincias que sus reyes naturales señorearon, supieron nombrar cada provincia por su propio nombre: (1) llamábanse *qquechuas* los natu-

1 Garcilaso—«Comentarios Reales».

rales de las provincias de *Suttupampa, Catonera* y otras, unidas por un mismo idioma sonoro y rico.

La etimología de su nombre parece que no es otra que la siguiente, según el Padre Mossì, el doctor Villar y otros linguistas de reconocida competencia:— *quehuii*— torcer,—*ichu*—paja,—de donde salió *qqueshua*--soga de paja,---invención é industria de aquellas gentes, á las cuales dió el nombre de QQUECHUAS.

Estos se han distinguido, además del idioma que nosotros llamamos la sublime lengua de la armonía imitativa, por su carácter apasible, la ternura de sus poesías y su constancia amorosa.

III.

Córdova Urrutia citado, hablando de Inca Rocca, IV Emperador, dice: «fué sabio hasta fundar escuelas públicas, en que sus *Amauttas* ó filósofos enseñaban las ciencias, la inteligencia de los *qquipos*, que el analista del imperio ó *qquipocana* custodiaba en el templo del Sol, y LA LENGUA GENERAL QUE SE HABÍA ADOPTADO, QUE ERA LA QQUECHUA, que todas las naciones conquistadas aprendían indispensablemen-

te, sin duda para que, identificados por el idioma, se considerasen miembros de una sola familia y se amasen recíprocamente, perdiendo el odio que podían tenerse, y al mismo tiempo, para que sus vasallos le hablasen personalmente y oyesen, de boca del mismo rey, las sentencias y decisiones de sus causas. No por esto permitían que abandonasen su idioma particular (2).

Todos los historiadores del Perú están acordes en narrar que, cuando Ccapacc Yupanqui. V Emperador. mandó á su hermano Auqui-Ttitu á proseguir la conquista de *Contisuyo*, los QQUECHUAS se encontraban en discordias odiosas con los *chanccas* y *anccohuallu*, y á la aproximación del ejército conquistador, se sometieron pacíficamente, reconociendo al Inca, cuyas leyes sabias y gobierno patriarcal les eran conocidos á tal grado, que pensaban sometérsele por medio de comisionados enviados ante el Inca Rey, para quien entregaron mucho oro.

El idioma, rico y cautivador, pronto se hizo conocer y sojuzgó á los otros que, si bien sonoros y abundosos de expresión, como el aimará, no llegan á la *modulación*

2 Córdova y Urrutia—«Las tres épocas del Perú».

del alma, ni al *coraje de la ira*, y ménos á la viveza y representación de la imágen, como el qquechua, ese idioma cuya hermosura y flexibilidad nos hace ver las gotas de las lágrimas, cuando expresa la pena; nos *muestra* la risa, al pintar la alegría; nos hace escuchar el ruido del agua, señalando la cascada.

¿En qué idioma encontramos la precisión imaginativa del *cusicuihuan checchiscan* que, tras la sonrisa, nos presenta una hilera de dientes blanquísimos y parejos?

¿Cuál es el habla que nos haga escuchar con la propiedad del *pacchascan saccay yarçca*, el ruido que produce la corriente resbalando sobre el declive?

¡El qquechua, ese idioma para él cual nacieron los idilios de las torcaces que, juntas, se balancean en la misma rama del sauce solitario! ¡El qquechua, cuyos acentos tiernos inventó sin duda el amor desgraciado, que llora con la pena del cautiverio y el dolor de la ausencia!

La manera misma de nombrarle entre los indios: *runasimi*—idioma de gentes,—pone de manifiesto la importancia de él; y la estima que se hacía de la *qqueshua*, que se fabricaba de paja por los qquechuas,

como hemos dicho, está comprobada por la solemnidad que Huayna Ccapac dió al nacimiento de su hijo, INTI CUSI-HUALLPA —Sol de alegría;—con la construcción de la gran cadena de oro de 350 pasos de largo que, después de dar el sobrenombre de Huáscar al infortunado monarca, fué, según creencia general, arrojada á la laguna de Urcos.

IV.

De lo recopilado dedúcese:

1.° Que los QQUECHUAS, cuyo orígen se remonta á la antigüedad prehistórica, fueron habitantes y oriundos de las provincias de ambas márgenes del río Amancay, *que son muchas y contienen debajo de este apellido* (3).

2.° Que la hermosura y riqueza del idioma hablado por los habitantes de aquellas provincias, avasalló los dialectos y aún el aimará, hasta alcanzar que el Emperador lo decretase como idioma general y obligatorio para el pueblo, fuera del idioma particular que hablaba solo la nobleza inca; y 3.°, que es lógico y natural que la qquechua la hablase Huayna-Ccapacc,

3 Garcilaso—Obra citada.

puesto que data de Inca-Rocca el aprendizaje obligatorio del idioma propio de tántas y tán dilatadas provincias, conocidas bajo la denominación de qqueshuas, cuyo nombre lleva también el habla general del Perú antiguo.

No hallo fuera de sitio señalar que el qquechua es la base de la civilización en diferentes naciones sud-americanas.

El Presbítero don Federico González Suarez, citado por el ilustrado escritor salvadoreño don Santiago I. Barberena (4), afirma que la civilización indígena ecuatoriana se componía de dos elementos distintos: del ecuatoriano genuino con variantes correspondientes á las diversas tribus, y del incásico ó de *los quichuas peruanos* (5); y comprueba que eran cuatro las naciones principales que ocupaban el territorio del Ecuador, antes de la llegada de los conquistadores; 1.° la de Puná y de otros puntos de la costa en la provincia de Guayaquil, y de Manabí; 2.° los purahes y los cañaris en la región inter-andina; 3.° los caras, vencedores de los quitos, en la misma región inter-andina; y

4 Repertorio Salvadoreño—Tomo 8.° pág. 14.
5 P. González Suarez—«Atlas Arqueológico-Ecuatoriano»—Quito, 1892.

1.º los incas, que llegaron poco antes de la conquista, con su rico idioma (6).

El Padre Velasco afirma que, cuando llegó el Inca peruano al territorio del Ecuador, se sorprendió grandemente al encontrar el *siri*, que no era otro que el qquechua; opinión que desvirtúa la afirmación del Presbítero González Suarez y que ofrece nuevo camino de investigaciones sobre el orígen del siri, y porque se llamaba así siendo el mismo qquechua incaico.

El doctor Villar acepta la opinión del Padre Velasco y rechaza la afirmación del Presbítero González Suarez, apoyada por Barberena.

De un modo ú otro, queda subsistente la proposición de que el qquecha fué el habla de las regiones civilizadas y de los Emperadores más empeñosos en la conquista de territorio, para dilatar las posiciones del Imperio peruano.

V.

Los que hemos nacido en las faldas del *Sacsai-huamán*, contemplando desde la niñez, en las fortalezas graníticas del Ro-

6 Barberena—Obra citada.

dadero, el poder de nuestros mayores; los que, en la edad de la razón, hemos recorrido con respeto los grandiosos monumentos de *Ollantaitambo*, y *Kcacyapata* ó *Huchay-Cosco*, posando la planta en aquellos sitios qué, con su *elocuencia de gigante mudo*, nos hablan de la grandeza de nuestros padres, sentimos atrofiarse el corazón, al considerar que nuestra lengua madre se pierde y ver la poca estima que hoy se hace del qquechua, ese idioma que debiera ser el vínculo imperecedero de unión para la raza peruana, esa lengua que nos consolaría con su laconismo sentencioso, *ama llaquichu, suyacuy* (7) del desconcierto y postración que siguieron á la conquista, después de la horripilante matanza de Cajamarca.

Por aberración sin nombre, tratan de olvidar, aún los mismos cuzqueños y ayacuchanos que salen fuera de su país, ese idioma de la poesía que, á poseerlo Ercilla y Olmedo, habrían cantado en él el poema de los cielos y la tierra americanos, juntando el suspiro de amor del mismo Dios, con la pujanza de las olas cuando el mar ruje, ó con el ímpetu del Niágara.

7 Aparta el dolor, y ¡espera!

Pero, los que aún quedamos con el caudal de nuestro idioma, legado de reyes, es preciso que sepamos repartirlo entre nuestros hermanos, sin permitir que desaparezca, como el tesoro de *Acllahuasi*, entre los muros de ignoradas sepulturas, de cuyas grietas acaso brota la hierba del olvido.

A la importante Sociedad Arqueológico Lingüística le está reservado ser el arca santa donde se salve el idioma propio y verdadero del Perú, y con él sus más queridos recuerdos y sus interesantes tradiciones.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

AL DOCTOR LUÍS CORDERO.

El qquechua.—Su utilidad para los americanistas.—Necesidad de su posesión para el historiador y para el viajero.—Pérdidas de la Literatura americana por su limitación é ignorancia.

I.

Los que abogan por la extinción del qquechua lanzan una blasfemia contra la antigua civilización peruana y la moderna necesidad de conocerla, y esos no saben lo que dicen ó no conocen el idioma, y en tal caso se colocan al nivel del escritor de mala fe juzgándolo y fallando sin conocimiento de causa. Y al proceder así trabajan, pues, en daño de la historia patria, desmoronando la base sobre la cual

descansa el monumento americano que al correr de los siglos está llamado á ser el libro de los estudios científicos del viejo mundo, ante el que se ostentará con elementos propios de raza. idioma, arquitectura, costumbres, literatura, en fin todo diferente de los pueblos europeos.

En esta labor trascendental y de ilimitada importancia, trabajan como avanzados obreros los americanistas de convicción, leales á sus principios y de aspiraciones generosas; apareciendo en primera fila dos médicos peruanos que al propio tiempo de enriquecer la medicina con el contingente de sus luces dedican sus veladas al estudio del rico idioma incáico.

Hablo de los doctores Leonardo Villar —cuzqueño—y Luís Carranza -ayacuchano -ante quienes no intentaré señalar como sustraendo, á aquellos hijos desnaturalizados que desdiciendo de su raza apocan el grandioso habla que acató el Inca Rocca haciéndolo obligatorio, y sublimizó Espinoza Medrano.

Entraré, pues, en materia dejando constancia de que, por mi parte, no acepto la escritura *Keshua* introducida por el primero y acojida por el segundo de los

ilustrados qqechuístas que he citado. Me atengo á *qquechua*, usada por Garcilazo y por la sociedad de «Arqueología y lingüística», y aunque esta es una cuestión de pura forma, puesto que en la pronunciación estamos todos acordes, daré la razón que á ello me induce.

Keshuq es un sustantivo que significa soga de paja; al verle escrito del mismo modo aplicado al nombre del idioma, resulta una confusión para distinguir cuándo es *soga* y cuándo *idioma*, cosa que para el lector neófito, que no esté iniciado en el secreto de la pronunciación, es una barrera insuperable; mientras que escribiendo qquechua, se obtiene la claridad y propiedad deseadas en un idioma perfecto.

Ahora bien.

Me concretaré en primer término á manifestar la necesidad del conocimiento del qquechua para el historiador americano, y la utilidad que de él reporta el viajero científico lo que será materia de un párrafo separado.

II.

Un nombre cualquiera, sea de ciudad, campo, río ó montaña, encierra un sumario de investigaciones para el historiador, porque el qquechua tiene la propiedad exclusiva de *conjensar* en una sola palabra toda una explicación importante con hermosura y claridad sorprendentes, lo cual queda ignorado por quien no conoce el idioma.

Voy á citar algo en apoyo de mi proposición.

Arequipa, nombre de la ciudad edificada sobre terreno volcánico, propenso por consiguiente á frecuentes sacudimientos de tierra, pero cautivador por la feracidad de sus campos, fué llamada *Ariqquepau* por Maita Ccapac, IV Emperador, que mandó poblar el valle por tres mil familias entresacadas de las provincias inmediatas.

El padre Blas Valera interpreta el nombre de Arequipa *trompeta sonora*: Prescott, Urrutia, Montesinos y otros historiadores ya *si os está bien quedaos*, ó simplemente por *si quédate*.

A la verdad que el padre Valera habrá

deducido de *qquepau*, caracol marino (1), que los peruanos usaban como trompeta, cuyo uso todavía subsiste en muchos pueblos del ínterior - y de *arí* que en qquechua significa *si* y en aimará, según el doctor Villar, *sonoro*.

La índole de los nombres con que los peruanos bautizaban los lugares es tal pues, que nunca dejaron de ir enlazados con alguna propiedad innata á la topografía, producción, etc; y por esto juzgo que el Inca Maita-Ccapac en su propensión comparativa, si se me permite decir, observó la naturaleza del valle que me ocupa en su paso por las provincias de *Aruni y Callahua*, limítrofes y atendiendo á las sacudidas de tierra acompañadas de ruídos subterráneos, encontró inmediatamente la semejanza con el qquepau que aplicado al oído remeda al rumor sordo de las olas del mar, y suena como trompeta cuando se le sopla, concluyendo por nombrar aquel valle Ariquepau deducción lógica que interesará no sólo al historiador sinó tambien al geólogo que investigue la época del volcán *Misti*.

Garcilazo dice, hablando de Maita-Cca-

(1) Llamado también pututu.

pac: (2) «Halló el valle de Arequipa sin habitadores y considerando la feracidad del sitio, la templanza del aire, acordó pasar muchos indios de los que había conquistado para poblar aquel valle y dándoles á entender la comodidad del sitio, el provecho que se les seguía de habitar y gozar de aquella sierra no solamente á los que la poblacen sino también á los de su nación porque en todos ellos redundaría el aprovechamiento de aqu el valle»; relación de la que algunos deducen que el Inca dirigiéndose á la multitud dijo *Ariquepay* palabra con que fué bautizado el valle y que los conquistadores sincoparon en Arequipa; todo lo cual no satisface al historiador que conozca la índole de los nombres dados por los Incas á los lugares sojuzgados, quedando por tanto triunfante la opinion del padre Valera, que tampoco contradice Garcilazo

Voy en pos de otro ejemplo. El historiador ignorante del idioma se concretará á citar el lugar nombrado *Paraccay-pata*; no así el entendido, pues tomaría el fondo de la expresión y sabría que en ese lugar

(2) Comentarios Reales pg. 210.

se cultiva maíz blanco porque el nombre significa *la altura del maiz blanco.*

Siguiendo la orilla izquierda del río Urubamba se encuentra un sitio llamado *Katachiray*, nombre que es una especie de ¡alerta! lanzado al viajero para prevenirle que vá á comenzar una región de precipicios y rocas cortadas á pico, lugar del cual se cuentan mil leyendas fantásticas que acallarían á las de las Alpujarras. Para no pecar por lo cansado de mis observaciones ante los profanos, y deseándo batir palmas ante los entendidos, citaré como plenitud de prueba el importante trabajo del doctor Villar sobre «Uiracocha» y los estudios sobre «Etimología de los nombres de algunos lugares» del doctor Carranza, publicados primero en «El Comercio» y recojidos despues en folletos.

Con lo dicho creo haber aducido pruebas suficientes para deducir que no es posible escribir historia peruana que merezca el nombre de tal sin conocer el idioma.

III.

Réstame probar la pérdida que la lite-

ratura americana ha sufrido por la ignorancia del qquechua, y para ello recordaré que el Perú tan fecundo en escritores prosadores y poetas, cuenta con elementos de inspiración como pocas naciones en la tierra, y que á conocer su idioma, escritores de la talla de Ricardo Palma y del galano autor de «Catalina Tupac Roca» cuantas minas de diamantes habriánse explotado sacándolos á lucir en las páginas de la literatura patria para deslumbrar con ellas al mundo civilizado sin pedir galas prestadas al idioma del conquistador.

¡Qué de poemas como el de Ossian habrían cantado bajo el solio del Inca ó inspirándose á la fronda del árbol secular de Urubamba! ¡Qué de himnos y de elegías magníficas habrían rimado al son de la trompeta conquistadora del Monarca levantado en pesadas andas de metal maciso, ó á la pujanza de los guerreros que ejercitaban sus fuerzas sobre arenas de oro! Otros habrían escrito sobre las mismas piedras graníticas de esas fortalezas, que asombran el cerebro pensador, las tablas de la historia patria sellando pági-

na tras página con la fiel traducción de su idioma! Y los poetas del sentimiento, los escritores de costumbres; habrían pintado paisajes y rimado trobas distintas á las del cantor de Granada, pues, en ellas, no vibrarían las cuerdas de la guitarra punteada entre celages de luna melancólica, sino empapadas en el *¡ay!* de la quena que *llora* las lágrimas del dolor como también *enjuga* el llanto con las notas del consuelo, del bálsamo y del amor bien pagado, ¿Por qué han ignorado su idioma? por qué no pueden cantar en la lengua de su madre pátria?

Esto significa simplemente una pérdida para la literatura americana. Desventura nacional que deploramos unos pocos pero lamentando con la sinceridad del alma.

Voy á terminar trascribiendo la traducción de una poesía qquechua para dar idea, aunque imperfecta, de la ternura inimitable encerrada en ese idioma que, yà lo dije otra vez, (3) es el de la poesía, para el cual nacieron los idilios de las torcazas que juntas se balancean en la misma rama del sauce solitario.

---

(3) «Estudios Históricos» Origen de los oquechuas.

EL INDIO ERRANTE AL SOL DE SU VIDA.

(Del qquechua)

«Línfa de los arroyos del oasis
palmera del desierto de mi vida
música tierna que inundaste mi alma
con tu armonía:
hada indecisa de mis blandos sueños,
tórtola tímida
de mis amores
ven, y mi seno de dolor marchito
ház que tiemble entre dulces emociones.

Sombra del bosque en dia de verano,
frescura del árbol de nuestra pátria
flor de la loma solitaria y triste
suave fragancia
perfume de los vientos de la tarde
grato rocío
de la mañana
ven, y en mi seno de dolor marchíto
esparce ¡ay! tu bálsamo de lágrimas.

Como los cantos del sabio silvestre
irán á tí tristísimas mis trobas,
mientras mi vida del pesár se pierde
entre las sombras.
Aura de las florestas tropicales,
sol de mis días,
¡alma de mi alma!,
vén, y en mi seno de dolor marchito
deja caer un rayo de esperanza!!»

EN LA HOYADA.

Á MI QUERIDA MARÍA V. ARAOZ DE TORRICO.

I.

Acabó de hacer su tocado, quedando linda como una azucena lavada por la lluvia: desprendió el delantal de muselina sugeto al cuello con un finísimo broche de acero; tomó su sombrerillo de paja de Italia, adornado á modo de cintillo con tul rosado y flores de nardo; púsoselo, coquetamente, delante del espejo, dejando que dos preciosos bucles rizados cayesen debajo de las anchas alas del sombrero, hacia la frente; saliendo, después, alegre como un sábado de gloria, en dirección á la hoyada.

Yo la conocía desde su niñez y asistí á

su bajada de traje y, desde entónces, complacíame en estudiar las variantes de su físico que, en la mujer, están sugetas al termómetro de las impresiones morales.

Cierto día noté que, en medio de su habitual alègría, se retrataba ese tinte de dulzura melancólica, llena de encantos, que exhala el corazón apasionado y que atrae las simpatías como la esencia del trèvol, narcotizando las realidades de la vida ó poblando de sueños fantásticos la imaginación en la edad ardorosa de las quince primaveras; y ví que su tez, ora alabastrina y aterciopelada, ora teñida por la grana sobre marfil poco blanco, reflejaba extremecimientos para ella desconocidos y que sus ojos, unas veces lánguidos y ojerosos, muchas fosforescentes y quemadores, esquivaban su mirada franca. Y sonreí pensando en su dicha y comencé á estudiar á los que frecuentaban su casa, sin encontrar huella en ningún semblante.

II.

La hoyada es un precioso lugar de los valles trasandinos en el interior del Perú, donde mana agua cristalina, según dicen,

en virtud de un milagro de San Isidro, patrón de la comarca, pues brota de una roca como puesta de esprofeso y le circunda la verdura perenne de la *chihua* y la grama en extenso pajonal.

Luego que hubo llegado á la fuente, sentóse sobre el espléndido tripe tegido por la naturaleza, extendiendo el diminuto pié, monamente calzado por elegante botita de cabritilla con tacones Luis XV; y volviendo la vista inquieta hacia los zarzales de enfrente, comenzó á tararear en a más original de las tonadillas de pasacalle:

Tengo para mis amores
Un rubio de calidad,
Un rubio de calidad
Tengo para mis amores.

Cortos minutos duró la espera, pues aún no terminada la última nota, apareció un arrogante mozo que, brincando el muro desportillado y la zanja de la ribera al lado opuesto del camino que cruzó ella, fué á reunírsele á carrera abierta.

Al verle, ella se puso de pié arreglando las ajadas faldas del vestido, y le recibió en sus brazos, aturdida como una loca.

—Doloritas!

—Gabriel!

Fueron las palabras que se dijeron con afecto tiernísimo, y él tomó de la mano á la niña y se sentó de golpe en la grama, recibiendo sobre sus rodillas al ángel de sus castos amores, nacido en la hora del trueno que conmovió la Patria.

—¿Por qué llegas taciturno, tan otro Gabriel; acaso papá insiste?—dijo ella, anudando los lazos de la corbata del jóven y examinándole el semblante.

—Eso y algo más, adorada mía!.... quiéres que te diga todo? Debo alejarme de estos vallados, donde quedará mi corazón á tu lado, junto á tu pecho; pero mi brazo pertenece á la Patria, invadida por las huestes de Arauco. Mañana, amor mío, vestiré el uniforme de oficial, á las órdenes del coronel Chacón y.... pero.... ¡no llores! ¡Lolita!.... yo volveré glorioso para inclinar la voluntad de don Fermín. Ah! dice que soy pobre y la pobreza, en el día, si no es un crímen, por lo ménos constituye un defecto atroz.

—Gabriel! qué dices? Desvarías—interrumpió ella, limpiándose los ojos y, como recobrando entereza agregó:—Tú tienes

el tesoro del talento, que irradia desde tu cerebro y alumbra en tus ojos de cielo y de amor! Gabriel! por la Patria.... anda, anda, no te detengas un punto.—Y puso ambas manos sobre el pecho del peruano, quien preguntó, emocionado:

—Me amarás siempre?

—Siempre! siempre!

—Aguardarás mi vuelta?

—Hasta la muerte!

—Eres mi desposada!...

Dos labios se juntaron, dos almas se dieron cita, y la fuente, testigo de aquel desposorio, cristalina y murmuradora, siguió corriendo y alegrando la pradera.

III.

Los celajes de la tarde, que mueren ante las sombras de la noche negra, fría y triste, parecían cruzar el espacio, diciendo: adiós! adiós! á la Felicidad.

La rica tierra del Perú, asolada por doquiera que se fijase la vista; sus valientes hijos ensangrentando los mares, la roca y las pampas, veían, al caer, comarcas enteras devoradas por el fuego, extinguidas por el saqueo y el pillaje, y sus mujeres y niños, llorando de hinojos ante los cadá-

veres, contemplaban también las rugosas mejillas de los ancianos, bañadas por las lágrimas de cruel impotencia, de despecho y de ira.

Las columnas de humo negro se levantaban de los incendios de Pisagua, San Juan, Chorrillos, Miraflores, oscureciendo el límpido cielo de la América del Sud, mostrando ahí el pabellón asaltador con su ave de rapiña en el fondo azul y blanco.

La augusta enseña de la Libertad blanca y roja, salvada incólume al tope del «Huáscar», solo flameaba en la fría puna, sostenida por el *Brujo de la sierra,* á quien acaso le estuvo reservada la victoria, sin el siniestro concurso del egoismo personal, puesto en juego por los mismos que, con el trascurso del tiempo, iban á rodear, sacrílegos al soldado que mandaron retroceder de Izcuchaca, sin permitir que asomase á la ciudad de la defensa.

Allá estaba Gabriel, peleando como bueno en el puesto del honor y del deber.

Dolores, amando fiel su recuerdo, pasaba cotidianamente las cuentas de su rosario, por entre sus dedos, con la invocación de un nombre que subía al cielo en un suspiro.

Nadie alcanza á detener los giros de la imaginación, que vive del fuego creador; nadie paraliza los latidos del corazón que, en su acelerado sube y baja, hermana la existencia de dos que se aman.

Dichosos ellos que, ausentes uno de otro, se encontraban, diariamente, con el pensamiento junto á la fuente de la hoyada.

Los periódicos de la Capital ejercen mágico influjo en provincias, y su poder es eléctrico. Allá hay gentes que viven la vida de los periódicos, y lo que éstos dicen es su credo y su tema.

No era extraño que Dolores participase de esa corriente y buscase en la hoja impresa las noticias de su prometido. Un día, registrando los detalles de la batalla de Huamachuco, donde el pabellón bicolor salvó en la pira formada de cadáveres peruanos y, al deletrear un nombre, sus labios balbucearon, apagósele la vista y un rayo partió su corazón.

Gabriel!....

El nombre de Gabriel Flor estaba entre los de los muertos, gloriosamente caídos

con Silva, Luna, Prado, Gastón y los hermanos Tafur.

Las lágrimas inundaron las mejillas de la inféliz; pero los ángeles de la resignación cristiana y del patriotismo, confortaron su corazón de mujer peruana.

—El destino adverso me lo niega aquí; será mío allá!....—dijo, señalando el cielo, que tornó puro, límpido como en tiempos de paz, sin una nube blanca ni plomiza y que, decorado con celajes de oro y grana, trasparentaba la grata esperanza!

IV.

Qué alegre está la mañana.

El sol dora las gotas de rocío sobre las hojas de los limoneros, palmeras y madreselvas; y las campanitas de Santa Rosa convocan, á los fieles, á la misa del amanecer.

¡Cuánta variedad en el escenario!

De aquella niña adorable, solo quedaba el recuerdo en el corazón de sus padres.

Dolores! Hoy es la Hermana Josefina, con sus lindos ojos negros bajo la alba toca de las hijas de San Vicente de Paul.

Del Perú, grande y poderoso, solo restaban escombros y, sobre ellos, aún ardía el fuego de la guerra; pero esta vez de la guerra civil.

Morían ¡qué horror! peruanos á manos de peruanos.

¿Cuál corazón patriota dejaría de condenar semejante lucha?

Ninguno.

Entre tanto, aún corría sangre humana, aún se gastaba el plomo homicida que tántas veces faltó en los campos de la defensa.

Aquella mañana, varios heridos fueron conducidos al hospital y confiados á la caridad de las Hermanas. Sor Josefina hacía el turno de sala y, junto al lecho preparado, recibió un enfermo que, al desplomarse sin fuerzas de la camilla, abrió sus azules ojos fijándolos en la enfermera, y luego se asió con ambas manos el pecho, exclamando:

—Dolores! Dolores!

Y quedó insensible, como si la vida le hubiese abandonado.

Josefina reconoció á Gabriel. Tenía cerca al alma de su alma, con quien ni un solo día dejó de conversar en esa muda

oración que, como oloroso incienso, sube á la mansión de las almas llevándo paz á los muertos. Su naturaleza delicada y enflaquecida por la vigilia, no podría sobreponerse, por mucho tiempo, á las supremas emociones de su espíritu, en aquel momento.

Tomó la mano de su prometido; la estrechó contra su corazón sin articular una sola frase y, casi delirante ya, con la amortiguada llama de la pasión inflamada de súbito, acercó sus labios de rosa á los dorados bigotes del moribundo, repitió el tierno ósculo de la promesa y cayó después, sin sentidos, junto al sér con quien se desposó en la hoyada.

V.

Hace pocas semanas, creo que fué el Domingo de Cuasimodo, que se detuvo un elegante carruaje á la puerta de mi casa; sonó la campanilla de anuncio, y Eulogia, mi sirvienta, me presentó una tarjeta de cartulina con el nombre de Dolores Vial de Flor, al mismo tiempo que asomaba á la puerta del salón una esbelta pareja que respiraba, de á legua, las delicias de la luna de miel.

—Cómo ¿habèis resucitado?—dije abrazándola á ella y alargándole la mano á él.

—Señora los periódicos también ponen lo que quieren más en tiempo de guerra; los chilenos me dejaron por muerto en una grieta del cerro *Zasón*, de donde me sacó un indio *rejonero*, á quien hablé en qquechua y me condujo por caminos extraviados donde *el General*;—repuso él. Y ambos esposos me refirieron los detalles de su matrimonio, después que Sor Josefina cumplió los años de su voto.

—Felices? Gracias á Dios! Y en esta adorable, encantadora Lima, se acuerdan alguna vez ustedes de aquellos vallados de nuestro Cuzco con sus vacadas y sus fuentes cristalinas, sus guindos, pisonaes y algarrobos; donde brinca el tordo y aletea la torcáz de la loma?—pregunté en parla expansiva.

—Allí comenzó mi dicha;—contestó el riendo maliciosamente, mientras ella ruburosa bajaba sus hermosos ojos, tal vez pensando en su primera cita ó haciendo memoria del pacto sellado con los labios en el poético rincón de LA HOYADA.

¿POR QUÈ?

(FANTASÍA).

A FABIANA G. VDA. DE DIANDERAS.

I.

Era la Aurora que acababa de descorrer, con sus dedos de rosa la negra cortina de la noche; y el sol, asomando en el horizonte azul, hería con sus fulgentes rayos los cristales y las celocias de la alcoba nupcial, decorada con la cuna de flores de flotantes tules y vistosas balsarinas, donde acababa de llegar la primogénita, la hija del amor, sin la imposición del deber.

Todos reían, todos reían!

Y yo lloraba, llegando á la vida en mi

cuna de rosas, de raso y de flotantes balsaminas.

Por qué reían ellos?

Por qué lloraba yo?

II.

Cierzos y espinas y guijarros desgarraban las vestiduras, arrancando ilusiones, matando esperanzas!

Con el cáliz del dolor en la mano, brindaba yo en el festín de la vida, sonriendo con los lábios, llorando con el corazón.

Sonrisas y lágrimas! Más lágrimas que sonrisas. Y ellas caían como ricas perlas sobre platillo de oro; y el timbre de las perlas, al caer llevaba la mente allá, á los incomensurables espacios de un azul desconocido.

Oh delicia de las fantásticas visiones!

La sien coronada de laureles se alzaba alta, bien alta, entre nubes de incienso que entoldaban la atmósfera; arpegios celestiales entonaban el himno de GLORIA y el corazón seguía llorando, mientras los lábios mentían sonrisas.

Oh delicia de las fantásticas visiones!

Alcancé á ver con el cristal de la mágia la cohorte de aquel que, como Venus As-

tarte, cruzaba veloz en carro de marfíl, de rubís, zafiros y esmeraldas, dejando en pos ondas de sándalo, de aloé y de ámbar con efluvios de pùrpura que envolvían el espíritu en la somnolencia de los corazo nes felices.

El ángel de inmaterial belleza que iba en el carro fantástico, tenía el cuello de alabastro; en la frente, que lanzaba resplandores pálidos como la luna, descanzaba la simbólica diadema de mirto y de rosas; junto á sus piés blancos, sujetos en sandalia de razo y pedrerias incrustadas por la mano de las Hadas, yacía el carcaj cargado de flechas cuyas puntas estaban mojadas en el jugo de las adormideras; beleño y veneno á la vez. De su flotante túnica pendían las Gracias como estrellas encandecidas al calor de un fuego indescriptible. Al viento la cabellera de oro, las alas de armiño extendidas impulsando la carrera con su propio poder.

Reconocíle al punto. Era el soñado mío; el de los diez años de espera!...el de los diez años de ilusiones!...

Al pasar, inclinó benévolo la frente y, en

voz queda, muy queda, repitióme.

Amor!...Gloria!...Agonía!...

Y siguió corriendo.

—Tenéos! tenéos, por Dios!

Grité extendiendo los brazos, frenética, suplicante, loca.

—Tenèos, siquiera un minuto. Dejádme conocer la VIDA. Dejádme besar vuestra frente pálida!...

Pero el carro siguió, sigió veloz, allá, en el camino de la vía láctea, en los horizontes azules que se confunden con las nubes opalinas del firmamento...

Cómo corría el áereo carro!...

Cómo sufría yo viendo alejarse la visión de mis queridas ilusiones!

—Tenèos! Tenéos!—grité aún, ahuecando la voz con la misma fuerza con que Roldán soplara la corneta destructora.

Pero la visión había desaparecido.

Sentía yo el corazón comprimido por la losa de un sepúlcro en cuyo fondo estaba mi muerto; mi corazón atravesado de mil flechas caídas del carcaj del ángel de inmaterial belleza; y en la pesadilla de la vida escuchaba una voz que decía: nada! nada!

Y el éco repitió, allá en los espacios,

nada, y las lágrimas cuajadas caían sobre el corazón como perlas sonoras en platillo de oro.

Era la mitad de la vida.

Por qué lloraba yo?

III.

De súbito estalló un rayo.

El trueno repercutía en el espacio con la vibración del terror.

Pero aún seguía yo fascinada con los resplandores de mi carro; de mi ángel de mi fe.

Y le ví retroceder, como un sol que detiene su carrera antes de hundirse en la esfericidad de los mares.

Era él, que volvía!

Sí, el corazón quería salirse del pecho para volar á su encuentro!

Esta vez no pasaría de largo.

Si no alcanzaba á detenerle en mis brazos, moriría arrojándome entre las ruedas de aquel carro fantástico de la celestial visión que paseaba por entre los mortales.

El ángel de mis amores!.... El ángel de la vida!....

Pero, cuanto más se acercaba, sus luces

de resplandor celestial se tornaban negras como el humo de un navío.

Ah! no era mi carro fantástico; sus pesadas ruedas eran de plomo grosero y mal pulido; en lugar de mi ángel, de inmaterial belleza, estaba el esqueleto de un sér viviente, sin ojos, sin cabellera, sin luz.

Ah! era la forma real, tétrica del Desengaño, de la Duda del Amor mal pagado.

Qué horrible espéctro!

Parece que aún le veo, en este instante en que el cerebro medita con la frialdad de los cincuenta desengaños.

Primero llevé las manos, para taparme los ojos y no verlo.

Pero el espéctro dirigía hacia mí su pesado carro, y yo sacudía la cabeza, porque el labio no obedecía á la lengua para decir nó!....nó!

Después, adquiriendo fuerzas desconocidas, levantándome sobre mis piès en ademán de rechazar, grité:

—Apárta! apárta! pása de largo; no es aquí donde debes detenerte! Ah! pása de largo, por Dios!....¿Dónde está mi ángel y mi carro?....

Y el espéctro largó una carcajada de su cabidad, porque no tenía labios para reír.

—Despiérta! quién te mandó soñar tantas horas? infeliz mortal soy yo, la Realidad; ese que pasó, era el Sueño en su carro de rosas; vén, vén, mis brazos te pertenecen; quiero estrecharte en ellos, vén, amada hija mía!

Y los brazos descarnados, me oprimían fuertemente contra un pecho helado, sostenido por una armazón de costillas, frías como el plomo.

Y mis lágrimas bañaban como raudales de agua salada, las mejillas sin color y sin frescura.

Ví que era la tarde de la vida.

Por qué lloraba yo?

IV.

La alcoba tiene el olor asfixiante de un cirio apagado, cuya pavesa aún humea en opalina espiral.

El desmantelo de los muebles y el silencio de los labios y los pasos cautelosos, como señal de respeto póstumo á los séres que vinieron y se ván, denunciaban ese frío que, helando el organismo, paraliza el corazón.

Las papilas reberverantes con el cristal de una lágrima mal enjugada, el cuchicheo de voces, los suspiros tal vez ahogados, tal vez echados al viento como el quejido de la pena.

Todo era allí lúgubre.

Todos lloraban.

Y yo, reclinada en mi lecho de tablas, cubierta con el vaporoso ropaje de una sábana, reía por la primera vez en la plenitud de la dicha.

Oh!...reía al partir en mi lecho de tablas!

Por qué lloraban ellos? por qué reía yo?

CARTA LITERARIA.

SEÑOR DON TEOBALDO E. CORBANCHO.

Distinguido poeta:

Todavía pasan ante mi mente las dulcísimas imágenes de la última fiesta literaria, en que celebramos la lectura de su bello poema la *Escanciadora de Samaria*; aún vibran en mi alma las últimas estrofas por usted declamadas:

No pensó en que la fé, sol de su infancia.
No era la misma que en Salén ardía;
Rindióse ante la excelsa Tolerancia,
Y oh! sublime Piedad!... ¡latió tu día!

A este recuerdo y á esas notas quiero consagrarles mis toscos perfiles, cuya carta de paso solo puede invocarse por la

rectitud de miras con que vengo, como de costumbre, á quemar un grano de incienso en el altar de la poesía patria, donde creo que existen poetas puesto que hay quienes producen estrofas como las de *Los dos rosales* del laureado Rossel, las *Violetas* de Delgado, de la *Invación* de Amézaga, del *canto á la Pátria* de Leguía y Martinez, y tantos otros que sería largo enumerar, advirtiendo que cito solo á mis contemporáneos.

Ha hecho usted un bello poema, á cuyo frente en vano buscaríamos las tres palabras de Petronio *Cum insanientibus furere,* invocadas por el inmortal Parodi después de sus comienzos idealistas.

Usted ha fabricado un edificio de piedra en cuya cúpula está la esperanza en el símbolo de la cruz; encerrado en la nave el grán pensamiento filosófico de la TOLERANCIA, y por ésta, la realidad de la salvación. Y para que nada tenga que echar de ménos el arte, ha puesto usted:

Las quemantes arenas del camino
Igneas centellas de chispeante fragua,
Que
A los rostros dán tinte purpurino
Y hacen soñar con surtidores de agua.

Y lleva usted al Maestro divino bajo la fronda del coposo árbol, imagen de la fe, donde su palabra potente vibra sobre el espíritu de la mujer de Samaria, cual la perla caída sobre la tersa superficie del trasparente lago, donde primero oscila y después busca su centro, se sumerje, y, brilla!

Canta usted no con el *rumor de besos ni batir de alas*, sinó toma la guzla del sicomoro y dá notas de esperanza de amor, de redención! Ese es el poeta que la triste humanidad necesita; ése que vaya por el áspero camino de la vida derramando rosas, como la hada de blanco ropage hecha de rayos de luna y gotas de rocío que vió Joaquín Palma, y cantando como paloma que remonta el vuelo á las regiones de lo infinito. Poquísimas veces he *hecho versos*, por la idea que abrigo de que la poesía es inspiración divina en ciertos momentos lúcidos del alma. La poesía es sentimiento, es luz y es dolor. Dichosos los que pueden sentir siempre para cantar siempre. Por mi parte, detesto al poeta que nos habla de la aridez, de la bacante, que hace estremecer nuestras carnes

con el lápiz de bestialidad colorista ó arranca á la lira sólo la nota del supremo dolor, pàra quitarnos las ilusiones, dejando en cambio la roca donde no brotan florecillas, ni corren manantiales, ni se posan aves de vistosos plumajes y cantos de amores, ni revolotean mariposillas de matizado color, pues todo huyó ante la presencia del atèo envuelto en su negro manto de escepticismo.

Aquellos infelices propagandistas de la cantárida en forma de verso, y estos que pregonan la negación y la nada en frase corta, no son los hijos de *Píndaro*, tiernos y confiados como niños; alados como ángeles que están de paso por la tierra hacia la patria inmortal, y cuyo lenguaje dejan comprender en el laúd de la tierna poesía.

Soy de las que, como Valera, creen que la relígion vale más aún como bálsamo que como freno.

Sólo Dios, por su misericordia infinita, perdona después del arrepentimiento, en atención á la flaqueza y miseria de la voluntad humana. Dios es el perdón, la conciliación, la paz, la resurrección. Dios es amor, Dios es la vida del espíritu á quien

el pecado ó el crimen mata. Suprimido Dios, el hombre no se salva, no se perdona, no se disculpa, no se redime. Por eso son impíos los que no saben perdonar. Dios funda la ley moral, no tanto porque castiga y premia, sinó porque sin Dios no se explica la ley moral en el alma, habrá Dios en el alma y esperanza en la pena.

Bajo este punto de vista, el poema de usted viene á ser una necesidad de la estética que pide lo bello para el complemento de la belleza.

Así lo siente y lo comprende usted, sin duda, cuando nos dice hablando del Nazareno:

Viene del campo en la solemne calma
A sentir la fruición del aislamiento,
En lo infinito á sumergir el alma,
A darle libertad al pensamiento!

A meditar en los hermosos dias
Que burlan de los tiempos el conjuro;
Aquellos que en los cantos de Isaías!
Brillan como alboradas del futuro!

No ha sido mi intento juzgar su poema, que para ello harto incompetente debo ser, y porque ya le acompaña el levanta-

do criterio de los que suelen reunirse en los modestos salones de la calle de *Caillo-ma*, alentadores de las nacientes glorias nacionales, respetuosos con las reputaciones formadas, llevando siempre la palabra de entusiasta aplauso para los hermanos de las otras secciones americanas, llámense ellos Sosa, Rubén Darío, Nájera, Arízaga, Obligado, Mirón, Acosta, Prieto, Peza, ú otro cualquier nombre que en nuestra república literaria, significa poeta y poesia.

Usted ha cosechado merecidos laureles en ese centro íntimo, yo le envío esta hoja de papel para que ella sirva de cubierta á la *Escanciadora de Samaria.*

LENGUA MALDICIENTE.

HISTORIA QUE PARECE NOVELA.

I.

Hasta aquel día todo había pasado entre ellos con la apacible calma del amor colmado, comprendido y satisfecho.

Tomasa y Rafael.

Ella para él: él para ella.

¿Qué corazones más felices palpitaban en cuarenta leguas á la redonda del valle y la pradera? Jamás la nube de los disturbios domésticos había sombreado este matrimonio, ni deshéchose en lluvia de perlas por los ojos de la bienaventurada.

Más que marido y mujer, parecían dos hermanos mellizos, concebidos en una de esas noches de verano tibias, olorosas,

arrobadoras, con oleajes de aire excitante de pasión, de luz, de besos recogidos en los frescos labios del alado niño.

Idénticos gustos, ideas semejantes, complacencias con ternura de paloma y caricias de adolescente; belleza corporal diferenciada en el rostro únicamente por los ojos pardos de ella, rientes, sobre una cara de alabastro como alas de mariposa, batiéndose sobre la corola de una azucena, y los ojos negros de él, relampagueando con luces de acero, allá, equidistantes del sedoso bigotillo, acariciado mil veces al día por la minúscula manecita de la bella.

Cuando salían juntos, asidos de las manos, él con el sombrero echado atrás, ella con el delantal de muselina batiendo al aire; eran la envidia de las madres con hijas casaderas, el sonreír de los hombres honrados y el *sábado de gloria* de la comarca, donde todo era alabanza para aquellos niños cónyuges.

—Bendígalos Dios!

—Guárdelos Dios!

—Quién como Dios!

Decían en coro los campesinos; y, cuando llegaba la estación de la trilla y se al-

zaban los montones de trigo más amarillos que el oro, más codiciados que el oro; en unión de los viejos de cansada cantinela y de la fe del carbonero, repetían alzando en alto las aventadoras de madera:

—Cómo no habrá cosechas tan ricas, cuando existe casamiento tan santo!

—Bendígalos Dios!

—Quién como Dios! Y la frase paseaba en alas del céfiro por los campos perfumados con el trébol, la verbena y las habas.

II.

El tiempo fué rodando en su carro de pesadas ruedas, devorando los días, los meses y los años.

Muchos de los viejos, y aún de los jóvenes que bendecían á Dios por causa de Tomasa y Rafael, dormían ya, en el seno de la tierra, el frío sueño con cosquilleo de gusanos. Y la tierra seguía dando espigas repletas y doradas.

Tomasa había engrosado con la edad, adquiriendo ese busto, lleno de carnes suaves, duras y aterciopeladas que en la mujer constituyen el eterno desesperante masculino.

Rafael, con la exúberancia del roble, ya

no era el mismo de lejanos días. Caviloso y taciturno, algo extraño dejaba adivinar por el brillo frío de los ojos apagados y ojerosos. Su sueño era turbado por sacudimientos nerviosos, en que la carne brincaba como el pez sacado á tierra.

Al mismo tiempo, en los ojos de Tomasa se extendía la nube de la oculta tristeza, ya negra, ya cuajada de lágrimas enjugadas á hurtadillas con el dorso de la mano ó con la orla del delantal de muselina.

Rafael, Rafael!

¿Qué extrañas misteriosas escenas tenían lugar en aquel nido de amor, fabricado por el afecto de la adolescencia?

Un día que Rafael pasó con pisada tarda cerca de la era donde se trillaba la cosecha del trigo más amarillo que el oro, más codiciado que el oro; uno de los labradores pronunció un mote fatal:

—Borracho!—dijo, y siguió aventando nuevas paletadas, apartando la mirada del desgraciado.

Rafael frecuentaba el garito donde se escancía el aguardiente junto á la mugrienta baraja comprada en la *feria*.

Y Tomasa, triste y sola, suspiraba por el bien que huyó del hogar santo, el día

en que su marido hizo la primera apuesta sobre el inícuo tres de bastos, y llevó á sus labios la primera copa de aguardiente con la sed del desquite.

III.

No solo llovía, diluviaba en aquellas praderas donde florece la muña y el mastuerzo de lozana campanilla.

El cielo, cubierto de negros nubarrones y la tierra cruzada por cintas de fuego que arreciaban la tempestad.

Las palomas plomizas y los tordos de pico amarillo, entumidos en la copa de los sauces; los corderillos refugiados en las crestas del peñascal, y las gallaretas con la cabeza escondida bajo el ala, daban al paisaje la imponente tristeza de un día de tormenta en la sierra del Perú.

Tomasa también, como la paloma sin árbol, sin nido y sin sol; contemplaba la caída de la lluvia, pensando en el adorado y en las horas tranquilas y felices de los días que pasaron para no volver más.

La noche se aproximaba y
la noche, llegó Rafael destilan
de su ropa, inyectados de sangre

crispadas las manos, secos los labios, áspera la boca, la respiración vaporosa y quemadora; y agarrando de los brazos á su mujer, con ambas manos, la sacudió con fuerza hercúlea.

—Adúltera!...—exclamó frenético, y el desapiadado éco repitió en el espacio las cuatro sílabas de la frase terrible.

—Aparta; todo ha concluído entre los dos, borracho!—respondió Tomasa, libertándose con brusca sacudida de los dos fierros que, en forma de brazos, la sujetaban, dejando caer á Rafael contra la mesa de pino, que sirvió para la alegre merienda de los días felices.

«Todo ha concluído entre los dos»—repitió también el éco en la callada selva, como la risa de un sér cruel que se mofa de las alegrías y de las penas del hombre.

IV.

Qué horas tan serenas y tranquilas llegan siempre, después de las grandes tempestades andinas!

La tierra mojada despide un olor peculiar que parece decir al olfato: trabaja y espera,—como el papel mojado dice al diarista: descansa.

Corrieron los meses desde aquel día fatal en que Rafael vió á un compañero del garito que, levantándose el cabello de la frente en forma diabólica, sonrió con la risa de Mefistófeles y, dirigiéndose á él, hizo alusiones temerarias, de donde salió Rafael en busca de Tomasa para injuriarla.

Seis meses hacía que todo había concluído entre los dos.

Ella llorando en el misterio, serena ante los demás; él, triste y callado como Caín ante la sombra de su hermano.

Un día pudo llorar Rafael, y Rafael estuvo salvado del idiotismo alcohólico.

Las lágrimas de los hombres son aquellas bruscas emanaciones que trastornan el órden natural.

Cuando un volcán lanza lava, se conmueve la tierra. Cuando un hombre llora, es tremendo el dolor que le sacude.

—Es terrible lo que le he dicho á ella: terrible, terrible!—repetía Rafael, tapándose la cara con ambas manos, que se separaban luego mojadas con el bálsamo de los arrepentidos, y el dolor iba á estallar por momentos.

—Las mujeres son buenas, las mujeres

saben perdonar, ella me verá á sus piés y me dirá: levanta, sí, y después de alcanzar su perdón, seré otro, sí otro, por tu gracia, Virgen Madre—dijo Rafael, con la entereza del hombre honrado, en quien renacía su instinto de raza, y fué en busca de la ofendida esposa.

—Tomasa, soy un perro. Te he ofendido á tí, á la más pura, á la más santa, á tí, á tí!... perdona, Tomasa, perdona y olvida!...—y se echó á los piés de ella, juntas las manos en ademán del alabado.

—Todo ha concluído entre los dos,—repuso terca y porfiada Tomasa; y él, presa de un ataque de histerismo, sintió agolparse las lágrimas en coagulones que anudaban su garganta; afluir la sangre en borbotones al corazón, crisparse los nervios como sierpes eléctricas; y los ojos le brillaron con resplandor siniestro.

—Tomasa: no volveré á ofenderte más; perdona!... Esa te ofendió...—y escupió hacia el seno de Tomasa una mitad de la lengua maldiciente que acababa de separar del tronco con sus propios dientes!

.....

Rafael había caído sin sentidos!

EL CORSÈ

Á RÓMULO CÚNEO VIDAL.

I.

Difícilmente puede explicarse el cariño que la mujer ha llegado á tener por este mueble, formado de las barbas de una fiera acuátil como es la ballena.

Más difícil todavía es encontrar el nombre de la inventora del corsé, al que vemos aprisionando el talle de la Pompadour, la Valliere y la Montespán, en la época de las privanzas del rey más mujeriego que tuvo Francia, bajo la chaqueta de Luis XV, ó *equis be,* como leía una señorita mi vecina.

Un sabio alemán supone, y si no es él lo supongo yo, que existió en los tiempos prehistóricos y antidiluvianos, una gran

doncella llamada Adori, hija de Adán y Eva, de la que se enamoraron en una misma estación Caín y Abel, sus hermanos, y que, las disputas y rivalidades de entrambos, tuvieron el trágico desenlace de que Abel fué despachado al otro barrio, no con puñal ni revólver, sino con una quijada de burro.

Uno de los encantos de Adori era su turgente seno con olor á carnes puras virginales, la esbeltéz de su cuerpo, sujeto entre redecillas de hilo que produce el ámbar; y, por esto, presupongo también que el corsé tiene su orígen en respetable antigüedad, y lo recibo como un accesorio á la belleza. Pero, contra lo que protesto, y paso á dar razones, es contra aquella modificación que la mujer del siglo ha introducido en el corpiño primitivo, convirtiéndolo en instrumento de martirio y también en la fuente de las más feas decepciones.

Contaré al caso.

II.

Un jóven inglés, amigo de mi esposo, conoció en casa una adorable criatura de ojos rasgados, fosforescentes, tez ater-

ciopelada, cabello onduloso, perlas por dientes, dos hojas de rosa té por labios, mano pequeñita y diminuto pié. El *gentleman* fué presentado, y á los tres minutos teníamos hombre al agua: estaba verdaderamente enamorado.

Yo miraba las cosas sin verlas, porque el partido era ventajosísimo para mi amiga, pues sabía por experiencia propia la dicha infinita de casarse con un inglés de ojos de cielo y patillas doradas.

Mi Mister, ó más propiamente dicho, el Mister de mi amiga, llevaba el camino muy recto á la vicaría; y entre éstas y aquéllas, resuelto ya á soltar prendas con iniciales, obtuvo de la chica una cita, pero con toda la seriedad sajona.

Debajo de los emparrados del jardín, á las doce del día, debían verse los futuros esposos, y por supuesto que, excusando la puntualidad proverbial del inglés, también ella estuvo antes de la hora.

Todo hacía suponer que el arreglo de partes se haría sin reparo; pero el caballero ó Mister salió taciturno y caviloso, limpiándose los labios con su blanquísimo pañuelo y sonándose las narices sin cesar.

Desde aquel día disminuyó sus visitas, y se entregó á la misantropía más crónica de cuantas he conocido en mi vida.

Ella tenía los ojos coloreados por las lágrimas.

¿Había llorado de despecho, de ira, de tristeza?

¿Qué ocurrió entre ellos?

Era un misterio, al que los largos de lengua y picantes de frase, le daban vuelta y media, sacándose en limpio solo que la chica no se casaba, y el inglés se volvió adusto como un conejo.

III.

Un año trascurrió del suceso triste que dejo narrado.

Todos respetamos el dolor de ellos, sin atrevernos á pedir razones donde no brotaban confidencias.

Era una noche de luna, clara y perfumada por las matas de albahaca colocadas en los surcos de la espaciosa plataforma que dá entrada al salón de recibo.

Yo acababa de servir el *mate*, de yerba del Paraguay, que, de costumbre, se consumía en casa. Ella ocupaba su asiento favorito junto á la ventana, dirigiendo su

mirada melancólica á aquellos emparrados, que eran testigos acaso de una fatalidad, ó de un atentado del que muy lejos estoy de acusar al formalote Mister, por mucho que la experiencia demuestre que esos seriotes también hacen travesuras de calidad.

Serían las diez de la noche cuando apareció él, que venía á paso desmesurado, colorado como un rábano; entró sin cumplimiento, y arrodillándose *in continenti* á los piés de la chica, la dijo:

—María Luisa, no vuelva usted á ponerse corsé, y dentro de seis meses será usted mi esposa. Tome usted mis esponsales.

Al decir esto, puso en el dedo cordial de María Luisa un rico aro de oro, en el que brillaba una piedra blanca con los rayos de la envidia y de la codicia. Era un solitario de diez y nueve quilates.

Como los tintes del realismo han contaminado las acciones más sencillas de la vida, yo misma me dí á pensar pecaminosamente sobre la causa de tan extraño comportamiento del Mister y el rol que

podrá tocarle al corsé en una cita de amor para arreglos matrimoniales.

IV.

María Luisa abandonó el corsé resueltamente.

¡Cuánto la criticaban sus amigas! Cómo la compadecían, creyéndola víctima de una escentricidad sajona!

Pero, visiblemente, fué cambiando su talle de avispa para tomar las formas de mujer.

El Mister, por su parte, cada día se mostraba más contento, más asíduo, y en el mismo día que expiraba el plazo, hizo su esposa á María Luisa.

V.

Días después de realizada la ceremonia y gustado por ellos el pan de la boda, llamé á Mister Thomas y le pedí una confidencia á cerca del misterio en que había envuelto su primera cita matrimonial.

Y él, sacando de la cartera el recorte de una *gaceta medical*, bastante apachurrada y sucia, me dijo, con toda la franqueza de un novio que ya es marido:

—Aquel día, señora, estuve loco de

amor, y creyéndo ya mía á la mujer adorada, acerqué mis labios para beber el néctar de su boca, y...., caí sin sentido, desmayado por un aliento.... envenenado!

Casi estaba resuelto á suicidarme, viendo la desventura de Maria Luisa y mi eterna pesadumbre. Este papel, y la docilidad de mi novia, me han salvado de una tragedia, y hoy puedo besarla aspirando el ámbar de una boca tan linda y voluptuosa como es su boca.

VI.

Copiaré el contenido del papel para conocimiento de mis lectoras que, por desgracia, no tuviesen olor á rosa ó clavel.

«Mis largos estudios ginecológicos (habla un médico alemán) me llevaron á otra observación importante sobre las funciones del hígado, cruelmente torturado por el ajuste del corsé, y descubrí como causa única del aliento fétido en las mujeres, la compresión dada á la cintura, que estanca la bilis y degenera las funciones anexas á la circulación de la sangre».

Desde que leí esto, cuando veo una mu-

chacha bien empaquetada en el teatro, en el paseo ó en el baile; pienso sériamente sobre si embalsama ó no embalsama la atmósfera.

J. A. PÉREZ BONALDE

¡Há muerto!....

¡Cómo se rompe una lira tan vibrante y tan rica!.....

¿Por qué mueren los poetas?

¿Por qué se extingue el fuego de la idea que ilumína?

¿Por què se enfría el corazón que ama?.....

¡Ah! en el curso de las transformaciones viológicas, todo debe cambiar de forma.

Y, el que pasa en la vida, es para dar campo á otro que viene.

Pero no todos los que ván á lo desconocido, se llevan á la tumba el bagaje de la existencia.

Los que viven, como vivió Pérez Bonal-

de, cantando la gloria, amando la justicia, divinizando el amor, al son de la lira ó al martilleo de la pluma, dejan su alma en girones para que, eternamente, vague entre la tierra y el cielo.

Pérez Bonalde era redactor en jefe y propietario de «La Revista Ilustrada» de Nueva York, y su patria, Venezuela.

Fué el valeroso defensor de Sud América.

Fué el ilustre y querido amigo de mis doce años.

Mis libros de recortes están llenos de su nombre, ornado de pensamientos y de helechos, miniaturas femeniles que ese parentezco, ese amor literario, dibuja en torno de aquellas producciones que matan la pena y renacen el entusiasmo.

Ah!....

Qué negra veo la tinta con que escribo la noticia de la muerte de mi amigo!

Más negra es la pena que ella origina al corazón.

¿Por qué mueren los poetas? Por qué se apaga la luz que ilumina la idea?....

ANTONIA GALINDO.

La liberal, la pensadora República de San Salvador acaba de experimentar una pérdida que, justamente, ha arrancado notas dolorosas al laúd de los poetas.

La gaya flor nacida á las márgenes del Acahuapa, cuyo perfume delicado aromatizaba los centros literarios de San Salvador, ha doblado su tallo para siempre.

Antonia Galindo ha muerto en la plenitud de la vida.

Contaba 35 años de existencia, y su lira, que aún prometía los mejores cantos entonados en la edad de la razón, ha en-

mudecido, rotas sus cuerdas de oro para no vibrar ya!

Hermana del notable hombre público y prestigioso escritor Francisco E. Galindo, la poetisa cuya muerte han recibido como una desgracia de familia los cultivadores de las letras en América, enriqueció el Parnaso de su patria con producciones llenas de espiritualismo donde campea la brillantéz de la imaginación y se manifiestan los efluvios de los corazones ardientes.

Antonia Galindo fué una poetisa de vocación.

Sus versos son verdaderos matices del florestal.

Con cuánta propiedad dibuja su propio corazón en el canto *La Naturaleza*, cuando dice:

«Amo el silencio
de los desiertos,
la oscura tumba,
la eterna paz;
los grandes campos,
y los conciertos
que allá en el bosque
se oyen no más.

Donde se exhalan
vagos aromas,
donde se siente
dulce el vivir:
donde los llanos
y verdes lomas
hacen la dicha
pura sentir....

.....

Naturaleza hermosa, yo te admiro,
tú eres de Dios reverberante espejo,
á Dios adoro cuando yo te miro,
que es tu belleza del Creador reflejo.
.....»

Citaría todo el canto si fuese á escoger las bellezas que en él campéan. La poetisa tiene otras obras de indisputable mérito, como las tituladas *La Tarde* y *Á Isabel;* pero donde resplandece todo el brillo de su rica imaginación y se revela toda la ternura del alma, es en la que dedica á su madre, y llora:

Sobre la losa de su tumba fria....

Y allí interroga al sauz de fúnebre enramada, donde vaga de noche esa alma virginal á la lánguida mirada de la luna, y dícele:

«Entre tus ramas soñolientas vaga,
Quizá su acento melodioso y suave,
Como un éco lejano que se apaga
Y que este mundo repetir no sabe.»

En las composiciones que Antonia Galindo publicó bajo el anagrama de *Antonina Idalgo*, sobresalen las cualidades de un espíritu reflexivo y apasionado, pronto á entusiasmarse por todo lo grande, lo bueno y lo bello.

La Guirnalda Salvadoreña le ha dado el segundo lugar entre las poetisas de mérito, y la *Literatura Americana* del señor Batrés Jáuregui, le ha consagrado encomio justiciero.

Yo, que tantas horas he pasado, en mi juventud, mirando de cerca esa estrella brillante en el cielo literario; yo que tantos vínculos de confraternidad literaria tengo con la Patria de Antonia Galindo, debía pagar un tributo de dolor cuando se apaga esa estrella, y colocar una *siempre viva* en *Los Andes* peruanos, para la escritora que vivió como viven las aves venidas del Paraíso, y solo de paso.

Cantó: sonrió la pradera!

Desplegó las alas y subió al cielo!

MEZCLILLA.

Á BENJAMÍN B. SÁEZ.

El concurso artístico promovido por la señora Concha de Concha, cuya filantropía aplaudimos desde luego, ha dado márgen á discuciones relativas al fomento y cultivo de las bellas artes en el Perú, y no faltan quienes pidan la fundación de Institutos y Academias.

Está muy bien, si, nosotras también amamos el arte y querríamos ver levantarse en playa peruana un nuevo Merino ó Lazo, ya que no un Rubens ó Miguel Angel; pero recordando el camino seguido desde 1410 en que por primera vez se pintó el primer cuadro al óleo sobre un lien-

zo; llevados por el sentido práctico que otorga el estudio comparativo en el desarrollo intelectual de los pueblos viejos, hoy dueños de escuela y estilo propios, tenemos que confesar que la florescencia de las bellas artes, es consecuencia inmediata del perfeccionamiento social.

Vamos á formular nuestro pensamiento, sin las reservas que impone un amor mal entendido al terruño.

En nuestro país hemos dado en el error de tomar las cosas por solo el espíritu de imitación á las naciones europeas, sin resolvernos á pasar la infancia que necesariamente tuvieron aquellas, y tomamos las cosas no por el principio como el hombre cuerdo, sino por el fin como el alienado que fabrica el techo de la casa sin haberle dado paredes que lo sostengan. No podemos resignarnos al trabajo sobre campo preparado, y de ahí nace el ridículo de querer colocar cuadros con marco de oro, en habitaciones sin tapices, y de allí resulta que buscando la belleza tocamos precisamente con elementos contrarios á toda regla de estética.

Recorramos un pequeño circuito, limi-

tando nuestra mirada solo á aquello que quepa en los estrechos límites de un artículo de periódico.

En literatura aspiramos una atmósfera saturada de sales francesas. Las pocas novelas que existen en el país son narraciones de sociedades europeas donde para nada, (ni hay por qué), entran las costumbres nacionales. En poesía nos vestimos con ropajes prestados y aun envejecidos por otro dueño, y por ello nuestros bardos cantan con la entonación zorrillesca, becqueriana, campomarina ó nuñezarcesca. En música lo que brota de la fantasía cromática son vals y mazurcas los dos únicos géneros importados por Strauss, Thomas ó Smith. Y en pintura? Aquí se estrecha todavía más el horizonte, y, hay fundado motivo.

Por qué?

Por falta de preparación, porque las bellas artes no brotan como la maleza en cualquier parte, sino como la sensitiva; porque la inspiración artística es el reflejo de un espíritu educado, es la cúpula del régio capitolio, es el complemento de la civilización y de la holgura de los pueblos.

Precisaremos algo más nuestras ideas.

El fomento del progreso material y la instrucción de un pueblo, es el secreto para impulsar las bellas artes.

El hombre acomodado que posee cierto grado de instrucción, aspira á rodearse de goces espirituales; y de la mayoría de seres que pueden pagar, vive la minoría de artistas que puede crear, resultando que aquellos le dan estímulo y la naturaleza les brinda inspiración.

Si en nuestro país engrandeciéramos la esfera de acción de las industrias, si nos ocupáramos algo más del comercio y de la fábrica, multiplicando relativamente las escuelas, nacería por sí el arte, robusto, altivo; con vida propia, y el novelista, el músico y el pintor, hallarían sin salir de casa, aquel, la urdimbre de su libro; éste la nota del pentágrama, ese otro el colorido del pincel, todos recompensados, estimulados por aquellos que, poseyendo el fruto metálico del trabajo industrial, se hallan en posibilidad de satisfacer las exigencias de su espíritu.

Si antes no colocamos los cimientos para el gran edificio nacional, preocu-

pándonos de la holgura del pueblo por el ensanche del comercio, estaremos condenados á representar el tristísimo papel de pobres tísicos, contemplando seres raquíticos, incapaces de producir hijos con dotes inmortales.

TRINIDAD M. ENRÍQUEZ.

También ella! Corazón generoso y magnánimo, frente erguida con los resplandores del pensamiento! ¿También ella, se ha recostado para siempre en el lecho de la paz?

Esto nos dijimos, cuando al revisar nuestra correspondencia del sur, recibimos la infausta nueva de que, el 20 de Abril (1891) había dejado de existir en la ciùdad del Cuzco, nuestra ilustrada compatriota Trinidad María Enriquez.

En su cuerpo delicado, casi infantil, moraba un espíritu superior nutrido por una instrucción poco comùn; que le hizo sostener las más avanzadas ideas del si-

glo. Alma mártir sufrió resignada todas las persecuciones del mal clero, cuyo poder se basa única y esclusivamente en la ignorancia de la mujer; en cuya práctica para nada entra la sublimidad de la enseñanza del Divino Mártir de la Cruz, regenerador de la mujer, rescatada por EL de su condición de cosa á la dignidad de persona; en cúya doctrina no existe la ternura del Pastor que va en busca de la oveja descarriada para llevarla en brazos al redil, sino el látigo del padrastro que arroja á los huérfanos al desierto de la desesperación!

¡Cuánto sufrió Trinidad M. Enriquez, execrada en los púlpitos! Trinidad M. Enriquez en otro escenario habría sido una notabilidad, porque contó las dotes precisas para llegar á la altura.

¡Cuántas veces la pidieron que saliese de los terruños de la sierra, recordándole las proféticas palabras de Garcilaso de la Vega, cuando deteniéndose á la salida del Cuzco dijo: *adios tierra ingrata, madre de los extraños y madrastra de tus propios hijos!* Pero Trinidad M. Enriquéz amaba como debía amar, como todos amamos la tierra donde se nace, y por eso tocó las

puertas de la Universidad del Cuzco, para cursar Jurisprudencia, y en el Cuzco abrió la cátedra para los hijos de los artesanos, legándoles su biblioteca, y en el Cuzco quiso sufrir todo el martirio de una alma delicada arrastrada hacia el precipicio por ese torrente espeso de lodo que se llama fanatismo.

Ya está libertada.

Descanse en paz!

Nosotras disentíamos en muchos puntos de sus ideas filosóficas, pero sabremos honrar su memoria con la sinceridad con que lamentábamos sus desgracias.

¡RUEGA POR MI!!

Á LUCILA HORTENSIA CÁCERES

I

A la márgen de arroyo cristalino
sentada ayer la candorosa niña,
de su menudo pié y alabastrino
índolente mojaba
el ampo escultural, y deshojaba
la rosa más felíz de la campiña.

En la ribera del undoso río,
triste y solo, sumido en sus dolores
el INFORTUNIO compañero mío
sus lágrimas vertía,
que del arroyo en la remansa vía
á juntarse llegaban con las flores.

Cuando flores y lágrimas llegaron
unidas de la mar á lo profundo,
algas y conchas en su seno hallaron
donde habitar serenas,
del dolor al abrigo y de las penas
que son el patrimonio de este mundo.

II

Las purpurinas hojas de la rosa
que en ramas de coral se han convertido,
al arrullo de la onda cariñosa,
que en perlas ha cuajado
las lágrimas también, enamorado
con su corriente besa el río unido.

Ah! de la vida en este mar sin calma,
tras el brillante prisma y encantado
de aquella edad de rosa en que nuestra alma
en sus ensueños de oro,
ve azul el cielo de su ideal tesoro,
perlas mil y corales he encontrado.—

Corales, en las rosas de tus labios
y perlas, en las perlas de tu boca,
que del dolor disipa los agravios
con sola una sonrisa,
más dulce y pura que la fresca brisa
que el bardo amante en su ilusión invoca.

III

Cuando la sangre entre las venas ruge,
del alma, al fin, la tempestad estalla
y todo cede á su feroz empuje!
En tan tremenda hora,
niña, ruégale á Dios por la que llora
de aquesta vida en la crüel BATALLA!!

Julio. 1893.

ROCÍO.

PARA LA CORONA ANGÉLICA DE LA NIÑITA
CÁRMEN CATALINA IBAÑEZ.

Era una gota cristalina y pura
del brillante rocío matinal,
posada en el capullo de una rosa,
encanto de los céfiros del mar.

Esa gota lució como una perla
á los rayos expléndidos del sol,
y al calor de esos rayos fulgurantes,
en su nido de amor se evaporó.

Mas su esencia, salvando los espacios
de la impalpable inmensidad azul,
se elevó á las expléndidas regiones
de la inmortalidad y de la luz.

Febrero—1893.

A MARIA SANTÍSIMA

I.

Resplandeciente aun mas que las estrellas,
Cual la tierna sonrisa del Señor,
Pura de Mayo cual las flores bellas
Eres, María, tú, Vírgen de amor.

Por eso el Padre, de entre mil doncellas
De sublime virtud y gran candor
Te escojió sola á tí de todas ellas,
Para la madre ser del Salvador.

Y por eso yo á tí, Vírgen María,
Te llamo con fervor mi dulce amparo,
Mi madre celestial y mi alegría.

Sé, pues, de mis dolencias el reparo,
Y, en este mundo que protejes pía,
Mi norte, guia y mi celeste faro.

II.

Con la brillante luz que se desprende
De tus divinos ojos, madre amada,
Y que la fe en mi corazón enciende,
Cuando absorta contemplo tu mirada,

El camino del bien mi ánima emprende
Con tu apoyo feliz, por tí inspirada,
Y el régio vuelo de sus alas tiende
Hasta la azul inmensidad deseada,

Tú, que me alientas con tu amor, piadosa,
Llano tornando el escabroso suelo
Donde mi senda se marcó penosa,

Y que eres siempre mi único consuelo,
Mi espíritu recibe cariñosa
Para que viva junto á tí en el cielo.

Mayo—1877.

DOS AUTÓGRAFOS

PARA EL ÁLBUM DE MARÍA V. ARAOZ DE TORRICO

I

En mis veiente fugaces primaveras
con los celajes ¡ay! de mi ilusión,
grabé en letras de fuego temblorosas:
ETERNO AMOR!...TUYO ES MI CORAZÓN!...
Autógrafo trazado sobre arena,
que el Tiempo en alas de Simoún borró.

II

En los tranquilos días del otoño,
con mano firme y hendidor buril,
sobre el terso cristal del ancho cielo,
AMISTAD!...DULCE BIÉN MÍO, escribí.
¡Oh autógrafo trazado con mis lágrimas,
consuelo bienechor, brilla sin fin!....

Lima, 1893.

¡DE VUELTA AL CIELO!

A mi querida amiga Fabiana G. V. de Dianderas, en la muerte de su sobrinito Jose Augusto Pinillos.

De la región feliz donde los astros
giran en torno de su padre, el Sol,
desprendióse fugaz un rayo ardiente
cual nueva aurora de infinito amor.

Y, un solo instante, de su faz hermosa
la claridad purísima brilló,
sobre las ondas de la mar salobre
de esta vida de penas y dolor.

—Yo no quiero palpar los desengaños
de este mundo de eterna maldición—
dijo, y plegando las doradas alas
á su centro magnífico tornó.

¿Por qué llorar, si á la región divina
vuelve la esencia del más puro amor?....
¡Cómo pudiera mi abatido espíritu
volar sin tregua, hasta llegar á Dios!....

Marzo—1893.

OFRENDA (*)

Cuando se apaga una luz de resplandor propio en la tierra, brilla un astro de perenne fulgor en los cielos.

Tal sucede al presente.

Ella, la de imaginación soñadora, la de corazón de niña, la de alma gigante para el infortunio; ella, la que cruzaba entre nosotros el sendero de la vida con la planta ensangrentada por espinos y guijarros

(*) El número 19 de *Los Andes*, correspondiente al 19 de Noviembre de 1892, lleva el retrato de la novelista argentina y todo el material literario está consagrado á la memoria de aquella. De allí tomamos los dos trabajos que siguen.
Nota de los Editores.

y la frente coronada de laureles; JUANA MANUELA GORRITI ha reclinado para siempre su cabeza pensadora en el oscuro lecho de un ataúd; y en el cielo literario aparece una nueva constelación inmediata á las que reverberan con los inmortales nombres de Jorge Sand, Fernán Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Carolina Coronado.

Las crudas mañanas invernales iniciadas en Buenos Aires, comenzaron á agostar aquella flor del ingenio americano.

Todos principiamos á temer por su vida; ella la primera.

Desde hace un año sus cartas nos hablaban incesantemente del viaje eterno.

Ah! ¿Y quién había de decirnos que los primeros cipreses colocados en *Los Andes* serían rociados con la sangre de nuestra alma, para la madre incomparable, para la amiga sin par, para la escritora que llenó América con el fruto riquísimo de su talento privilegiado?

La hora debía llegar, empero.

Era la mañana del 8 de Noviembre.

El cielo estaba triste y todavía temblaban en los cristales de los faroles las go-

tas de una lluvia menuda y constante que cayó gran parte de la noche.

Lima, esta ciudad que *ella* amó hasta el último instante de su vida, parecía adelantarse á la desgracia; amaneciendo como la virgen triste y llorosa que esconde su rostro detrás de las cortinas de un lecho de flores.

Y, horas después, el cable nos trasmitió la fatal nueva; y esta Lima amada por la espiritual novelista, pagaba el tributo de cariño llevando su nombre, de labio en labio, de corazón en corazón.

Ella había muerto en la ciudad de Buenos Aires el día anterior, 7 de Noviembre, de 1892, y para nosotros fué el golpe galvánico que paralizaba las fibras más delicadas del corazón filial.

Morir tan lejos!

Acaso no merecimos tener junto á nuestro seno esa expléndida cabeza moribunda, para besar sus cabellos de plata, y pedirla, otra vez mas, la bendición celestial que tantas otras nos envió en las horas de la congoja!

Tal vez el dolor que hoy nos destroza

el corazón entrañará el castigo por no haber acudido á sus llamadas repetidas y exigidas con maternal ternura!

¡Dios infinito!.....

El sabe lós designios del ser y del no ser; pero también aquilata la tortura al desgraciado que se separa en la tierra sin decir: «adiós» á los que ama y se van.

Mas ¿á qué la desesperación?

Ella que tanto soñó despierta, seguirá soñando en su lecho de mirtos y siempre-vivas; lecho perfumado con el aloe y los ámbares de la caridad cristiana, que fué la más brillante de sus virtudes; lecho santo en cuya cabecera, como en el sepulcro que dejó vacío el Justo, velarán los ángeles de vaporosas túnicas, porque ella sufrió mucho y amó mucho.

Su nombre, respetado y querido, fué y será en América lo que el nombre de Víctor Hugo en Europa.

El testamento de inmortalidad que deja escrito, no es corto.

El astro que alumbra su gloria es todo un sol, cuyos rayos no pueden perderse en medío del tiempo ni de las edades.

Cada cláusula de aquel testamento lle-

va un rayo de este sol eterno, y sus páginas son hechas de flores que ni se marchitan ni se descoloran.

Sueños y Realidades, Panoramas de la Vida, El guante negro, El Pozo del yocci, La Quena, Oasis en la vida, Miseláneas, Juez y Verdugo, La hija del Mashorquero, Gubi Amaya, Perfiles Contemporáneos, Confidencias, Leyendas Bíblicas, Escenas de Buenos Aires, Visita al país natal, Leyendas Andinas, Recuerdos del 2 de Mayo, Veladas de la Infancia, Peregrinaciones de un alma triste, El ángel caído, Quien escucha su mal oye, El tesoro de los Incas, Una hora de coquetería, Gümes, El General Vidal, La novia del muerto, El lecho nupcial, Tres noches en una historia, Una noche de Agonía, Un drama en el Adriático, Una apuesta, Cocina Eléctrica. Estos son los títulos de las obras que deja publicadas; quedando en prensa: *Perfiles divinos y Veladas de Lima.*

Ninguna otra escritora americana y aun europea, puede ofrecer al mundo de las letras un legado más rico. Y quien parte dejando en pos aureola tan luminosa, es claro que se acuesta en la tumba

para seguir viviendo la vida de la inmortalidad concedida al Génio.

.....

JUANA MANUELA.

.....

Pensando en sus glorias y sus triunfos hemos amortiguado el dolor!

.....

¡Oh! Tú no has muerto; nó!

Consuela el alma, por Dios!

Otra vez llámame hija; otra vez reune junto á tu docel de gloria á mis hermanos en letras y mándanos amarnos como nos amaste tú.

Antes que escritora fuiste madre.

«Si ante tus glorias América se inclina, ante tus penas yo supe llorar.»

Nó, nó; tú no has muerto como mueren todos!.....

Aquí, en *Los Andes* que simboliza mi patria, hemos plantado un ciprés, y bajo su apasible follage, que presta sombra cariñosa, está escrito tu nombre querido, que América leerá perdurablemente.

JUANA MANUELA GORRITI.

.....

BIOGRAFIAS

Muchos literatos de respetable talla han consagrado á la señora Gorriti largas veladas para ocuparse de la biografía de aquella distinguida romancista americana. Las mas completas á nuestro juicio, son las que se deben al que fué señor Ministro de Venezuela, doctor Torres Caicedo y al doctor don Pastor S. Obligado, siendo esta última la que descuella por la exactitud de fechas y sucesos, pues fueron consultadas por el ilustrado autor á la misma esclarecida escritora en el año 1878, cuando la turista americana dejó Lima para visitar Buenos Airés, donde fué recibida por las matronas bonaerenses que le ofrecieron una medalla de oro

é inscrita entre los socios de la *Sociedad Tipográfica Bonaerense,* y uno de los bardos del Plata la saludó con las siguientes estrofas:

.....

Alondra que fugitiva
Vuelve al ombú de su casa:
El sol de Mayo sonríe
Al verte á orillas del plata;
Y Buenos Aires se siente
Dichosa con tu llegada.

Si te llora ausente Lima
Y Bolivia te reclama,
Envuélvete en la bandera
Que ostenta el sol sobre plata,
Que tras su potente egida
Sabrán que estás en tu patria.

.....

El doctor Obligado dice refiriéndose á la época en que nació su compatriota: «La señora doña Juana Manuela Gorriti nació en Orcones, antigua Estancia cerca de la frontera de Salta, el 15 de Junio de 1818 y no el año diez y nueve como equivocadamente afirma su biógrafo el señor Ministro de Venezuela doctor Torres Caicedo; siendo sus padres el General doctor don

José Ignacio Gorriti, tan inteligente soldado sobre el campo de acción, como ardiente orador en el seno de las Asambleas, hermano del no menos célebre tribuno, el elocuente Canónigo Gorriti, cuya palabra fácil y persuativa dilatábase como un éco límpido de plata en el memorable Congreso del año veintiseis, como en el que diez años antes sancionó la solemne declaración de la independencia en cuya acta se lée el nombre ya célebre de José Ignacio Gorriti; y doña Feliciana Zuviría hermana del erudito abogado de este nombre, prominente figura también desde aquella época.»

A los ocho años fué llevada á la ciudad de Salta y confiada su educación á un colegio de monjas Salesas que la acogieron con ternura y siguieron sus pasos literarios con interés porque descubrían el foco de luz que irradiaba en la mente de la niña; pero la alondra del bosque mal podía avenirse al encierro por mucho que las rejas fuesen de oro. Enfermó de melancolía y forzoso fué volverla á sus campos, bajo el dulce calor maternal, donde vivió los únicos días de sonrisas la que tanto

iba á llorar después en la *vía crucis* de la existencia. Ella misma nos ha descrito en las admirables páginas de *Sueños y Realidades*, la primera etapa de su vida cuando habla de ORCONES y con la pujanza de una imaginación oriental se interroga á sí después de las peregrinaciones tristes. «Orcones! hogar paterno, montón informe de ruinas, habitado solo por los chacales y las culebras, qué ha quedado de tu antiguo esplendor?

Tus muros yacen desmoronados, los pilares de tus galerías se han hundido, cual si hubieran sido edificados sobre un abismo. Apenas si las raíces sinuosas de una higuera, y el bronceado tronco de un naranjo, señalan el sitio de tus verjeles. A la ruidosa turbulencia de tus fiestas ha sucedido el silencio y la soledad. Tus avenidas están desiertas, y la yerba del olvido crece en tus umbrales abandonados. Un día la fatalidad penetró en tu alegre recinto, arrebató á tus huéspedes desprevenidos, y los esparció en los cuatro vientos del mundo. ¿Qué fué de ellos? Unos cayeron agoviados de cansancio; los otros marchan aun en las penosas sendas de la

vida. Si un día los llamaras, algunos responderían con un gemido: por los más hablaría sólo el silencio de la tumba. Es fama que sus almas bajo el blanco sudario de los fantasmas, vagan en la noche, renovando entre tus escombros el simulacro de tu existencia.

La guerra llegó asolando las risueñas comarcas donde nacieron los abuelos de quien escribe estas líneas, comarcas queridas donde para nosotros todos los rostros sonríen con amor de familia, y el General Gorriti salió proscrito de su patria, en compañía de su familia.» Los proscritos hicieron su primer alto en Tarija (Bolivia) ciudad pintoresca como tibio nido de alondras escondido en lo más profundo de los valles andinos, y en ese nido despertó el corazón más grande de mujer.

El amor es el perfume espontáneo de las almas grandes.

Entre los oficiales del batallón 3 de línea que guarnecía Tarija á la llegada de los proscritos, encontrábase un joven capitán que, víctima de un ódio misterioso del General Santa Cruz, entonces Presidente de Bolivia, había sido arrancado de su brillante posición en el batallón 9 de línea y

relegado allí como supernumerario: humillación que él llevaba con la frente erguida, cual si divisara ya los altos designios que la fortuna le reservaba.» (1)

La altivez de carácter, el personal arrogante y sobre todo el valor, son prendas que siempre alcanzan á triunfar en los corazones que dirigen sus aspiraciones á horizontes más dilatados que los que ofrece la vulgaridad de los hombres. Ninguna como la carrera militar para sojuzgar el alma femenina que se entusiasma con lo grande, con lo ideal, con lo caballerésco: el valor y el arrojo conquistando los muros de Granada; el valor y el arrojo descubriendo un mundo con la cruz de la espada, el valor y la apostura doblegando las inteligencias superiores.

La señora Gorriti conoció y amó al Capitán Belzu, y poco tiempo después unióloslo el matrimonio.

La que à los diez y ocho años cantaba en Lima la *quena* arrancando un murmullo de admiración, escribió después la biografía del General don Manuel Isidoro

(1) Doctor Obligado, Biografía de la señora Gorriti.

Belzu, y cuando narra la epoca de sus amores dice, con la fría palabra del historiador. «Allí Belzu conoció amó y se unió en matrimonio con una hija del General Gorriti, emigrado argentino. Demasiado jóvenes ambos esposos, no supieron comprender sus cualidades ni soportar sus defectos; y aquellas dos existencias se separaron para no volverse á unir sino en la hora suprema al borde del sepulcro. (2)

Es de advertir que esta separación tenía lugar cuando el General Belzu ascendía á la primera magistratura de su patria, y es por esto que la escritora dice: «la narradora rehusa seguirlo en aquel elevado puesto en que la esposa rehusó acompañarlo también.» En la vida existen separaciones necesarias que el mundo y la sociedad están en el deber de respetarlas, y las saben respetar. Cada uno siguió el camino de la vida por rumbo distinto, pero el sol de la gloria no dejó de alumbrar á entrambos.

La esposa del Presidente de Bolivia llegaba á Lima en la orfandad y la pobreza;

(2). Belzu, por J. M. Gorriti pág. 92.

en Lima apuró el cáliz del dolor bajo todas sus acibaradas formas, y en Lima comenzó también, esa brillante etapa de Gloria que ha llevado su nombre en alas de la Fama por todo nuestro continente, donde hoy yace triste y pálido el ángel de las sublimes inspiraciones, destinado á velar la sagrada tumba de una mnjer superior cuya verdadera biografía se escribirá recién.

Sin duda que para ella escribió Indarte las cuatro líneas que cita el doctor Obligado:

No sólo es fuerte el que la espada esgrime,
y sabe diestro fulminar las balas;
el que de fuego al pensamiento dá alas
Suele en la lucha descollar también.

. . . . . .

¡AVANTE!

(En el álbum de M. A. Díaz.)

¡Pobre, oh desolada mujer!
en tu afán de duda atea,
que lucha ¡ay! tan gigantea
te ha tocado sostener!

Un mundo tu mente crea,
un Universo tu alma sueña,
sin que aquella ni èsta vea
esa realidad surgir pequeña.

Alma gigante para combatir nacida
hasta el tope levanta tu bandera!
no la arríes, nó, la verdadera
por la negra y dudosa del suicida

Confía, tèn fe en la Providencia,
tus mortales heridas cicatriza
que si tu brazo la bandera iza,
tu talismán es libro de la Ciencia.

Avante! avante, intrépida viajera,
si tocado has el lodo y la escoria
si te sientes aquí una extranjera;
alza la frente!....tu madre es la Gloria!

PLUMAS Y LÁPICES

Á MIS HERMANOS DANIEL Y DAVID

I.

Tengo tres plumas en el carcaj de cristal de Bohemia que abrillanta el escritorio de nogal, cubierto de dijes y perfumado por las violetas que trae mi buena ama.

Una es de acero, otra de oro, amarilla como el ala del canario, y la blanca es de ave tajada para el amado.

La de acero escribe los artículos rudos y obligados del periodísmo en las horas de hastío de la existencia, horas grises en

que la ley del trabajo hace inclinar la frente para llenar deberes contraidos.

Escribe con tinta.

Escribe con hiel.

Escribirá con sangre!

.....

La de oro, preciosa pluma de mis triunfos, de mis glorias literarias, que la amo y la acaricio como á la compañera en las tenaces batallas del pensamiento y de la idea; ella traza los libros en cuyo fondo vierte la fantasía calenturienta, los colores ya vivos, ya sombríos de la vida real, y aspira á conmover la sociedad provocando la ira santa del presente para ganar los galardones del porvenir.

Si! yo quiero vivir para después!

La amarilla, escribe con la savia del cerebro robando la vitalidad del amor materia; con el hielo de la experiencia que paraliza las fogosidades del alma.

Ella trabaja!

.....

Y la blanca!.....

La de paloma, que modula cantos en la copa mecedora de los sauces, esa suavecita pluma que resbala sin rechinar sobre

el papel como la de acero, ni mostrándose dura como la de oro; esa viene del carcaj, entre mis nerviosos dedos, cuando escribo al amado; cuando recuerdo la Patria á mis hermanos; cuando el alma llora en pobre ríma de mal perjeñados versos, los más de ellos escondidos tras la gasa de nombres ficticios, por mí sola conocidos en el torbellino de los vivos, porqué son cipreses y epitafios puestos sobre el cadáver de los recuerdos!

Mi suave y nevada pluma!

Imágen de la Felicidad; de la Resignación; de la Esperanza! es decir: ayer, hoy, mañana!....

Ella le ha dicho al amado todos los secretos grandes y pequeños; aprehensiones niñerias, angustias y congojas.

Y él ha sonreído tal vez!....Qué sonrisa mas divina?

Mi nevada pluma, la de paloma, escribe, ora con el jugo del corazón que asoma cristalino y tembloroso á la pestaña, ora con la miel encerrada en el cáliz de las amapolas, beleño del alma que al alma vá!

Oh mi blanca pluma! Yo la enristro como el gladiador romano que se lanza á la arena, repitiendo con el poeta:

«Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan.
Mi plumaje es de esos!!»

.....

No importa que los gusanos crujan bajo la tierra que el escritor pisa, si la pisada es firme!!

II.

Tres lápices guarda la zapatilla de porcelana, puesta á la derecha sobre el escritorio de nogal, sostenida por dos angelitos de rostro radiante y risueños ojos.

Rojo, como la flor del granado, como los kepís de los soldados de mi patria; es el primero, y echa tarjaduras y hace rayas sobre los impresos que leo y marco en la faena del periodismo.

Señala trascripciones que enrojecen algunas mejillas y azotan algunos rostros; y el lápiz rojo vuelve á la zapatilla de porcelana.

∴

Con el azul, simpático lápiz! hago las anotaciones marginales en los libros que leo y él me acompaña durante largas horas del día y de la noche junto al atril de lectura.

Trabaja el lápiz azul cuando las campanillas florecen en la maceta y se alegra el corazón.

Sus rayas puestas aquí y allí. se muestran como girones de cielo detras de las viajeras nubes que se amontonan, se esparcen y se ván.

Ay! azul fué la sortija que el amado puso en mi dedo!

He visto que de azul se engalana la aurora al nacer.

Azules han sido los mas queridos ensueños de mi vida.

Por eso amo mi lápiz azul!

∴

El tercero, es negro. Barnizado por fuera tiene el corazón de carboncillo.

Tétrico, pero simpático.

Con él hago la lista de la lavandera y

rubrico los recibos del carbón, y del cocinero.

Pobre lápiz.

Negación de colores, ausencia de luz.

Mas èl es obediente y callado, marca el aseo de la casa y la vida de la familia.

Mi lápiz negro es el mejor.

III.

¡Plumas y lápices!

Ay! Yo que he amado tanto, y que tanto he sufrido; pido al Destino que, al llevarse la juventud, me deje mi lápiz negro y mi pluma blanca.

Quiero hogar con recuerdos....!!

FIN

ÍNDICE

Dedicatoria..... VI
Clorinda Matto de Turner por el doctor don Joaquín Lemoine (1887).. VII
Bibliografía por el Generaal Nicanor Bolet Peraza..... XLI

La Flor de las taras..... 3
Las dos partidas..... 11
De hombre á hombre..... 23
Tahuana..... 31
La vuelta del recluta..... 37
El arca de Satán..... 45
Pálida....Pero es ella!..... 57

pág.

Luzentre sombras..... 75
Costumbres peruanas..... 67
Estudios históricos. El quechua..... 91
Estudios históricos..... 102
En la hoyada..... 113
Por qué?..... 126
Carta literaria..... 133
Lengua maldiciente..... 137
El corsé..... 147
J. A. Pérez Bonalde..... 155
Antonia Galindo..... 157
Mezclilla..... 161
Trinidad M. Enriquez..... 167
¡Ruega por mí!..... 171
Rocío..... 175
A María..... 177
Dos autógrafos..... 179
¡De vuelta al cielo!.....
Ofrenda..... 183
Biografías..... 196
Avante..... 198
Plumas y lápices..... 200

2

3 2044 004 438 479

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER
STALL STUDY
CHARGE
CANCELLED

WIDENER
SEP 11 1995
CANCELLED